

22

LA NOVELA ILUSTRADA

II ÉPOCA — PERIÓDICO SEMANAL DE NOVELAS. — NÚM. 145

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

TOMO SEPTIMO

POR R. ORTEGA Y FRIAS



Habreis de seguirnos porque así lo manda el santo tribunal.

35 CTS.



4-3-600/22

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

OBRAS PUBLICADAS POR "LA NOVELA ILUSTRADA,"

- 1.—RENATA MAUPERIN, por J. y E. Goncourt.
- 2.—¡CONTINELA, ALERTA!, por Matilde Sernó.
- 3.—LOS MIL Y UN FANTASMAS, por A. Dumas.
- 4.—EL HIJO DE LA PARROQUIA, por C. Dickens.
- 5.—CARMEN, por Próspero Mérimée, y CORAZÓN DE TORERO, por Teófilo Gautier.
- 6.—HÉRCULES EL ATRÉVIDO, por A. Dumas.
- 7.—EL DOCTOR RAMBAU, por Jorge Ohnet.
- 8.—HUMO, por Iván Turguenef.
- 9.—EL PESCADOR DE ISLANDIA, por Pierre Loti.
- 10.—RAFFLES EL ELEGANTE, por E. W. Hornung.
- 11.—LA SAVELLI, por G. Agustín Thierry.
- 12.—AMOR DE ESPAÑOLA, por J. B. d'Aureville.
- 13.—FUERTE COMO LA MUERTE, por G. Maupassant.
- 14.—LA DAMA VESTIDA DE BLANCO, por W. Collins.
- 15.—CRIMEN Y CASTIGO, por F. Dostoyewsky.
- 16.—MISS MISTOTRELL, por Fergus Hume.
- 17.—EL SOMBRERO DEL OURA CIRILO, por Marchi.
- 18.—TIEMPOS DIFÍCILES, por Carlos Dickens.
- 19.—LAS AGUAS DEL MONTE ORIOU, por Guy de Maupassant.
- 20.—EL HOMBRE DEL ANTIFAZ NEGRO, por E. W. Hornung.
- 21.—VENGANZA CORSA, por Próspero Mérimée.
- 22.—PADRE Y FISCAL, por Francisco Copé.
- 23.—EL ILUSTRE CANTASIRRA, por C. Rovetta.
- 24.—EL LADRÓN NOCTURNO, por E. W. Hornung.
- 25.—EL ÍDOLO DE LOS OJOS VERDES, por P. Erbacher.
- 26.—LOS BUSCADORES DE ORO, por E. Conscience.
- 27.—LA BOHEMIA, por Enrique Murger.
- 28.—LA PEÑA DEL MUERTO, por Quiller Couch.
- 29.—LOS CABALLEROS DEL BOSQUE, por J. Sand.

Colección Conan-Doyle.

- 11.—SABLE EN MANO.
- 12.—AL GALOP.
- 13.—LA BANDERA VERDE.
- 14.—LA TRAGEDIA DEL KOROSKO.
- 15.—EL MILLÓN DE LA HERENCIA.
- 16.—EL VENDEDOR DE CADÁVERES.
- 17.—EL ROBO DEL DIAMANTE AZUL.

Colección Victor Hugo.

- 25.—BUG-JARGAL.
- 26.—HAN DE ISLANDIA.
- 27.—EL NOVENTA Y TRES.
- 28.—EL HOMBRE QUE RÍE (2 tomos).
- 29.—LOS TRABAJADORES DEL MAR.
- 30.—NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.
- 31 y 32.—LOS MISERABLES (2 tomos).

Colección Tolstói.

- 33.—RESURRECCIÓN.
- 34.—LA GUERRA Y LA PAZ.
- 35.—LA SONATA DE KAMENSKY.
- 36 y 37.—ANNA KARENINE (2 tomos).

Colección Rocambole, por Ponson du Terrail.

- 77.—LA HERENCIA DE LOS DOCE MILLONES.
- 78.—EL TONEL DEL MUERTO.
- 79.—EL CLUB DE LOS VEINTICUATRO.
- 80.—EL RIVAL DE BACCARAT.
- 81.—LA ESTOCADA DE LOS CINCUENTA LUIS.
- 82.—EL JURAMENTO DE LA GITANA.
- 83.—LAS DOS CONDESNAS.
- 84.—EL TRIUNFO DEL MAL.
- 85.—ROCAMBOLE TIENE MIEDO.
- 86.—EL ESPECTRO DE LA GUILLOTINA.
- 87.—LOS CABALLEROS DEL CLARO DE LUNA.
- 88.—LA SOMBRA DE DIANA.
- 89.—EL PACTO DE LAS TRES MUJERES.
- 90.—EL HOMBRE DE LAS GAFAS AZULES.
- 91.—EL NÚMERO CIENTO DIEZ Y SIETE.
- 92.—LA CÁRCEL DE MUJERES.
- 93.—LOS LOBOS DE LA NIEVE.
- 94.—EL TELEGRAMA FALSO.
- 95.—LAS GARRAS DE COLOR DE ROSA.
- 96.—LA TABERNA DE LA MUERTE.
- 97.—EL FANTASMA DE LAS CADENAS.
- 98.—LAS CANTERAS DEL CRIMEN.
- 99.—EL CADÁVER DE CERA.
- 100.—LA VIUDA DE LOS TRES MARIDOS.
- 101.—LAS TIERRAS DE LA SELVA.
- 102.—EL BARRIL DE PÓLVORA.
- 103.—LOS TRES VERDUGOS.
- 104.—EL MOLINO SIN AGUA.
- 105.—EL PLAN DEL HOMBRE GRIS.
- 106.—EL CEMENTERIO DE LOS AJUSTICIADOS.
- 107.—UNA CITA DE AMOR.
- 108.—LOS DOS DETECTIVES.
- 109.—EL REO DE MUERTE.
- 110.—LA GUERDA DEL AHORCADO.
- 111.—LA NIÑA MUDA.
- 112.—EL SECRETO DE LA CARTERA.
- 113.—LA CASA DE LAS ROSAS.
- 114.—LOS PAPELES DEL ASESINO.
- 115.—EL RAPTO DE UNA MUJERTA.
- 116.—EL HILO ROJO.

Colección Dumas.

- 48 y 49.—LOS TRES MOSQUETEROS (2 tomos).
- 50 a 53.—VEINTI AÑOS DESPUÉS (3 tomos).
- 54 a 58.—EL VIZCONDE DE BRAGELONNE (5 tomos).
- 59 a 63.—EL CONDE DE MONTCHRISTO (4 tomos).
- 64 y 65.—ASCANIO (2 tomos).
- 66 a 68.—LAS DOS DIANAS (3 tomos).
- 69 y 70.—EL PAJE DEL DUQUE DE SAVOYA (2 tomos).
- 71.—EL HORÓSCOPO.
- 72 y 73.—LA REINA MARGARITA (2 tomos).
- 74 a 76.—LA DAMA DE MONSIEUR (3 tomos).
- 81 a 83.—LOS CUARENTA Y CINCO (3 tomos).
- 120 a 125.—MEMORIAS DE UN MÉDICO (6 tomos).
- 126 a 129.—EL COLLAR DE LA REINA.

Colección Ortega y Frías.

- 130 a 138.—EL TRIBUNAL DE LA SANGRE (9 tom.).

R. 43.450
LA NOVELA ILUSTRADA



EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

○

MEMORIAS DE UN INQUISIDOR

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR

R. ORTEGA Y FRIAS

TOMO SEPTIMO



LA NOVELA ILUSTRADA

Director literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficinas: Mesonero Romanos, 48.

MADRID

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

O

MEMORIAS DE UN INQUISIDOR

CAPITULO PRIMERO

LO QUE DETERMINÓ EL ABATE

Juan, según ya hemos visto, se ocupaba en espiar al abate; David se encargó de conferenciar con fray Tadeo, y don Martín fué á ver á la esposa de Jacobo, entrando en la miserable casa una hora después que había salido el criminal.

—¡Ah!—exclamó la infeliz al ver á su amigo—. No puedo sostener esta situación más que algunas horas, y temo que se prolongue algunos días.

—¿Habéis visto al abate?

—Sí, y haciendo esfuerzos muy dolorosos, he podido escucharlo y dominarme.

—¿Y al fin?...

—He manchado mis labios con la promesa de mi deshonor, con una debilidad repugnante... ¡Oh!... No podéis comprender lo que he sufrido, pero soy madre y para salvar á mi hija...

—Habéis cumplido vuestro deber.

—La única condición que impuse fué aceptada después de muchas vacilaciones.

—¡Vacilaciones!—murmuró don Martín con tono de extrañeza.

—Sí, lo cual me prueba una de dos cosas.

—Sepamos.

—O ha muerto mi hija y por consiguiente el abate no puede devolvérmela; ó desconfía, á pesar de que para desconfiar no tiene ningún motivo.

—Lo segundo.

—¿Qué puede temer?

—Que una circunstancia cualquiera le le impida llegar á la completa realización de su deseo después de haber traí-

do á vuestra hija, en cuyo caso se vería muy comprometido.

—Piensa traerla de todos modos, porque si me obstino en negar quiere el miserable atormentarla en mi presencia para hacerme sufrir ó para obligarme así á ceder, pues cree que es imposible que tenga fuerzas para resistir cuando vea sufrir á mi pobre hija.

—Digno plan del abate.

—La sola idea de que pueda cumplir su amenaza, me horroriza hasta el punto...

—Señora, no dejéis que vuestra imaginación vuele para acrecentar vuestro tormento. El abate desconfía, no lo dudéis, y motivos tiene para desconfiar. Tal vez vuestra hija se encuentre en el otro extremo de Madrid, y arriesga mucho al sacarla y traerla. Bien se conoce que su primer cuidado es guardar este secreto, y la prueba la tenéis en que no se lo ha confiado á Culebrina, á pesar de la lealtad que éste le ha demostrado. Para todo busca auxiliares; pero cuando se trata de la pobre niña...

—¡Dios mío!...

—¿Os ha prometido volver inmediatamente?

—Sí, pero no lo aguardo.

—No lo esperéis hasta la noche.

—He leído en el fondo de su alma y veo sus vacilaciones, sus temores, y al fin...

—Nada conseguiremos, y sobre este punto no quiero hacerme ilusiones. Cuenta con un encierro seguro, y sin embargo busca esta casa.

—Pues si nada hemos de conseguir, ¿para qué he de atormentarme representando un papel que me ofende?

—Ponemos los medios, que es cuanto podemos hacer.

—Desde que prometí, aunque falsa-

mente, acceder á las impuras exigencias de ese miserable, me creo deshonrada.

—Exageráis, mi buena amiga.

—¡Oh!...

—Lleváis vuestros escrúpulos hasta el delirio. Bien se me alcanza que habéis de sufrir mucho; pero, ¿qué podíamos hacer? Juan se encargó de seguir á nuestro enemigo sin perderlo un instante de vista, y si ha ido al otro encierro, bien pronto sabremos dónde se encuentra vuestra hija.

—¿Y David?

—Fué á visitar á fray Tadeo, Leandro espera en las cercanías de esta casa, así como Simón está también preparado para cuanto sea menester.

Isabel exhaló un penoso suspiro.

No podía disimular su profundo abatimiento.

El esbirro fué en busca de algún alimento para Isabel.

Y el tiempo pasó sin que Florentín se presentase.

El motivo de su tardanza lo había ya adivinado el astuto Quiñones; pero no tenía seguridad y era preciso esperar las noticias de su criado.

Al medio día se fué don Martín; pero quedaron en aquellos alrededores Leandro y Simón.

El noble caballero volvió á las tres de la tarde, permaneciendo allí hasta las cinco.

Hizo todas las suposiciones imaginables para que ningún suceso lo encontrase desprevenido, y quedó de acuerdo con Isabel en cuanto á la conducta que debía seguir.

Si aquella noche no cumplía el abate su promesa, llevando á la niña al lado de su madre, ó á ésta al lugar á donde ella se encontraba, nuestros amigos no esperarían más y harían cuanto pudiesen para atormentar á Florentín; que era el único desahogo que les quedaba.

La noche cerró.

Una hora después se presentó el criminal.

—¿Y mi hija?—le preguntó Isabel.

—Por mi desgracia no la he traído, y digo por mi desgracia, porque así se prolenga mi tormento. Los inconvenientes son insuperables.

—¿En qué consisten?

—Desconfío, señora.

—¿Qué puedo hacer que os inspire temor?

—Vos nada; pero mucho las casualidades, las coincidencias imprevistas. ¿Quién sabe lo que puede suceder mientras voy por vuestra hija y la traigo? Desde que desaparecísteis, vuestros amigos estarán en movimiento, y no puede ocultárseles que yo soy quien os ha sacado de vuestra casa.

—Busquemos otro medio—dijo Isabel.

—Veamos si vuestro ingenio es más fecundo que el mío.

—Llevadme á donde está mi hija.

—Para eso me sería preciso acudir á los que anoche me sirvieron.

—Iremos solos.

—¡Solos!

—Si grito, podéis dejarme donde quiera que nos encontremos y en vano os acusaré, pues no tengo pruebas, y si me voy, nada habéis perdido.

—Supongamos que con toda felicidad llegamos al encierro de vuestra hija.

—La veré, la abrazaré y cumpliré inmediatamente lo que os he prometido.

—Un solo peligro presenta ese plan—dijo el abate después de algunos momentos y con una calma que era espantosa para Isabel.

—Explicaos.

—Tengo mucha experiencia y la costumbre de observar

—Ya lo sé.

—Pues hagamos otra suposición.

—Os escucho.

—Don Martín de Quiñones es tan astuto como yo, y si le ha ocurrido la pícara idea de espiar...

—Si eso hubiera sucedido, ya lo tendríais aquí.

—Ese hombre no se parece á ninguno, y por consiguiente ha de hacer todo contrario de lo que harían los demás en su misma situación.

—A tal punto podéis llevar la desconfianza...

—Pues bien, os lo diré de una vez, y así evitaremos discusiones inútiles.

Isabel fijó una mirada angustiosa en Florentín.

Este añadió:

—Al salir de mi casa esta tarde, he visto, aunque de lejos, al criado de don Martín.

—¡Ah!...

—¿Os sorprendéis?

—Una casualidad...

—Es posible; pero también lo es que el encuentro no fuese casual. Seguí por donde me pareció más conveniente; luego doblé una esquina, y á los pocos pasos retrocedí de repente. ¡Otra vez Juan!... ¿No os parece que para casualidad es demasiado?... Para espía vale mucho; pero como en espionaje soy maestro, no puedo engañarme.

Lo que sintió Isabel no es posible explicarlo.

Acababa de desvanecerse su esperanza última.

No había medio de tranquilizar á Florentín.

Lo que éste acababa de referir, era verdad.

¿Cómo había de atreverse á ir donde se encontraba la niña?

En un hombre como él hubiera sido la mayor de las torpezas.

La esposa de Jacobo meditó algunos momentos, y luego dijo:

—Pues si no habéis de traer á mi hija, ni de llevarme donde está, yo no cumpliré lo que he prometido, ni vos podéis cumplir vuestra terrible amenaza.

—Siglos me parecen las horas que pasan sin que quede satisfecho el anhelo creciente de mi pasión devoradora; pero aguardaré, porque no he de cometer la locura de perderlo todo por ganar algún tiempo. Un mes y otro mes he aguardado, y sabré dominarme y dejar que transcurran algunos días. Costumbre tengo de sufrir muchas contrariedades. ¿Qué me importa una más?

—Eso quiere decir...

—Que aquí permaneceréis cuanto tiempo sea menester.

—Y entre tanto mi pobre hija...

—Si vuestros amigos persisten en espiarme, vuestra hija se verá privada hasta del alimento, porque no me atreveré á ir donde se encuentra.

—¿Y cómo os habéis decidido á venir sabiendo que os segufan?

—Me sobraban medios para librarme del espía, y cuando lo he conseguido, nada tuve que temer, ni temo hasta después de salir de esta casa y volver á la mía ó al tribunal, que es donde con

toda seguridad pueden encontrarme vuestros amigos.

—Quedamos, pues, en la misma situación que anoche que me encerrasteis.

—En la misma, señora.

—Pues os suplico que me dejéis, porque vuestra presencia...

—Os hace mal.

—Mucho.

—Voy á probaros que no gozo con vuestro tormento mientras me quede esperanza de que podéis ser mía.

—¿Qué haréis?

—Salir de este aposento, según deseais; pero no de esta casa, pues aquí pasaré la noche.

Isabel se encogió de hombros.

—Cuando bien os parezca podéis cenar, pues voy á dar las órdenes oportunas.

Salió el abate diciéndole al esbirro:

—Amigo Culebrina, aquí pasaré la noche.

—Mucho me alegro, señor, porque así me veré libre de la responsabilidad que ahora pesa sobre mí.

—Necesitaré cenar.

—Es fácil, señor.

—Traerás lo mejor que encuentres por estas calles, y al mismo tiempo observarás por si ves algún bulto sospechoso.

—Comprendo.

—Y no te detengas más que lo absolutamente preciso, pues si he de decir la verdad, tengo miedo.

—Descuidad, que pronto volveré, porque hay un bodegón muy surtido cerca de esta casa.

—¿Dónde?

—Poco antes de llegar al portillo de Gil y Mon.

—Pues corre cuanto puedas.

Tomó el esbirro su capa y las vasi-
jas de que tenía necesidad, y salió.

CAPITULO II

NOCHE BORRASCOSA

No bien anduvo Culebrina veinte pasos, cuando Juan le salió al encuentro, diciéndole:

—Esperad, que no está bien que paseis sin dar las buenas noches á vuestros amigos.

—¡Ah!...

—¿Adónde vais?

—En busca de la cena, no solamente para doña Isabel y para mí, sino también para el abate.

—Os acompañaré, porque supongo que ahora nada puedo hacer aquí, y me daréis noticias.

—Ninguna buena, señor Juan.

—¡Vive Dios!... Y esto de tener que sufrir sin hacer nada...

—Es preciso, porque mientras la pobre niña esté en poder del abate...

—¡Oh!...

—Y me parece que nada conseguiremos por esta vez.

—Explicaos, amigo Culebrina, porque supongo que ese miserable habrá determinado ya. Así no podemos estar muchos días, y si es que no hemos de adelantar nada...

—Siento decíroslo; pero...

—Sepamos.

—Habéis seguido á Florentín, ¿no es verdad?

—¿Y cómo lo sabéis?

—Porque os ha visto y se lo ha dicho á doña Isabel.

—¡Mil rayos!...

—Desconfía, tiene mucho miedo, y no se atreve á sacar de su encierro á la niña.

—El encierro está al otro lado de Madrid.

—Pues si habéis conseguido averiguarlo...

—No; pero si sé que hay que ir por la calle de Convalecientes.

—Algo es algo, y conociendo el camino...

—Sin embargo, es demasiado astuto ese hombre, y no tengo esperanza.

—Tan astuto, que á mi mismo me parece imposible haberlo engañado; pero á pesar de mis pruebas de lealtad, no se decide á confiarme el secreto. Con el auxilio de otra persona, podría muy bien hacer lo que desea, que es traer la niña, y sin embargo no lo hace y renuncia á lo que tanto anhela.

—¿Y nada más le ha propuesto doña Isabel?

—Sí, que la lleve donde está su hija; pero él teme un mal encuentro en el camino, y es mayor su miedo desde que se apercibió de que lo espiabais.

—Es inútil esperar.

—Esa es mi opinión.

—¿Piensa el abate pasar la noche aquí?

—Sí.

—Pues os daré instrucciones por si á mi señor le parece bien seguir mi consejo.

—Decid.

—Arreglaos de modo que Florentín duerma en el aposento que tiene la ventana.

—No es difícil.

—Y vos os quedaréis con él, y os restregaréis con frecuencia los ojos...

—Entiendo: debo aparentar que el sueño me domina.

—Eso es.

—Y acabaré por dormirme sentado.

—Perfectamente.

—Y roncaré.

—Haréis cuanto convenga para que el abate crea que dormís.

—¿Nada más?

—A doña Isabel la dejaréis encerrada y guardaréis la llave.

—Así lo haremos.

—Y cuando amanezca...

—¿Qué sucederá?—preguntó el esbirro deteniéndose y mirando á Juan.

—Lo veréis.

—Debo saberlo ahora.

—Pues bien, os encontraréis encerrados, y doña Isabel habrá desaparecido.

—Tiemblo.

—¿Por qué?

—Si en mi lugar os encontráseis...

—El abate no puede acusaros, porque os sucede lo mismo que á él.

—Sin embargo...

—Si él duerme y de nada se apercibe, y vos estáis á su lado y dormís también, ¿en qué se fundará para creer que sois un traidor?

—Con semejante hombre...

—Y en el último apuro, antes de que pueda castigaros, desapareceréis, pues contais con la protección y la bolsa de don Martín.

—Puesto que ya he principiado, acabaré, y suceda lo que Dios quiera.

—Si otra cosa determina mi señor, ya lo veréis cuando amanezca.

—Pues dejadme, porque si no vuelvo pronto...

—Hasta mañana.

Se separaron.

Al bodegón fué Culebrina, compró lo mejor que allí había, y corrió.

—Mucho te has detenido—le dijo Florentín.

—Porque ví un hombre que vagaba al final de esta calle, y por si era uno de los amigos de la prisionera, no he querido venir hasta que se fué.

—Bien hecho.

abate, y es menester que repongáis las perdidas fuerzas.

—Falta me hacen.

Las magras tomó Florentín, dejando los huevos y el bacalao á Culebrina, á quien permitió beber casi todo el vino.

Restregábase los ojos de vez en cuando el esbirro, y aún se permitió bostezar.



Me veré libre de la responsabilidad que pesa sobre mí. (Pág. 7.)

—No he olvidado que una ligereza puede costarnos muy cara.

—Sí, si.

—Yo deseaba volver pronto, y cenar y más aún dormir, porque como anoche era mía toda la responsabilidad, apenas cerré los ojos, y el sueño me tiene aturrido.

—Ahora pienso que no hay más que una cama, el jergón...

—¡Bah!... Eso no me importa. Los que servimos á la Inquisición tenemos que acostumbrarnos á dormir en cualquier parte y de cualquier modo, lo mismo acostados que sentados, y hasta en pie, y tengo la seguridad de que en una silla pasaré muy buena noche.

—Mañana será otra cosa.

—Aquí tenéis la cena... Lo mejor que había: unas magras, bacalao, huevos cocidos, aceitunas y un poco de vino, porque debéis estar muy fatigado, señor

—Te domina el sueño—le dijo el abate.

—No puedo negarlo.

—Anoche pudiste dormir descuidadamente, porque en el sitio en que te encontrabas...

—Ya os he dicho, señor, que la cama no me llegaba al cuerpo, pues hay que tener en cuenta la clase de gente que nos persigue.

—Valen mucho nuestros enemigos, y cuentan con medios muy poderosos.

—Don Martín de Quiñones... ¡Oh!...

—Quizás es más temible su criado.

—Todos ellos, señor, y si esto ha de durar mucho, os agradeceré que pongáis otro en mi lugar, pues temo...

—Tranquilízate, que no he de hacerte responsable de mis desgracias, si no eres traidor.

Así hablaron hasta que terminó la cena.

Florentín fué al aposento donde se encontraba Isabel, diciéndole:

—¿Nada necesitáis?

—Que me dejéis, siquiera para que me sea posible reflexionar.

—Vuestros amigos os han hecho mucho daño en esta ocasión, porque si no se hubiesen empeñado en espiarme, ya estaría en vuestros brazos vuestra hija, y yo sería feliz.

—¡Oh!...

—Tengamos paciencia. Al fin se cansarán, porque no es posible que estén haciendo lo mismo toda la vida. No quieren convencerse de que aspiran á un imposible. Don Martín ha sostenido grandes luchas, ha hecho grandes cosas, verdaderos prodigios; pero si siempre ha triunfado, ha sido porque sus adversarios valían menos que él.

—Vuelvo á suplicaros que me dejéis.

—Os digo todo esto para que no os hagáis ilusiones, para que no abriguéis esperanzas.

—Las he perdido.

—Mejor para vos, pues si al fin habéis de ceder, sufriréis lo menos posible.

No hablaron más.

Florentín salió, cerró y guardó la llave.

Cuando entró en el otro aposento, vió el jergón colocado por Culebrina, y á éste que empezaba á dormir sentado.

—Dormiremos.

—Señor...

—¿Qué quieres?

—¿Habéis cerrado bien?

—Y he guardado la llave.

—Lo mismo debíais hacer con la puerta que da á la calle.

—Tienes mucho miedo.

—Tanto como vos.

—Si así has de estar más tranquilo.

—Os lo agradeceré.

—Sea.

El abate examinó también la puerta de la casa, y guardó la llave.

—Ahora—dijo—, me parece...

—¿Y esta?

—No sé si debo cerrarla. Aquí se siente mucho el frío y...

—Las precauciones no están de más, señor Abate.

—Ciertamente.

—Y quitad la llave y guardadla.

—¡Oh!... Ese condenado don Martín,

con la fama que tiene de hacer imposibles...

—Es el único hombre que me infunde miedo.

—Pues lo que es ahora, ya puedes estar tranquilo.

No replicó el estirro, porque se le cerraron los ojos.

El abate se acostó, acomodándose como mejor pudo.

Difícilmente conciliaría el sueño.

Estaba demasiado cerca de Isabel; solo un muy delgado tabique lo separaba de la infeliz, y hasta oír la respiración de ésta podía el miserable.

¿Cómo había de dormir.

Quizás nunca como entonces había sido tan intensa la llama de su impura pasión.

Violenta y desigual era la respiración del abate.

Brillaban sus pupilas.

Sufría mucho en aquellos momentos.

Con frecuencia cambiaba de postura.

La luz iba palideciendo, y pronto debía extinguirse.

Si alguien pasaba por la estrecha calle, el ruido de los pasos hacía temblar á Florentín.

¿Y Culebrina?

Alguna vez roncaba.

Si no dormía, fingía muy bien.

Por fin la luz se apagó.

Cerca de dos horas pasaron antes de que el abate pudiera recobrar un tanto la calma y conciliar el sueño.

Era ya la una de la madrugada.

CAPITULO III

APUROS Y TERROR

Uno á uno fueron acercándose á la casa hasta cinco hombres.

El primero que llegó, colocóse junto á la ventanilla, se inclinó y escuchó.

Ningún ruido pudo percibir, como no fuese el de algún ronquido de Culebrina.

Cuando se hubieron reunido todos, se separaron de la casa.

—Me parece que ya es hora—dijo uno de ellos.

—¡Que el infierno me trague!—exclamó otro con voz ronca—. ¿Y por qué esperamos?

—El abate no ha salido.

—Quizás no duerma.

—¿Y qué importa?

—Nada, puesto que no puede estorbarnos que nos llevemos su víctima.

—Y aunque Culebrina siga representando su papel, con desarmarlo y atarlo...

—Vamos, pues.

No hay que decir que aquellos cinco hombres eran: don Martín, David, Juan, Leandro y Simón.

Este último deseaba que el abate estuviese despierto, porque así tendría ocasión de hacer uso de las manos.

Pero ya había dado la una, y sabemos que Florentín dormía.

Sin producir el más leve ruido, acercáronse otra vez á la casa.

Quiñones sacó una llave.

—Luz—dijo en voz muy baja.

Juan abrió una linterna.

Y la puerta se abrió también á los pocos momentos.

Entraron en el pasillo.

Miraron la primera puerta, que, como sabemos, estaba cerrada, y don Martín corrió el cerrojo.

Ya era imposible que el abate saliese. Avanzaron más.

Llegaron al encierro de Isabel.

Ninguna dificultad tenían para abrir. No se cuidaban del ruido que podían producir.

Quiñones abrió la puerta del encierro. Isabel, que estaba despierta y levantada, se arrojó en brazos de David y exclamó:

—¡Hijo mío!...

—¡Madre mía!—murmuró el huérfano con voz ahogada.

—No puedo más, no puedo.

—¡Oh!...

—Mi perseguidor...

—Lo sabemos todo—dijo don Martín—, desconfía; no se atreve á traer la niña.

—Ni á llevarme donde está, porque se apercibió esta tarde de que Juan le espiaba.

—A pesar de todo eso...

—¡Ya no hay esperanza!

Levantaban demasiado la voz, y sucedió lo que era consiguiente, que despertasen á Florentín.

Tenía el sueño ligero y pronto se desaturdió.

Lo que sintió no puede explicarse.

El pavor se apoderó de su espíritu. Incorporóse y escuchó.

No podía dudar.

Sus enemigos estaban allí, con Isabel, y no era uno sino muchos.

Empezó á temblar el abate como si tuviese una convulsión.

Sus dientes castañeteaban.

Creyó que había llegado el fin de su existencia.

¡Y Culebrina roncaba!

—¡Estoy en su poder!—murmuró el criminal.

Su miedo era mayor porque no tenía luz.

¿Qué haría?

Acabó de levantarse.

A tientas fué donde estaba el esbirro, lo asió por un brazo, lo sacudió rudamente y le dijo:

—Culebrina, despierta...

—Señor...

—Levántate.

Bostezó ruidosamente el esbirro.

—Calla... ¡Ay!... Perdidos estamos...

—Pero...

—Tenemos dentro de casa á nuestros enemigos.

—¡Vive el cielo!

—¿No oyes?

—¡Que Dios nos asista!... Hablan con ella...

—Y son muchos...

—No faltará Simón, que es un desalmado, una fiera...

—¡Ah!...

—Nos acuchillarán, nos harán pedazos...

—Me siento morir.

—Callaron.

Quedaron inmóviles y escucharon con una ansiedad inconcebible.

No entendían lo que los otros hablaban.

—Señor—dijo Culebrina después de algunos minutos—, me parece que ante todo debemos pensar en poner á salvo nuestros cuerpos, porque no podemos sostener una lucha con esos hombres, estando vos desarmado, y no teniendo yo más ayuda que la de mi espada.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Entrar en esa otra habitación, y mientras hablan, sin hacer ruido podemos salir y ganar la calle.

—Es buena idea.

—Abrid.

—Toma la llave... Me parece que es esta... Mucho cuidado...

—Culebrina introdujo la llave en la cerradura, haciéndola girar; pero la puerta no se abrió.

—¡Por el infierno!—exclamó desesperadamente—. ¡No podemos salir!

—¿Por qué?

—Deben haber corrido el cerrojo.

—¡Dios bendito!

—Y aunque echemos la llave, como esta puerta es endeble, no resistirá á las fuerzas de Simón.

—¡No hay salvación posible!

—Abriremos la ventana y gritaremos pidiendo socorro.

—¿Y cómo explicaríamos lo que pasa?

—¡Oh!...

—Enciende luz Culebrina, porque esta obscuridad...

—¿Y con qué he de encenderla?

—Todo se conjura contra mí...

—¿Creéis que á mí me dejarán con vida.

—A ti no te odian tanto.

—Sin embargo...

—Yo no he dicho á esa mujer que pensaba quedarme aquí, y por consiguiente, si al entrar no encuentran á nadie más que á ti, no les extrañará.

—Ciertamente, pero como no podéis ocultaros...

—Sí, me pondré debajo del jergón, arreglando tú la paja de manera que no se aperciban del poco bulto que hace mi persona.

—¿Y si os ahogáis?

—Es más fácil que el terror me quite la vida.

—Haced lo que bien os parezca.

—Tú puedes decir que has tenido que obedecerme, porque te amenacé con encerrarte en un calabozo del Santo Oficio.

—Entiendo.

—Vamos, amigo Culebrina, vamos.

Y debajo del jergón se metió el abate, arreglándolo el esbirro como mejor pudo.

A los pocos momentos estaba sofocado; pero no hizo el más leve movimiento.

El esbirro se regocijaba, comprendiendo lo que el criminal sufría.

Cinco minutos después salían nuestros amigos, y sus pasos y voces resonaron en la calle.

—Señor—dijo Culebrina levantando el jergón—. Ya se han ido...

—¡Ah!... Me ahogo...

—Como la niña está en nuestro poder, no se han atrevido á tocarnos.

—Esa ha sido nuestra salvación.

—Ya podéis recobrar la calma.

—¿Y cómo saldremos?...

—Cuando sea de día, llamaremos á cualquier transeunte ó á los vecinos, y abrirán.

—Y diremos...

—Que vinimos á esta casa en persecución de un hereje, y que nos han encerrado.

Como ya ningún peligro le amenazaba, recobró la calma el abate.

Entonces pudo reflexionar.

Ni remotamente sospechó que Culebrina representaba un doble papel.

Lo que había sucedido se lo explicaba muy fácilmente: creyó que lo habían seguido sin que él se aperciese, pues era probable que á más del criado otro lo espiase.

La culpa era, pues, de su torpeza.

Se consoló con la idea de que mayor hubiera sido la desgracia si sacase á la niña de su encierro.

Nada había conseguido, y su situación era la misma que antes de dar aquel golpe.

Las horas le parecieron interminables. Por fin la aurora desplegó sus sonrisas. Oyeron ruidos de pasos en la calle, y el de algunas puertas que se abrían.

Culebrina abrió la ventana.

Con la luz del día acabó por desatenderse Florentín.

Entonces comprendió que sus temores habían sido exagerados.

—Me han hecho sufrir horriblemente—dijo—. Peor para ellos, porque mi venganza será más terrible.

Y luego añadió, dirigiéndose á Culebrina:

—Pide auxilio á cualquier transeunte. Ya no hablaba el abate como pocas horas antes.

El esbirro se acercó á la ventana.

—Aquí—acercaos—, le dijo á un hombre que pasó.

—¿Qué queréis?

—Favor al Santo Oficio.

—¡Ah!...

—No os asustéis, buen hombre, y cumplid vuestra obligación.

—Pero...

—Ved si está abierta la puerta de esta casa.

El transeunte miraba con estupor á Culebrina.

El nombre del Santo Tribunal había producido su efecto.

—Sí, está medio abierta.

—Pues entrad y descorred el cerrojo que veréis en la primera puerta á la derecha. Aquí nos han encerrado unos he-rejes á quién perseguíamos...

—¡Jesús!

—Acabad, buen hombre, que aunque yo no soy más que un pobre esbirro, aquí tenéis también á un inquisidor... Mirad..

Y separándose un poco de la ventana Culebrina, pudo ver el otro la negra figura del abate.

Ya no vaciló el transeunte.

Entró en la casa y abrió la puerta del aposento donde se encontraban Florentín y el esbirro, saludando al primero muy respetuosamente y preguntándole si algo más tenía que mandarle.

—Que Dios os bendiga—le dijo Florentín—. Idos ya, y si de este incidente os olvidáis, mejor para vos.

El buen hombre prometió no hablar á nadie de semejante asunto y se fué.

El criminal recorrió la casa.

Nada de particular encontró

Suspiró tristemente al contemplar el lecho donde había descansado Isabel.

Ninguna puerta tenía señales de haber sido violentada.

—No lo entiendo—decía—, no lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entendéis?—preguntó Culebrina.

—Como han entrado.

—Pues es muy sencillo.

—Las cerraduras están intactas.

—Pero bien sabéis que los ladrones tienen llaves maestras que sirven para todas las cerraduras.

—Hasta cierto punto.

—Y como Simón es del oficio...

—Sin embargo, han abierto con demasiada facilidad y sin hacer ruido.

—Para don Martín de Quiñones no hay nada imposible.

—A pesar de todo eso...

—Tiempo han tenido para preparar el golpe.

—Pero si ayer sabían que aquí se encontraba la prisionera...

—Me parece que á propósito os han dejado con la esperanza de que sacaseis á la niña de su encierro, y cuando estuviese aquí...

—¡Ah!... No te equivocas... Lo que acabas de decir es un torrente de luz para mi inteligencia.

—Me alegro, señor.

Los ojos del abate relumbraron.

—Creía haberlo adivinado todo, y hasta cierto punto no se equivocaba.

—¡Oh!—exclamó—, Catalina ha sido traidora.

—Todo es posible, señor.

—Mis enemigos conocían el plan, me han dejado que lo realice.

—Sí, sí, y ahora pienso que doña Isabel no se mostró muy sorprendida cuando nos presentamos á prenderla, y ni siquiera intentó acudir á sus amigos, ni perdió la serenidad. Os dejaban para que sacaseis de su encierro á la niña, y aquella noche debieron seguirnos.

—Fácilmente pondré la verdad en claro y... No quedará impune la traición.

Respiró Culebrina como el náufrago que consigue ganar la salvadora orilla.

Mientras el abate acusaba á la criada, no sospecharía de lo demás.

Esta era una gran fortuna para el esbirro.

Ya nada tenían que hacer allí, y salieron cerrando y llevándose Florentín la llave.

Culebrina se fué á su casa para descansar.

El abate se encaminó también á la suya, donde almorzó.

Luego salió.

Después de muchas observaciones pudo convencerse de que nadie lo espiaba.

—Ahora, la niña—dijo—, que es mi arma terrible.

Y tomó por la calle de la Flor para ir al encierro de la inocente criatura, cuya salvación era ya un imposible.

CAPITULO IV

VENGANZA Y CASTIGO

¿Y la traidora Catalina?

Pocas horas la atormentaron sus temores, porque al amanecer fué sacada de su encierro, y llevada á presencia de don Martín le dijo con dulzura:

Temblaba la vieja, sollozaba y pedía misericordia, pero muy pronto su terror convirtiéndose en sorpresa, porque don Martín le dijo con dulzura:

—Tranquilizaos, que vuestra inocencia está probada. Anoche las apariencias eran sospechosas; pero después...

—Os juro...

—No necesitamos juramentos.

—Mi noble señor...

—Escuchad.

Catalina se limpió los ojos, y medio aturrida miró á don Martín.

Este prosiguió diciendo:

—Abrigo la esperanza de que muy pronto remediaremos la desgracia de vuestra señora, porque se probará.

—Es una santa, y no entiendo por qué la Inquisición...

—Calumnias.

¡Cuánta maldad hay!

—Pero no conviene que de este asunto se hable con nadie, porque siempre queda la duda y...

—Entiendo, mi noble señor.

—Si os llamasen para declarar...

—Diré la verdad, señor.

—Eso es.

—Porque mi noble señora es un ángel.

—Entretanto volveréis á la casa de vuestra señora, y no saldréis, porque es preciso evitar cualquier abuso.

—Descuidad.

—Cuando este desagradable asunto termine, vuestros servicios serán recompensados, pues quiero hacer justicia y dar á cada cual lo que merece.

—Yo no quiero ninguna recompensa, porque no hago más que cumplir mi deber, y lo único que desco es que mi noble señora salga pronto de la Inquisición, donde la han encerrado injustamente.

—Todo se arreglará con la ayuda de Dios... Idos ya.

Creyóse Catalina la más afortunada de las criaturas.

Precisamente cuando su perdición parecía más cierta, se salvaba y hasta le prometían recompensa sus víctimas.

Con lo que le había dado Florentín y Quiñones le diese, reuniría un verdadero caudal.

Mientras se posesionaba otra vez de su habitación, entregábase á ilusiones muy parecidas á las de la lechera de la fábula.

No pensó que el cántaro podía romperse y que aquellas ilusiones se desvanecerían en un instante.

Matías, que estaba ya instruido y era leal á toda prueba, representó bien su papel, mostrándose muy afligido por la desgracia de su señora, y recibiendo como buen compañero á Catalina.

No salió ésta de la casa; pero bien sabían todos los vecinos que se encontraba allí.

Y así pasó el día siguiente y llegó el otro.

El abate, cuando llevó alimento á la niña y se regocijó viéndola sufrir en su obscuro encierro, ocupóse únicamente de la criada de Isabel.

Muy fácilmente averiguó que la traidora vieja se encontraba al lado de su su señora, lo cual probaba que de acuerdo con ésta había intrigado.

—Sí—decía el abate—, me ha engañado, pues de otro modo no sería posible que su traición se ocultase al astuto Quiñones.

Las deducciones de Florentín eran perfectamente lógicas.

¿Cómo había de sospechar que el alma de aquella intriga era su compañero el dominico?

Seguro de que no se equivocaba, pensó ya solamente en vengarse.

No podía Florentín perdonar á quién lo engañaba.

—¡Oh!—murmuró con voz sorda—. Pagará su traición.

Apeló al medio más sencillo, al de los testimonios falsos.

Al día siguiente fué al Santo Tribunal una delación en la que se aseguraba que Catalina había pronunciado en presencia de varias personas palabras muy ofensivas á la religión y que también había dicho que no había más gloria ni más infierno que este mundo, que era

gloria para los ricos, y un infierno para los pobres.

Era cuanto se necesitaba.

Los inquisidores se horrorizaron, y sin pérdida de momento se mandó proceder á la prisión de la vieja.

El abate no tomó parte en este asunto, y aún parecía inclinado á la misericordia; pero el tribunal tenía que cumplir su deber.

Procedióse con la actividad que para estos casos tenía el Santo Oficio.

Eran las dos de la tarde.

Tranquilamente hablaba Isabel con Quiñones, que había ido á visitarla para darle una noticia que acababa de llevarle fray Tadeo.

Matías descansaba, porque nada tenía que hacer, y Catalina pensaba que quizás le convenía ir á ver al abate, por aquello de que no está demás quedar bien y sacar de todos cuanto sea posible.

Llamaron.

El criado abrió.

Grande fué su sorpresa y no pequeño su disgusto, al encontrarse con cuatro esbirros de la Inquisición.

Sin embargo, el sirviente se tranquilizó pensando que se encontraba allí el poderoso Quiñones, y sería muy difícil que se cometiese un abuso.

—¿Qué queréis?—preguntó.

—Ver á vuestra señora doña Isabel.

—Tiene visita.

—No importa.

—Es que...

—Avisadle, que si no quiere recibirnos lo dirá, y como en último caso no tenemos empeño en verle, porque en realidad no es ella la persona á quién buscamos...

—Eso es otra cosa... Esperad un momento.

Entró el criado en la habitación donde se encontraba su señora y don Martín, y dijo:

—Gente de la Inquisición tenemos en casa, y aunque dicen que nada traen contra vos, quieren hablaros.

—Que entren.

Isabel palideció.

No podía ver con tranquilidad que se llevasen á Catalina, porque la había perdonado y lo único que deseaba era separarla de su lado.

Empero nada le era posible hacer en favor de la vieja.

Los esbirros entraron.

—Señora—dijo uno de ellos—, nos perdonaréis la molestia, pero las órdenes que hemos recibido...

—¿Qué queréis?

—Tenéis una criada que se llama Catalina.

—Sí.

—Pues venimos por ella, y si la llamáis os evitaréis el disgusto de ver que registramos la casa.

—¿Podéis decirme de que la acusan?

—Lo ignoramos, noble señora; pero seguramente la prisión se habrá decretado á consecuencia de alguna delación. No nos han dado explicaciones, y lo único que nos han advertido es que os respetemos mucho, lo cual, según veis, procuramos hacer como mejor podemos.

—Se satisface una venganza.

—Todo es posible, señora.

—Esa mujer no ha hecho mal á nadie más que á mí, y la he perdonado.

Los esbirros se encogieron de hombros.

—¿Y si me opongo?—preguntó Isabel después de algunos minutos.

—Señora, las consideraciones que hemos de guardaros no rezan con lo de la prisión. Os suplico que no nos pongáis estorbos, porque nos obligaríais á emplear la fuerza. Me alegro que aquí se encuentre el muy noble señor don Martín, porque testigo es de nuestro proceder.

—Señora—dijo por fin Quiñones—, dejad que se lleven á vuestra criada, que lo que está pasando no es más justo que un castigo, por más que el impulso del que todo esto hace sea el deseo de la venganza.

Isabel llamó á la vieja, que acudió y dijo al ver los esbirros:

—¡Aquí otra vez la Inquisición!

—Sí—replicó Quiñones—; pero ahora no vienen por vuestra noble señora, sino por vos.

—¡Por mí!...

—Eso es.

Sintió la vieja como si se helara su sangre.

No acertó á pronunciar una palabra. Fijó en los esbirros una mirada de terror profundo.

Tembló convulsivamente.

Apenas podía respirar.

Don Martín le dijo:

—Si tenéis vuestra conciencia limpia, nada debéis temer, porque vuestra inocencia se reconocerá como se ha reconocido la de vuestra señora.

—¡Ah!—exclamó Catalina.

—Preparaos, pues...

—Esto no es posible.

—Pues viéndolo estáis.

—No, estos hombres representan una farsa, no son esbirros de la Inquisición, sino unos miserables como los que se llevaron á mi señora.

—Lo cual quiere decir que estabais en el secreto de la intriga...

—No, eso no... Es decir... ¡Ay!... Mi noble señora no me abandonéis, protejedme...

—Callad.

—No iré con estos hombres.

—Os llevarán á la fuerza.

—Gritaré.

—Os pondremos una mordaza—dijo uno de los esbirros.

—Es imposible que el señor abate haya mandado que se me prenda.

—La orden no es del señor abate, sino del Santo Tribunal.

—Pero...

—Estamos perdiendo el tiempo inútilmente.

—¡Virgen santísima!

—Vamos.

—He dicho que no iré.

—Puesto que os empeñáis en que os pongamos las manos encima, lo conseguireis.

Quiso la vieja guarecerse tras su señora; pero los esbirros la asieron por los brazos, apretando brutalmente y diciendo:

—Si alborotáis, se os pondrá la mordaza, porque siempre la llevamos á prevención.

Intentó resistir la vieja; pero eran demasiado duras las manos de los esbirros, y tuvo que ceder.

También dejó de gritar, porque temía que le pusiesen la mordaza.

Apenas podía sostenerse.

La sacaron del aposento.

—¡Dios mío!—exclamó Isabel.

—Sufrís—le dijo Quiñones—, y sin embargo...

—Esto es horrible.

—¿Os habéis olvidado de vuestra hija?

—¡Ah!...

—Tenéis compasión para los miserables que ayudan á Florentín.

—Pero...

—Si se exagera la generosidad es un peligro.

Inclinó Isabel la cabeza y guardó silencio.

—Pensad que en poder del abate se encuentra vuestra hija, y que vuestro esposo...

—Basta, basta.

Llorando sin cesar y entre los cuatro esbirros, bajó Catalina.

Cuando llegaba al portal, entraba el astuto criado de don Martín que la miró, desplegó una burlona sonrisa y le dijo:

—Hoy os toca á vos, y es el Santo Oficio de veras.

Y añadió, dirigiéndose á los esbirros:

—Hoy sí que podéis decir que habéis dado caza á una bruja verdadera, que no solamente está en relaciones con Lucifer, sino que los tiene en el cuerpo.

—Pues ya sabéis á donde va y si tenéis que hacer alguna declaración...

—No me tomaré esa molestia, porque no será menester.

—Sin embargo...

—Lo que haré será ir á verla bailar cuando la quemén, porque de seguro harán con ella un buen guisado para que Satanás tenga un día de regocijo.

Los esbirros soltaron una carcajada.

Salieron de la casa.

Cuando llegaron á Platerías, ya los seguían muchos curiosos.

—¿Por qué la lleváis presa?

—Por bruja y por otros excesos de muy mala ley—respondían los esbirros.

—Parece mentira que sea bruja esta mujer.

—Pues así acaba de declararlo un hombre de honradez reconocida, sin contar los demás antecedentes que hay en el Santo Oficio.

—Pues que la quemén.

—Antes deben azotarla.

—Y emplumarla.

—Es muy fea.

—Sí, todas las feas son brujas.

Así se desahogaba la multitud.

Estas escenas se veían frecuentemente en las calles de Madrid.

Muchas veces los esbirros tuvieron que

amenazar para que dejasen libre el paso. Un cuarto de hora después entraban en la Inquisición.

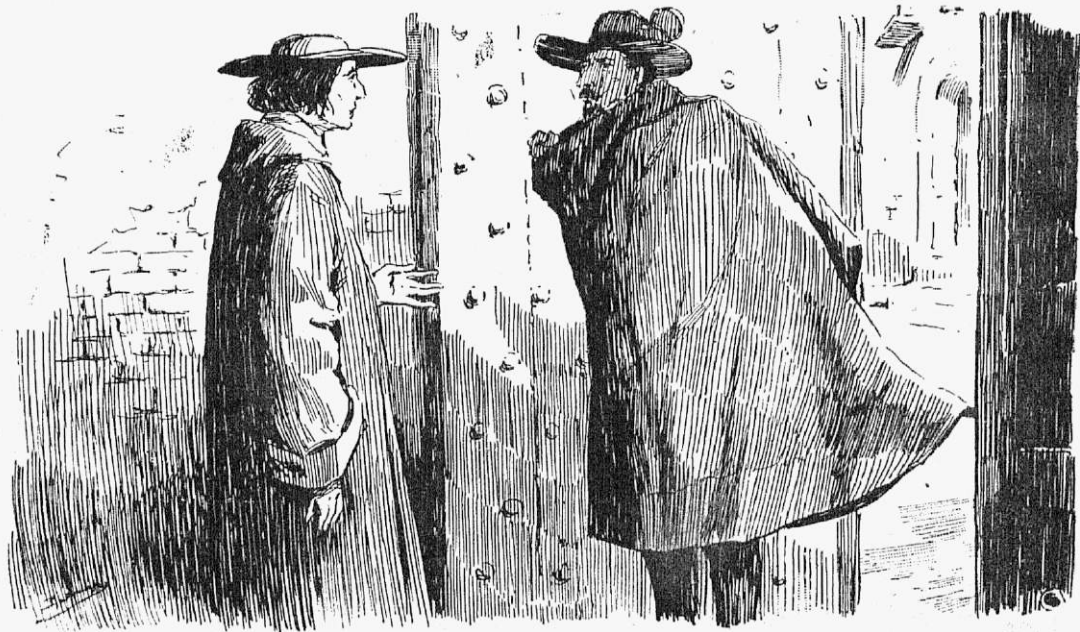
Catalina fué encerrada en uno de los peores calabozos, en el mismo en que había estado la infeliz Isabel.

Esta coincidencia parecía providencial.

fecho y porque no creía que hubiese más traidores.

Aquel día se ocupó exclusivamente de la hija de Isabel, y cuando llegó la noche, reflexionó, calculó y trazó nuevos planes, cuyo resultado debía ser el peor para sus víctimas.

Llegó la mañana siguiente, y aún no



Idos ya, y si de este incidente os olvidáis mejor para vos. (Pág. 13.)

Florentín debía considerar realizada su venganza, porque la sirviente no saldría del calabozo sino para ir á la horca, y que luego llevasen su cadáver á la hoguera, sufriendo antes las más crueles torturas para arrancarle declaraciones de faltas que no había cometido.

Así terminó aquella desdichada, que pocas horas antes se hacía tantas ilusiones.

CAPITULO V.

DE COMO LA FORTUNA SEGUÍA PROTEJIENDO AL ESBIRO

Cuando el abate supo que se habían cumplido las órdenes del Santo Tribunal y que Catalina estaba en un calabozo, no se metió en más averiguaciones, porque su sed de venganza se había satis-

habían dado las siete, cuando Culebrina se presentó en la vivienda del abate.

Acababa éste de vestirse y recibió al esbirro con palabras muy dulces.

—No sé — dijo Culebrina —, si hago bien en venir á estas horas.

—Has adivinado mi pensamiento—respondió Florentín.

—Me felicito.

—Debemos de hablar y quedar de acuerdo en lo que hay que hacer, pues no creas que me doy por vencido.

—Nunca he pensado semejante cosa.

—Cuando se comienza una lucha es preciso terminarla.

—Vencer ó morir.

—Eso es.

—Os confieso que mi amor propio está mortificado y que deseo tomar la revancha.

—¡Ah!... No olvidaré la última noche que pasamos en la casa de la Morería.

—Yo tampoco.
 —Pudieron asesinarlos.
 —Y no lo hicieron por temor de que la niña pagase el crimen.
 —Claro es que otra cosa no los detuvo.
 —Sin vacilar me veréis hacer el mayor de los sacrificios por ver á nuestros enemigos en una situación semejante á la que nos encontramos antes de anoche.
 —Las situaciones cambian cuando menos se espera y puedes tener por seguro que así sucederá y tal vez muy pronto, y entonces gozaremos tanto como hemos sufrido.
 —No creais que me desaliento, señor abate, pues no tengo miedo á la lucha, ni me espanta la muerte.
 —Ya sé que eres valeroso, y bien lo demostraste la otra noche, pues no perdiste la serenidad ni por un solo momento.
 —Esperando vuestras órdenes me tenéis.
 —Pocas tengo que darte; pero de muchísima importancia.
 —Pues ya escucho.
 —Tengo entendido que la mujer de Jacobo de Tordesillas proyecta retirarse á un convento.
 —Mejor para nosotros.
 —Pero es el caso que lo hará ocultándose muy cuidadosamente, y aún temo que cambie el nombre. Para hacer esto, cuenta con la influencia poderosísima de don Martín.
 —Siempre ese hombre temible.
 —Día llegará, y tal vez no esté lejano, en que valga menos que tú.
 —Por de pronto hemos de contar con que puede mucho.
 —Pues bien, si la esposa de Jacobo desaparece sin que nos sea posible averiguar su paradero, todo se habrá perdido.
 —O casi todo.
 —Necesitamos saber á donde va.
 —¿Y por qué no hemos de hacerlo?
 —Pero es menester para conseguirlo vigilar á todas horas y con mucha habilidad.
 —Encuentro una dificultad, querido Culebrina.
 —Decid.
 —Un hombre no puede estar siempre vigilando, porque tiene necesidad de comer y de dormir.
 —Eso es verdad.

—Y mientras duerme ó come, puede doña Isabel salir de su casa y desaparecer para siempre ó hasta que vuelva su marido, que es igual.

—¿Y cómo arreglaremos el negocio? A mí me tenéis dispuesto para cuanto sea menester; mientras las fuerzas me alcancen, no me veréis vacilar.

—Sería menester que tres ó cuatro personas vigilasen relevándose oportunamente.

—Sí; pero...

—Siquiera dos.

—Disponed lo que mejor os parezca, porque yo no quiero responsabilidades, y concretándome á cumplir vuestras órdenes con exactitud, mi conciencia estará tranquila, que es lo que deseo.

—Tengo en ti la más ciega confianza.

—Me honráis mucho.

—Pero ¿á quién acudiré para que te ayude?

—No lo sé.

—Después de todo lo que ha sucedido, no hay nadie que me inspire confianza. Verdad es que á los traidores les hago sufrir el castigo más terrible; pero esto no remedia el mal que me han hecho.

—Por lo que he podido entender, el jorobado fué traidor.

—¡Oh!...

—Y también lo han sido otros después, y últimamente la vieja que con tanta habilidad ha representado un doble papel.

—Ya está en un calabozo acusada de herejía, y aunque el Santo Tribunal quiere ser muy clemente, habrá de sufrir el tormento, cien azotes, una larga prisión y algo más.

—Es decir, que se le quitará la vida.

—Ciertamente.

—Lo tiene merecido.

—Es menester que busques una persona de confianza que te ayude.

—Perdonad—respondió el esbirro—, pero no quiero echar sobre mí...

—Culebrina, es de absoluta necesidad.

—Señor abate, recordemos otra vez que os engañó David.

—No se me olvida.

—Recordemos la traición de la vieja.

—¿Y para qué?

—Para probar que lo que una vez ha sucedido, puede suceder muchas.

—Ya lo sé.

—Y si á vos os han engañado, ¿por

qué no han de engañarme á mí? Cuando el traidor no es persona elegida por mí, la traición se considera una desgracia y nada más; pero siendo persona á quién yo he buscado, puede creerse mía la traición.

—Eres demasiado suspicaz.

—Soy precavido.

—Mucho miedo tienes.

—Y no lo niego, señor abate.

—Piensa que algo hay que arriesgar para ganar algo.

—Y yo quiero arriesgar la vida, no otra cosa.

—Si acudo á algunos de tus compañeros, el peligro será mayor, porque ya este asunto va dando demasiado que decir, y es posible que se hagan comentarios de consecuencias desagradables.

—Conoceréis á otras personas.

—Pero ninguna á propósito para el caso.

—Entonces...

—¿Es qué quieres que te suplique?

—Libreme Dios de cometer semejante torpeza.

—Pues bien, busca quién te ayude, una persona, dos, tres, cuantas quieras, y desde luego te declaro libre de toda responsabilidad.

—No me atrevo.

—Eso es lo mismo que decir que te niegas á prestarme este servicio.

—Señor.

—Déjame, Culebrina. No pagas la confianza que en ti he depositado, y que vale más que todo el oro del mundo.

—¡Oh!...

—Que Dios te proteja.

—Me ponéis en grandísimo apuro.

—Te dejo en libertad.

—¿Habéis creído que puedo abandonaros?—replicó el esbirro como si se conmoviese.

—No te acuso.

—Me acusa mi conciencia.

—Pero las circunstancias...

—Basta, señor abate. Buscaré otros dos hombres para que me ayuden, y siendo tres no seremos muchos.

—Ya lo sé.

—Pero conste...

—La responsabilidad no será tuya.

—A vos mismo os ha engañado la vieja.

—No lo olvido, Culebrina.

—Necesitaré algún dinero, porque la gente que ha de servirme...

—Toma, toma.

Florentín abrió el arca, sacó veinte ducados y se los entregó al esbirro, preguntándole:

—¿Qué más necesitas?

—Que tengáis confianza en mi lealtad.

—Ya sabes que la tengo.

—Pues si me lo permitís, me iré para aprovechar el tiempo, no sea que doña Isabel **desaparezca** mientras nosotros preparamos los medios para espiarla.

—Adios, mi querido Culebrina, piensa que la fortuna viene siempre después de la desgracia.

El esbirro salió.

¿Había perdido Florentín la inteligencia, la astucia de que tantas pruebas había dado?

No.

¿No acababa de cometer una torpeza? Ninguna.

En alguien había de depositar su confianza, puesto que necesitaba el auxilio de otras personas.

No tenía motivo para creer que Culebrina fuese traidor; sino que, por el contrario, lo había visto hacer cuanto era posible contra la esposa de Jacobo.

Lo que se intentaba era muy difícil, puesto que nunca hay medios bastantes para espiar á una persona constantemente y por espacio de mucho tiempo; pero el abate no se detenía ante ningún obstáculo.

Los últimos sucesos habían avivado el fuego de su pasión y necesitaba satisfacerla á toda costa.

Culebrina se encaminó presurosamente á la calle de Atocha, y entró en el convento de Santo Tomás, encontrando en su celda á fray Tadeo, que á salir se disponía.

—¿Qué novedades tenemos?

—El señor abate no desmaya.

—Así lo hemos supuesto.

—Sabe una cosa que tiene mucha importancia si es verdad.

—Me ha dicho que doña Isabel piensa retirarse á un convento.

Se arrugó el entrecejo del fraile.

—¿Quién le ha dado esa noticia?

—Supongo que la criada de doña Isabel.

—Bien merecido tiene el encierro que sufre, y tormento que sufrirá.

—Y doscientos azotes, y algo más.

—Descuida, que su traición no quedará impune. Mi compañero Florentín ha querido vengarse, y yo haré todo lo posible para que quede satisfecho.

—Continuad, señor Culebrina.

—El abate ha dispuesto que á todas horas esté espiada doña Isabel.

—¿Y á quién encarga esa comisión?

—A mí.

—Un hombre solo no puede hacer eso.

—Ya se lo he dicho, y él ya lo sabe.

—¿Quién os ayudará?

—Desconfía de todo el mundo y cree que es muy peligroso acudir á mis compañeros.

—Entonces....

—Después de suplicarme he accedido á buscar otros dos hombres, advirtiéndome que yo tampoco puedo responder de la lealtad de nadie.

Fray Tadeo, según su costumbre, empezó á pasearse.

Después de algunos minutos se detuvo, desplegó una leve sonrisa, y dijo:

—Me parece que el abate Florentín entra en su período de decadencia.

—Creo lo mismo.

—Bien se conoce que el susto de antes de anoche lo ha trastornado y ya no acierta con otros medios que con los más vulgares.

—Peor para él.

—¿Y qué piensa en cuanto al señor Antolín?

—Ni siquiera lo ha nombrado.

—Se olvida del hidalgo.

—Completamente.

—Peor para él.

—Nada más puedo deciros.

—No es poco.

—¿Estáis satisfecho de mi lealtad?

—Completamente.

—Pues si me dais vuestra licencia.

—Esperad, dijo el fraile.

Y del cajón de la mesa sacó un bolsillo y lo entregó á Culebrina, diciéndole:

—Esto me dió anoche don Martín para vos.

—¡Ah!

—Todo es oro.

—Tanta generosidad.

—No es más que una muestra, el principio, una indicación.

—Don Martín es un gran hombre.

—Sobre todo si medís su grandeza por su liberalidad.

—No lo digo precisamente por eso.

—Señor Culebrina, ocupaos ahora de buscar á los que han de ayudaros para servir al abate.

—Lo que tengo que hacer ante todo es cavilar mucho para poder engañarlo, pues si una torpeza cometo.

—Nada temáis, porque además de mi protección, tenéis la de don Martín de Quiñones.

—Eso es lo que me tranquiliza.

—Que Dios os proteja.

El esbirro salió tan entusiasmado como era consiguiente, después de haber recibido la bolsa que probaba la esplendidez de don Martín.

Peligroso era el papel que Culebrina representaba; pero en cambio la recompensa era mucha.

Hasta entonces nadie ganaba como él, y si la intriga duraba algún tiempo, acabaría por reunir un verdadero caudal.

No se ocupó en buscar inmediatamente á los dos bribones que con él habían de representar la farsa, pues le pareció más conveniente ir á visitar á maese Trifón y al señor Antolín de Santoyo, seguro de que una de estos le ofrecería de comer.

Para lo demás le sobraba tiempo aquella tarde.

Llegó á la hostería del *Invencible Caballero*, entró, estrechó la diestra del huésped, y le dijo:

—Aquí me tenéis, mi querido Trifón.

—¿Dónde os habéis metido?

—Me he paseado sin tomarme otra molestia que la de ir todos los días á visitar al señor abate para decirle que no había novedad.

—Pasáis buena vida.

—¿Y el señor Antolín?

—Durmiendo, porque ha pasado la noche fuera de casa y aun no hace dos horas que vino.

—No se levantará hasta el momento de comer.

—Y si os esperáis os convidará, y si tenéis que hacer, comeréis antes conmigo.

—Veremos.

—Ahora habéis de perdonarme porque tengo que ir á la cocina; pero aquí podéis quedaros entretenido con unos biz-

cochos que os daré y un par de copas de vino generoso.

—Si os empeñáis...

—Mi buen amigo, los hombres que trabajan tanto como vos necesitan fortificar el estómago.

—Más raro es trabajar poco y comer mucho.

El hostelero llevó los bizcochos y el vino.

En seguida se fué á la cocina.

Aunque el esbirro estaba solo, no se aburríó.

Dulcemente pasaron las horas para él.

A las once y media resonó la voz del hidalgo, que desde su aposento decía:

—Maese Trifón, ¿en qué pensáis?... ¿Tripas de Lucifer! ¿Os habéis propuesto matarme de hambre?... Traed la comida si queréis conservar sanos vuestros huesos.

—Voy al instante — respondió el huesped.

Y corrió y subió para arreglar la mesa.

Pocos minutos después entró en el aposento donde estaba Culebrina, diciéndole:

—El señor Antolín desea veros y que le hagáis compañía para comer, pues dice que se aburre cuando está solo y que no tiene apetito.

—Pues complacido quedará.

—Subid.

—No tardaréis en llevar la comida.

—Está preparada.

Así el esbirro acababa de arreglarse para pasar el día lo mejor posible.

CAPITULO VI

CONFERENCIAS

Aquel mismo día fray Tadeo fué á visitar á don Martín.

Se convenció éste de que aquella situación era insostenible, y que había necesidad de adoptar una resolución.

Una lucha constante un día y otro día, un mes y otro mes, y siempre la misma lucha, no hay quién la resista.

Florentín había de fatigarse y contentarse con tener encerrada á la inocente niña, esperando á que los sucesos le presentasen nueva ocasión para dar el golpe decisivo; pero también sus víctimas se

fatigaban, y además nadie sabía lo que podía suceder en el transcurso del tiempo.

Indudablemente lo más acertado era poner en práctica el plan de la infeliz esposa de Jacobo, pues cambiando de nombre y en un convento, se encontraría más segura y podría tener siquiera alguna tranquilidad.

Sin embargo, nada quiso decidir Quiñones sin conocer la opinión de sus amigos, y principió por consultar con su criado.

Cuando éste supo lo que había determinado Florentín, se encogió de hombros y dijo:

—Eso no me sorprende.

—Tampoco á mí me ha sorprendido.

—Señor, perdonad, pero nuestras opiniones ahora....

—¿Son distintas?

—Completamente.

—No; conoces la mía.

—Me parece que la adivino.

—Sepamos la tuya.

—El señor Leandro y el señor David deben volver á instalarse en la vivienda de doña Isabel.

—¿Y luego?

—Ayudarme para averiguar el paradero de la niña.

—Eso...

—Tenemos un punto de partida que es mucho tener, y estoy seguro de conseguir lo que deseamos.

—Juan, ya sabes que es peligroso espiar al abate, y tú mismo lo has reconocido así.

—Hemos hecho muchas suposiciones, quizás exageradas, señor.

—Pero si hemos acertado...

—Por eso buscamos trazas para espiar á Florentín sin que él se aperciba.

—Es demasiado astuto.

—Y yo no lo soy tanto, señor.

—Sin embargo...

—En fin, mi opinión ya la conocéis, y si decidís poner en práctica mis consejos, combinaré el plan.

—Quiero antes saber como piensan los demás.

—Y luego el tiempo dirá quién se ha equivocado.

Quizás por primera vez estaban en desacuerdo don Martín y Juan.

Era demasiado grave el asunto y deseaba el caballero conocer las opiniones

de todos, sin que en el ánimo de ninguno influyesen los razonamientos de los demás.

Cuando vió á David le dió cuenta de lo que pasaba, y también le preguntó.

—¿Qué debemos hacer?

—La situación es muy grave—respondió el huérfano—; pero algo hemos ganado al tener la seguridad de que mi hermana vive.

—¿Y seguís creyendo que doña Isabel debe encerrarse en una celda?

—No.

—Entonces...

—Hoy mismo, si ella no se opone terminantemente, volveremos á cambiar de domicilio, estaremos uno de nosotros á su lado á todas horas, y nada tendremos que temer.

—¿Y qué más haremos?

—Dejar que el tiempo pase, y aprovechar las ocasiones que se nos presenten.

—¿No buscaremos á la pobre niña?

—Desgraciadamente no podemos, porque tendríamos que espiar á Florentín, y esto sería demasiado peligroso.

—No tanto como habéis creído.

—Conozco demasiado bien al abate, y estoy seguro de que á nadie ha confiado la delicada comisión de guardar á la niña.

—Creo que os equivocáis.

—Debe tenerla encerrada en un sótano, y todos los días le llevará él mismo de comer dejándola luego sola sin más amparo que el de Dios... ¡Oh!... Esto no puede ser más horrible; pero...

—Es demasiado.

—Acabamos de tener la prueba. ¿Por qué no ha llevado á la niña á la casa donde encerró á la madre? Porque con nadie contaba para que le ayudase, y hacerlo él era arriesgarse en demasía.

—Tenemos un punto de partida.

—Sí, la calle de Convalecientes; pero nada conseguiremos con situarnos por allí para acechar; porque á un mismo sitio puede irse por distintos lados, y tengo la seguridad de que Florentín cambiará de camino.

—En eso no ha pensado Juan.

—Yo pienso, porque conozco al abate.

—Me habéis convencido.

Poco más hablaron, porque David se despidió para ir á ver á la esposa de Jacobo.

La opinión de Leandro era la misma que la del huérfano.

A Simón no había para qué consultarle, porque él no encontraba más medio que encerrar al abate, y matarlo si no dejaba en libertad á la niña.

Después de reflexionar muy detenidamente, habló Quiñones con Isabel.

Esta no había cambiado de opinión.

Fueron inútiles todos los razonamientos.

No era precisamente la seguridad de su persona lo que en el claustro buscaba, sino el silencio, la soledad de la celda, el aislamiento del mundo, donde no tenía más que recuerdos desgarradores.

La infeliz necesitaba entregarse á sus pensamientos tristísimos sin que nada la distrajese, y buscar en la religión los consuelos que no podían proporcionarle las criaturas.

En medio del bullicio del mundo, aunque se haga la vida más retirada, no es posible elevar á Dios el espíritu como en el claustro y en el templo.

David había sufrido mucho; pero no podía comprender el sufrimiento de la esposa de Jacobo.

Para ciertos dolores no hay más consuelo que la soledad, el dolor mismo.

Las tranquilas distracciones que sus amigos le proporcionaban á Isabel, eran para ella mortificaciones.

Cuando se encontraba sola, pensando en su esposo y en su hija y llorando, era cuando menos sufría.

No, esto no podían comprenderlo sus amigos, porque hay dolores que ni siquiera se conciben cuando no se han sufrido.

Quizás con el nuevo sistema de vida había de quebrantarse su salud: pero no pensaba la infeliz en esto, ni tampoco le importaba mermar su vida, que era un martirio incesante.

Escuchaba á sus amigos, dejando que éstos manifestasen su opinión y la apoyasen con toda clase de razonamientos; pero no cedía, sino que su resolución era más firme cada vez.

—¿Creéis—le preguntaba don Martín—, que en un convento estaríais más segura que aquí y entre vuestros leales amigos, que vigilarán á todas horas y están dispuestos á dar por vos la vida?

—No—respondió Isabel.

—Por si tenéis duda, os diré que en otro tiempo, cuando yo era casi niño, pobre y desamparado, sin amigos ni ayuda de nadie, me introduje en el convento de Santo Domingo el Real, hice cuanto se me antojó, y me burlé de las pobres monjas y de todo el mundo.

—¿Y qué probaréis con eso?

—Que si yo, en mi situación tristísima, puedo hacer eso, ¿qué no haría Florentín que de tantos recursos dispone? Creedme, en un convento es donde menos segura está una mujer.

—A pesar de todos esos peligros, no cambiaré de propósito.

—Pensad...

—Don Martín, os suplico por última vez: emplead vuestras relaciones y vuestra influencia para que en un convento se me admita de la manera que me conviene, dejándome en libertad para ver á mis amigos, particularmente á David, y en la inteligencia de que no he de profesar. No se meterán en averiguaciones respecto á mis antecedentes, y únicamente se cuidarán de mi para lo que concierne á la seguridad de mi persona.

—Hay un peligro en el que no habéis pensado.

—¿Cuál?

—La curiosidad de las monjas.

—No podrán satisfacerla y tendrán una mortificación.

—Además...

—Don Martín—interrumpió Isabel—, si queréis hacerme este beneficio...

—Señora...

—Y si no me lo hacéis, yo iré á un convento cualquiera á pedir refugio, y no me lo negarán, porque ofreceré pagarlo muy largamente.

—Eso sería una locura.

—Que cometeré, no lo dudéis.

No podía dudarse de que era firme la resolución de Isabel.

Convencido Quiñones de que nada había de conseguir, y no queriendo tampoco echar sobre su conciencia toda la responsabilidad, de lo que pudiera suceder, ocupóse en arreglar el asunto como Isabel deseaba.

Don Martín no hacía nunca las cosas á medias.

Con el mayor sigilo empleó su influencia, acudiendo á las personas que podían servirlo.

Pocos días después tenía una carta del arzobispo de Toledo para la superiora de la comunidad de Santo Domingo.

No necesitaba más.

—Señora—le dijo á Isabel—, voy á dar el último paso:

—Gracias, caballero.

—Aún es tiempo de retroceder.

—No, no.

—Quiera Dios que no tengáis que arrepentiros.

—¿Acaso puede sobrevenirme mayor desgracia que la de perder á mi esposo y á mi hija?

—Ciertamente que no, pero...

—Acabad la comenzada obra, os lo suplico.

—Sea.

—Que Dios os bendiga.

CAPITULO VII

EN EL CONVENTO

Puesto que había de hacerse cuanto más pronto mejor.

Aquel mismo día y á la hora que le pareció más conveniente, don Martín de Quiñones fué al convento de Santo Domingo el Real, llamando en el torno y diciendo á la hermana tornera:

—Tengo que entregar á la muy reverenda superiora una carta del señor arzobispo de Toledo.

—¿Del señor arzobispo! —exclamó sorprendida la monja.

—Sí, madre, y por consiguiente os ruego...

—¿Y quién sois?... Porque será preciso decirle también vuestro nombre á la muy reverenda superiora.

—No hay ningún inconveniente. Soy don Martín de Quiñones, persona muy allegada á su majestad.

—Basta vuestro nombre, que es sobradamente conocido. Esperad un momento, porque tengo que cumplir las reglas de la comunidad, que son muy severas.

No pasaron más de cinco minutos.

Una puerta se abrió y Quiñones fué introducido en el convento y guiado por dos novicias.

Se agolparon á su mente todos los recuerdos de su juventud.

Miraba á todos lados, examinaba las paredes y cuantos objetos había y que fueron mudos testigos de su audacia sin igual.

¡Cuánto había cambiado su situación!

Lo que debió sentir Quiñones no es posible comprenderlo sin haber leído *El Tribunal de la Sangre*, y recordar todo lo que hizo aquella criatura extraordinaria para sostener una lucha que apenas se concibe.

Con desigual violencia latió su corazón.

Sintióse profundamente conmovido.

La superiora hubiera temblado si llegara á sospechar que aquel hombre era quien en otro tiempo había puesto á la comunidad en tan grande apuro.

Quiñones reconoció perfectamente los sitios por donde pasaba.

Sin necesidad de que lo guiasen hubiera ido á la celda de la superiora, pues conocía perfectamente el camino.

Un largo pasillo atravesaban cuando el caballero, sin poder dominarse, se detuvo repentinamente y exclamó:

—¡Ah!...

Junto á él había una puerta, la de la celda que él había ocupado.

Una de las novicias le preguntó:

—¿Qué os sucede, caballero?

—Nada... Creí que se me había perdido la carta que he de entregar á la superiora—respondió Quiñones, llevando la diestra á uno de sus bolsillos—. Afortunadamente me equivoqué, aquí está.

—Me alegro.

—Gracias, hermosa niña—repuso don Martín sonriendo.

La novicia se puso colorada.

Llegaron á la celda de la superiora.

Encontrábase ésta en un ancho sillón, y respondió con dulzura al caballero, diciéndole:

—Sentaos y descansad.

—Y entre tanto, reverenda madre, si á bien lo tenéis, enteraos de lo que os dice mi respetable amigo el señor cardenal.

—Es mi obligación hacerlo así.

La religiosa tomó la carta, la abrió y leyó.

—Bien—dijo luego—, muy bien... Se trata de hacer un beneficio y de complacer á personas respetables...

—Sí.

—Explicaos, caballero.

—Hay una mujer noble, rica y de rara virtud, y que sufre lo que apenas puede concebirse, y que ha sido víctima de abusos los más criminales.

—Bienaventurados los que tienen sed de justicia—respondió la monja con placentero tono.

—De la justicia divina lo espera todo la infeliz de quien os hablo.

—¿Y quiere dedicarse exclusivamente á Dios?

—Lo que quiere, reverenda madre, porque otra cosa no le está permitida, es separarse del mundo donde tanto sufre, vivir en el silencio del claustro, llorar libremente sus desdichas, suplicar al Omnipotente y ponerse á cubierto de nuevas asechanzas de sus enemigos, pues la justicia, ni todo el poder del rey, sería bastante para librarla de las persecuciones de sus verdugos.

—¡Dios mío!...

—Amigos tiene y muy leales, entre ellos, mi esposa y yo, y mi hermana, y su esposo don Raul de Lancaste; pero no basta nuestra protección.

—Eso es incomprensible.

—No puedo sobre este punto daros más explicaciones, porque hay secretos que no me está permitido revelar.

—Respeto vuestra reserva.

—Lo único que puedo deciros es que mi protegida es joven y prodigiosamente bella, y que la causa de todas sus desdichas es su virtud, el no haber querido olvidar sus deberes.

—Dios la premiará.

—Necesita, pues, ocultarse, desaparecer del mundo como si hubiese muerto, hasta que las circunstancias cambien.

—Comprendo.

—Es preciso también que se le permita recibir á las personas que son de su íntima confianza, y á las que conoceréis para evitar abusos, pues si se viese privada del trato de esas personas, sería mayor su sufrimiento y se resentiría su salud.

—Eso es lo más difícil, caballero.

—Para vencer esas dificultades es para lo que he buscado el apoyo del señor Arzobispo, pues siendo cosa que con su conocimiento se hace, no puede tener para vos desagradables consecuencias.

—¿Y quiénes son esas personas?

—Mi esposa y yo, y por lo menos un joven, que también es muy desgraciado, y que da el nombre de madre á nuestra protegida.

La superiora guardó silencio y meditó.

—Mi recomendada—añadió Quiñones después de algunos minutos—, es rica, según os he dicho, y no quiere perju-

Volvió á leer la carta.

—Es tanto—dijo—, el interés que el señor arzobispo manifiesta...

—Tiene mucho.

—Bien se conoce.

—Con esa carta queda á salvo vuestra responsabilidad.

—Ya lo veo.



Con esta carta queda á salvo vuestra responsabilidad.

dicar de ningún modo los intereses de la comunidad.

—Ya lo supongo.

—Ha decidido hacer, á su entrada en este santo recinto, un donativo de mil ducados á la comunidad, sin perjuicio de los tres ducados diarios que dará por su manutención y lo demás que convenga, pues como el dinero le sobra y apenas tiene necesidades, no le duele gastarlo.

Don Martín acababa de dar la razón suprema.

Mil ducados en aquellos momentos eran una cantidad de mucha importancia, y con los otros tres diarios podían comer cinco ó seis personas.

Ya no encontró la superiora tantas dificultades.

—Y como mi protegida no ha de cometer ningún abuso...

—Siendo tan virtuosa...

—Una santa.

—Bendito sea Dios.

—Nada temáis, reverenda madre.

—Siendo vuestra protegida tan rica y tan noble...

—Mucho.

—Su nombre debe serme conocido.

—María.

—Quiero decir su apellido...

—Es otro secreto.

Hizo la monja un gesto de disgusto.

—El nombre no tiene importancia—añadió Quiñones.

—Ciertamente; pero...

—No puedo decir más.

—Tanto misterio...

—Es preciso.

—Me ponéis en gran apuro, don Martín.

—Olvidáis la carta del señor cardenal.

—Sea, pues, como queréis.

—Gracias, reverenda madre.

—¿Cuándo vendrá vuestra protegida?

—Pronto; pero el día fijo no puedo designarlo en este momento.

—Entonces...

—Recibiréis aviso oportunamente, y nos haréis un señalado favor si esa infeliz pudiera entrar de noche en esta santa casa.

—Es otra dificultad.

—Como la espían conviene adoptar muchas precauciones.

—¿Quién la traerá?

—El mancebo de quien antes os he hablado y yo, y si bien os parece, vendrá también mi esposa.

—Me alegraré.

—He concluído, reverenda madre—dijo don Martín, poniéndose en pie.

—Tened la seguridad de que haremos lo posible para consolar á esa infeliz.

—Que Dios os dé salud.

—Y á vos os bendiga.

—La superiora tomó una campanilla que había sobre la mesa, y la sonó.

Se presentaron las dos novicias.

—Acompañad y guiad á este caballero. Salió de la celda don Martín.

—Cinco minutos después se encontraba en la calle.

Miró á todos lados.

Nadie pasaba por allí en aquellos momentos.

Inmediatamente fué á ver á Isabel, diciéndole:

—Señora, todo queda arreglado á vuestro gusto.

—¡Ah!...

—Os llamaréis María, y todos respetarán el secreto de vuestras desgracias y os guardarán toda clase de consideraciones.

—Me habéis hecho un gran beneficio.

—Falta solamente arreglar las cosas de manera que no pueda saber Florentín á donde vais.

—Los hombres que me espían son nuestros.

—Sí; pero es preciso que quedé á salvo la responsabilidad de Culebrina.

—Nos sirve con lealtad, y no debe-

mos cometer la ruin acción de dejarlo comprometido.

—Jamás, señora.

—Planes ingeniosos os sobrarán.

—Es indudable; pero necesitamos también la ocasión oportuna.

—Esperaré.

—He convenido con la superiora en que haréis á la comunidad un donativo de mil ducados, y daréis tres cada día para vuestra manutención.

—Cuanto quieran.

Muy poco más hablaron.

Volvió á su casa don Martín, llamó á Juan, y después de ponerlo al corriente de todo, le dijo:

—Ahora veamos como quedará á cubierto Culebrina.

—No me parece imposible, señor, ni siquiera difícil.

—Piensa en que Florentín es muy astuto.

—¿Queréis dejar ese negocio á mi cuidado?

—Sí.

—Pues yo me entenderé con el esbirro.

—Confío en tu ingenio y en tu prudencia.

—Descuidad.

—Que Dios te ilumine.

Aquella tarde, á la hora en que Culebrina representaba el papel de espía en los alrededores de la casa de Isabel, salió Juan.

Paso entre paso siguió hacia San Justo.

Inclinaba la cabeza sobre el pecho como si estuviese muy distraído.

Ni una persona pasaba entonces por la calle.

Llegó junto al esbirro, y sin levantar la cabeza ni mirarlo, le dijo:

—Cenaremos esta noche en la hostería de Trifón. A las nueve en punto.

—Iré—murmuró Culebrina.

Juan siguió lentamente.

Llegó á Puerta Cerrada y desapareció.

CAPITULO VIII

UN ESTORBO MENOS Y UNA TORPEZA MÁS

Cenaron con muy buen apetito y muy alegremente Juan y Culebrina, hablaron del asunto que entonces los preocupaba, pusieron de acuerdo en cuanto á lo

que cada cual tenía que hacer, y se separaron para entregarse al reposo.

A la siguiente mañana, y muy temprano, el esbirro fué á ver á Florentín.

No estaba éste de buen humor porque los días pasaban, la situación era la misma, y empezaba á temer que la esposa de Jacobo hubiera cambiado de resolución y se quedase en su casa.

Esto era lo peor que podía suceder para el abate pues si había conseguido dar un golpe, no podía por segunda vez hacer lo mismo.

Paseábase el criminal en su aposento, y se detuvo, miró á Culebrina, y le dijo:

—Mal estamos.

—Ya lo veo, señor.

—No puedo quejarme de lo que no depende de tí.

—Hago cuanto puedo, aunque no hay nada que hacer; pero, ¿qué conseguiremos?

—Gastar mucho dinero.

—Y mi responsabilidad...

—Ninguna tienes.

—Señor abate, á pesar de la confianza que en mí tenéis, hoy vengo decidido á que cambiemos de sistema, y perdonad que así lo hable, pues es mucho lo que arriesgo en este negocio, y quiero ser precavido.

—¿Y qué hemos de hacer? ¿Acaso depende de nuestra voluntad cambiar el curso de los sucesos?

—Los dos hombres que me sirven no conocen la importancia del suceso, y son leales más por miedo que por virtud.

—Pero si cumplen su deber.

—Lo cumplen, señor; pero si llega un día en que se vendan á nuestros enemigos ó se descuiden, parece que de su traición ó torpeza debo yo responder. ¿Por qué me dejáis enteramente solo? ¿Por qué no os tomáis la molestia de acercaros á San Justo para ver si cumple su deber el que le toque vigilar? Ni siquiera me preguntáis, si yo vengo, y bien se os alcanza que al desentenderos así del asunto es mayor mi responsabilidad, es toda mía.

—Te equivocas.

—Si no hubiéseis estado en mi compañía la noche que se llevaron á doña Isabel, ¿cómo probaría yo mi inocencia?

—He ido muchas veces á la calle de

Puerta Cerrada, he observado, y he visto siempre á uno de los dos hombres que te ayudan, y á tí también te he visto, y para que no dudes te diré que tú vigilas por la tarde.

—Es verdad.

—Por la noche ocupa tu puesto un hombre de pequeña estatura, ancho de espaldas y de pelo rubio.

—Sí, sí.

—Y por la mañana vigila uno alto, huesoso, bizco...

—Muy cierto.

—¿Te tranquilizas?

—Señor...

—Ya lo ves, no abandono el asunto, pues si bien tengo en tí mucha confianza, no me sucede lo mismo que á otros.

—Son unos desalmados.

—Empiezo á temer que nuestros enemigos hayan cambiado de plan, en cuyo caso gastamos inútilmente el tiempo y el dinero.

—Y así no podemos estar toda la vida.

—No, pero aguardaré.

—Como dispongáis.

—¿Nada de particular has observado?

—Doña Isabel hace lo mismo que siempre: después de comer va á visitar á la esposa de don Martín, y por la noche vuelve á su casa, casi siempre en compañía de Juan.

—¿Y Castillejo?

—Dos veces lo he visto, y una á Simón.

—Pero ese otro que se llama David...

—Un misterio, señor abate.

—No pasa día sin que visite á doña Isabel y á don Martín.

—Uno debe ser de los que allí entran y salen; pero como no lo conozco...

—Ya lo veré algún día.

—Si algo más hemos de hacer...

—Nada.

—Vuelvo á suplicaros que no me abandonéis, pues ya os ha dicho la experiencia que nuestros enemigos valen mucho.

—Tu nada temas, Culebrina, pues yo soy el único que puede perder en este negocio.

El esbirro había hecho cuanto deseaba, y se despidió y se fué.

Sin novedad pasó aquel día.

Llegó la noche.

Florentín cenó y pensó en lo que siempre, en Isabel, en su pasión, en las dificultades que se le presentaban para satisfacer su impuro anhelo.

A las nueve, hora en que las calles empezaban á quedarse solitarias, salía el abate.

Con lentitud tomó calle arriba, y lo mismo siguió por espacio de veinte minutos hasta llegar á Puerta Cerrada.

—Los sucesos vienen cuando menos se les espera—murmuró.

Avanzó hasta llegar á la plazuela del Cordón, colocándose tras la esquina.

Obscura estaba la noche, pero distinguió el bulto del espía, que bajaba de casa de don Martín.

Cinco minutos pasaron.

Si algún ruido se percibía, era por el lado de la plaza de la Villa y de la calle de la Almudena.

Algunos destellos de luz se escaparon del portal de la casa de Quiñones.

De allí salió un hombre con una linterna.

Pocos momentos después pasó junto á Florentín.

Este reconoció á Juan.

Luego dos embozados salieron de la morada de Isabel, y entraron en la del caballero.

—¡Oh!—murmuró el abate—. Uno debe ser Castillejo, y el otro el llamado David.

No se equivocaba.

Aún no habían pasado tres minutos cuando salió otro hombre de elevada estatura.

Cantaba alegremente y con voz desatemplada.

—Es Simón—dijo el abate estremeciéndose.

Muy poco después, volvió Juan para salir otra vez en compañía de don Martín.

Y antes de que transcurriesen diez minutos volvieron.

—¿Qué significa tanto entrar y salir?—se preguntó el abate—. Algo se prepara... Veamos.

Y se metió en el hueco de una puerta, quedando inmóvil.

Así evitaba el peligro de que lo viesen.

Era indudable que había llegado á tiempo y allí estaba él por si el espía se descuidaba.

Otra media hora pasó, que á Florentín le pareció medio siglo.

Vió que de repente salía mucha luz del portal de la casa de Quiñones.

Aunque muy confusamente, percibió el ruido de muchas voces.

Luego dos lacayos, con antorchas, salieron y se colocaron á los lados de la puerta; quedando inmóviles y como si esperasen la orden de ponerse en marcha.

—¡Oh!—exclamó Florentín, cuyos ojos relumbraron. El momento llegó y... llevarán en una silla de manos. La acompañará doña Margarita... Quizás no la siga ese hombre, porque no la ve: pero afortunadamente aquí me encuentro... No me engañaba el instinto...

Al cabo de algunos minutos se convenció el abate de que no se había equivocado.

Del portal salieron dos criados con la dorada silla.

Los de las antorchas se pusieron en marcha.

Siguieron otros seis hombres.

Tomaron hacia la plazuela de Puerta Cerrada.

Parecía que dudaba el espía.

Iba el abate á salir de su escondite para seguir á los de la silla de manos, cuando otros cuatro hombres salieron de la casa, y espada en mano, corrieron hacia donde el espía se encontraba.

—¡No le dejéis un hueso sano!—gritó uno de aquellos hombres.

Y las espadas cayeron sobre el espía, No había defensa posible.

El desdichado cayó, se revolvió, se levantó como pudo, y huyó hacia los Consejos.

Temió Florentín que con él la emprendiesen al acabar con el otro, y sin esperar un instante, huyó por la calle abajo de Tentetieso y salió á la de Segovia.

—¡Ah!—exclamó—, por casualidad he salvado el pellejo.

Volvió la cabeza, vió que nadie le seguía, se detuvo limpió el sudor frío que empañaba su rostro, y dijo:

—El peligro pasó y... ¿Por qué he de perder esta ocasión con que me brinda la fortuna?... Aún puedo alcanzar á los otros los seguiré y veré á dónde van. ¡Oh!... No han contado conmigo. Se apercibieron de que los espiaban, y han

combinado bien el plan para quitarse el estorbo; pero han cometido la torpeza de ir con ese gran aparato de gente y de luces, pues se les distingue á larga distancia y no pueden confundirse con otros transeúntes.

Volvió el abate á correr calle de Segovia arriba.

Llegó á la plazuela de puerta Cerrada. Había calculado bien.

Por la calle de Latoneros iban los de la silla.

—¡Ah! — exclamó Florentín, desplegando una sonrisa de satisfacción diabólica—. Triunfaré... ¡En un convento!... La fortuna me protege... ¿Cómo no ha pensado Quiñones que las puertas de un convento son las que se franquean más fácilmente?

La verdad es que nuestros amigos habían cometido una grave torpeza al salir con tantas luces y haciendo tanto bullo.

Tomaron por le calle de Toledo hacia la plaza del Arrabal.

Hemos de volver á la morada de don Martín.

CAPITULO IX

EL CONVENTO

Los que habían apaleado al espía, lo dejaron en los derrumbaderos del Pretil, por donde el infeliz bajó, considerándose afortunado porque las espadas no habían caído sino de plano sobre sus costillas.

Retrocedieron los agresores, recorrieron la calle, miraron en los huecos de las puertas y volvieron á entrar en la morada de don Martín.

Pocos minutos después salieron cinco personas dos mujeres y tres hombres.

Uno de éstos iba delante y á todos lados miraba y escuchaba con atención profunda; pero á nadie vió, ni percibió ningún ruido.

Por la estrecha calle del Cordón fueron hasta la de la Almudena y se internaron por las que rodean á San Nicolás.

No hablaban.

Es inútil decir que las dos mujeres eran Isabel y la esposa de Quiñones, y que éste, David y Leandro eran los tres hombres.

Sus pasos no producían apenas ruido, y en medio de la obscuridad, sus bultos, informes y negros, parecían fantasmas.

Calles y calles atravesaron, y después de quince minutos llegaron á la cuesta de Santo Domingo, deteniéndose junto al convento.

Alguna luz había en aquel sitio, la de un pequeño farol que en el pórtico del templo alumbraba á una imagen de la Virgen.

Llamaron en la portería.

Con violencia latieron los corazones de Isabel y de David.

No hubieran podido expresar lo que sentían.

Su respectiva situación no cambiaba; seguirían viéndose con frecuencia, y sin embargo sufrirían como si se separasen para siempre.

El huérfano contempló aquellos muros, que le parecieron aún mucho más sombríos de lo que eran.

Para sus ojos la rojiza luz tenía un tinte lúgubre.

¿Le anunciaba el instinto nuevas desgracias al desdichado David?

Tal vez, y desde luego podemos asegurar que el instinto no le engañaba.

Pocas veces se ha sostenido una lucha tan prolongada y tan penosa como la que sostenían aquellas criaturas.

Como la superiora estaba prevenida, adoptó las convenientes precauciones y esperó á todas horas.

Se abrió un ventanillo.

—¿Quién llama? — preguntó un hombre.

—Las personas que espera la reverenda madre.

—Está bien, caballero, pero habéis de tener entendido, que según las órdenes que se me han dado, no pueden entrar más que dos damas, vosotros os quedaréis.

—Así lo haremos.

—Pues alejaos y perdonad; pero bien comprendéis que á estas horas...

—Entendido.

Isabel, sin poder contenerse, abrazó á David.

—¡Hijo mío!...

—¡Madre de mi alma!...

No pudieron decir más.

Los sollozos ahogaban su voz.

—Cualquiera creería—dijo don Martín—, que os separáis para siempre. Mañana, ó lo que es igual, dentro de algunas horas, os veréis otra vez y hablaréis como siempre habéis hablado sin que nadie os ponga ningún estorbo.

—Lo habéis querido, madre mía... Sea.

—Es preciso—murmuró Isabel.

Y limpió el llanto que en abundancia corría por su rostro.

Se separaron ellos bastante para evitar todo motivo de recelo.

La puerta se abrió y entraron las dos mujeres.

Las recibió el demandadero, que tranquilizándose cuando volvió á cerrar, las llevó donde esperaban dos novicias.

Silenciosamente atravesaron pasillos, galerías y habitaciones.

Isabel volvía la cabeza á todos lados y parecía que el pavor se había apoderado de su espíritu.

Sus pasos eran vacilantes; pero la infeliz se esforzaba para sostenerse y aparentar una calma que estaba muy lejos de sentir.

El ruido de sus pasos se repetía en las altas bóvedas, y á Isabel le parecía oír ecos lejanos y misteriosos que le anunciaban nuevas desdichas.

Llegaron á la celda de la superiora y entraron.

Esta recibió á las dos mujeres con toda clase de consideraciones, pues así le convenía, no solamente para atender la recomendación del arzobispo, sino también por los beneficios que podía reportar á la comunidad.

No necesitó la reverenda madre más que el primer golpe de vista para comprender cual de aquellas dos mujeres era la que debía quedarse en el convento.

Se cruzaron algunas frases de pura cortesía y luego la superiora le dijo á Isabel.

—Aquí estaréis á cubierto de las asechanzas de vuestros enemigos, y aquí encontraréis un consuelo que en el mundo es imposible. He dado las órdenes más terminantes para que se os respete, como debe respetarse á una dama ilustre, y para que nadie se meta en querer averiguar lo que á nadie más que á vos importa. Sufriréis mucho en esta santa casa, como si sufrierais en cual-

quier otra parte; pero en cambio aquí tendréis una tranquilidad absoluta y la libertad más completa para entregaros á vuestros tristes pensamientos, para llorar vuestras desdichas, y para suplicar al Omnipotente. Vuestra virtud pasa por duras pruebas: así se acrisola y tendrá mucho más valor. Si en este mundo de miserias y de pasiones no encontráis justicia, de justicia seréis harta en el mundo de la eternidad, y los dolores de hoy quedarán allí compensados con goces inefabes que no tendrán fin.

—Gracias, reverenda madre—murmuró con voz ahogada.

—Ahora os llevarán á vuestra celda, que es una de las más espaciosas y tiene una ventana que da sobre la huerta. Pediréis cuanto necesitéis, porque al instante os servirán. Si queréis asistir al coro con la comunidad, lo haréis, y si no rezaréis cuando mejor os parezca.

No podían ser más dulces y más agradables las palabras de la superiora.

Luego habló ésta con la esposa de don Martín.

La conversación no podía prolongarse, porque ni había asunto de que tratar, ni la hora era oportuna para permanecer allí mucho tiempo.

La esposa de Quiñones abrazó á su amiga, le prometió visitarla á menudo, se despidió de la superiora y salió guiada por las dos novicias.

A Isabel la llevaron á la celda que le habían destinado y que estaba amueblada con más esmero y comodidades que las de las monjas, pues ella no tenía para qué sujetarse á ciertas modificaciones.

Cuando la infeliz quedó sola, miró á todos lados, exhaló un penoso suspiro, arrodillóse ante el reclinatorio y exclamó:

—¡Dios mío!... Mi esposo, mi hija... ¡Ah!

Y otra vez el llanto brotó de sus ojos y corrió por sus mejillas.

Aquella noche debía ser horrible para Isabel.

A la vivienda de don Martín volvieron éste, su esposa y sus dos amigos.

Aún no cerraron la puerta sus criados.

¿Y Juan?

¿Por qué no había tomado parte en el suceso que acabamos de referir?



Porque era uno de los que iban con la litera, y otro de ellos era Simón.

Aún no había vuelto.

Su tardanza era inconcebible para los que no conocían el plan que se había trazado para burlarse del espía y del mismo Florentín.

Juan quería sacar partido de todo para morificar al abate, y llevaba para secundarlo, el mejor compañero, que era Simón, cuyas intenciones conocemos ya.

Preciso es que volvámos al momento en que nos separamos de los que llevaban la silla, y siguiéndolos otra vez veamos como terminó aquella escena, que á ninguna se parecía.

CAPITULO X

CÓMO SE DIVERTÍAN JUAN Y SIMÓN

A la plaza Mayor llegaron, según ya hemos dicho, y poco después pasaban por delante de San Felipe el Real.

Siguió el cortejo por la Puerta del Sol, entrando por la Carrera de San Jerónimo.

Las luces de las antorchas humeaban y exparcían sus rayos, esclareciendo bastante extensión.

El abate seguía tras el cortejo, siempre á larga distancia, pues no necesitaba correr el peligro de acercarse.

Las luces lo guiaban.

—¿A qué convento van?—se preguntó Florentín.

No era posible adivinarlo.

Entre tanto Juan le decía á Simón:

—Seguro estoy de que ese zorro nos sigue.

—Y yo me domino con mucha dificultad.

—Vais á saber lo que yo haría—dijo el criado.

—Probablemente lo mismo que yo.

—Coger al abate, encerrarlo en una cueva, darle pan duro por todo alimento, y una paliza cada veinticuatro horas.

—¡Tripas de Lucifer!—exclamó entusiasmado Simón.

—Muy pronto se convencería de que era irrevocable nuestra resolución de acabar con su existencia poco á poco.

—Y como es tan cobarde...

—No esperaré á que le diésemos la segunda paliza, ni quizás á que terminase

la primera, pues antes nos diría donde tiene encerrada á la hija de Jacobo.

—Esa es mi opinión.

—Y cuando ya estuviese en nuestro poder la pobre niña...

—Le retorceríamos el pescuezo al abate.

—No tanto, amigo Simón.

—¿Pues qué habíamos de hacer con él?

—Le devolveríamos la libertad, porque así lo habíamos prometido.

—¡Mil rayos!... No había pensado yo eso de la promesa, y cuando un hombre promete, debe cumplir.

—Pero mi señor no quiere que se haga semejante cosa...

—Y su generosidad ha de perdernos á todos.

—No es generosidad, sino que cree que el abate consentiría morir antes que decir donde se encontraba la niña.

—Se equivoca vuestro señor.

—Nunca se ha equivocado en esta clase de negocios.

—Sin embargo...

—Alguna vez había de ser la primera.

—Pues sin decir nada, ahora mismo...

—Dios me libre...

—Cuando le presentemos la niña, se alegrará de que lo hayáis desobedecido.

—¿Y si sucede lo previsto por mi señor? Entonces en vez de adelantar, nos quedaremos en peor situación que nunca.

—Haced lo que mejor os parezca.

Llegaron al Prado, subiendo hacia Recoletos.

El sitio no era lo mejor para pasearse en invierno y de noche.

—No lo entiendo—decía Florentín—, ¿y á qué convento van?

Unas veces distinguía las luces, y otras las perdía de vista entre los árboles.

Al llegar frente á la calle de Alcalá y junto á un puentecillo que allí había para pasar el cenagoso barranco que aún tardó muchos años en desaparecer, se detuvieron los de la silla.

—Descansen — dijo Florentín—. Yo también descansaré.

Y apoyó la espalda en el árbol que más cercano tenía, y se frotó las manos para devolverles el perdido calor.

Como unos cinco minutos pasaron.

De repente sintió Florentín que dos hombres caían sobre él, y una mano muy

dura lo asía por la garganta, y se la oprimía brutalmente.

No pudo el criminal hacer otra cosa que exhalar un gemido de mortal angustia.

Y vió relumbrar dos puñales sobre su pecho, y oyó una voz que decía:

—Si dais un grito os mataremos, nos iremos y mañana encontrará la justicia vuestro cadáver.

La amenaza no podía ser más terrible.

Los hombres de los puñales no eran otros que Juan y Simón.

¿Con qué fin habían preparado aquel golpe?

Sin otro que el de divertirse al ver como sufría el abate.

No sabemos si habían pedido licencia á don Martín; aunque nos parece que Juan no se tomaría semejante molestia.

Vió el abate que los que llevaban la silla no se alejaban.

Creyó que lo único que aquellos dos hombres deseaban era evitar que se les espiese; pero pronto tuvo que convenecerse de su error.

—Venid—le dijo Juan.

—Y no pronunciaréis una palabra, porque os matariamos. Ya sabéis por experiencia que yo no amenazo en vano, que hago mucho y hablo poco.

—¡Simón!—exclamó Florentín con voz ahogada.

—El mismo soy.

—¿Qué queréis?

—Primeramente habéis de decirnos á donde vais por aquí.

—¿No lo adivináis?

—Sí, nos seguáis.

—Entonces... ¡Ah!... Me ahogáis y ni siquiera hablar puedo.

—Hacedlo ahora—dijo Simón quitándole la mano del cuello de Florentín.

Aspiró éste con avidez el aire frio.

Se pasó las manos por la frente, que empezaba á inundarse de sudor.

—Me parece—dijo después de algunos momentos—, me parece que todos perdemos el tiempo de la manera más lastimosa.

—Nosotros no, porque nos divertimos.

—Y lo que en tiempo perdéis—dijo Juan—, lo ganáis en sustos.

—Perdí la partida... Tendré paciencia. He querido saber á donde llevabais á la esposa de Jacobo.

—¡Pobre hombre!—exclamó Juan con tono de burla.

—Otras veces me ha tocado ganar, y á pesar de lo que está sucediendo esta noche, me queda la esperanza de triunfar.

—¿Y si os ahogo?—replicó Simón.

—Cuando se deja de vivir, se deja de sufrir. Matadme y para mí todo habrá concluido; pero no para vuestra protegida, porque su hija morirá de hambre en su encierro, y ella sufrirá lo que no ha sufrido ninguna criatura. Quizás el mayor beneficio que pueden hacer es matarme.

—¡Truenos!

—Lo que ahora queréis es estorbar que yo sepa á donde lleváis á la esposa de Jacobo. Habéis sido por esta vez más astutos y más listos que yo. Me resigno y esperaré ocasión más propicia.

—Todo está muy bien, pero...

—No cometeré la torpeza de gritar aunque pasase por aquí una ronda que pudiera prestarme auxilio, porque cierta clase de escándalos harían mucho mal á mi reputación. Así, pues, cada cual por su camino. Vosotros tomaréis probablemente por la calle de Alcalá, y yo volveré á la carrera de San Jerónimo.

—Esta noche estáis muy turbado, señor abate, tan turbado como aquella noche que os eché por la ventana. ¡Mil legiones de condenados!... Bailabais que era una maravilla; mientras yo os tenía cogido por el pescuezo y suspendido en el aire. Pocas veces me he divertido tanto y siento no tener aquí una ventana para repetir la función.

—No queremos que os toméis la molestia de volver á la Carrera de San Jerónimo.

—Si deseáis que me quede aquí...

—Tampoco.

—Pues entonces...

—Habéis de venir con nosotros, y así veréis á donde llevamos la silla.

Tembló el abate.

Miró con espanto á sus dos enemigos.

Bien convencido estaba de que lo matarían si daba un grito ó hacía demostración de resistir.

—Dejadme—replicó.

—Venid os digo.

—Pero...

—¡Vive Dios!...

Y volvieron á levantarse y relumbrar sus puñales.

Esta clase de razonamientos no tienen réplica.

Exhaló Florentín un gemido angustioso.

Temblaba como si tuviese una convulsión.

Sus dientes castañaban.

Juan abrió una de las portezuelas, y dijo:

—Entrad.

No pudo el abate contener una exclamación de sorpresa profunda.

No se encontraba Isabel en el lujoso vehículo.

—¿Qué os sucede?—le preguntó el criado.



—¡No le dejéis un hueso sano!—gritó uno de aquellos. (Pág. 28.)

¿Qué se proponían Simón y Juan?

No lo adivinó, pero temió todo lo malo.

Quizás no se equivocaba el sirviente al creer que aquel miserable cedería cuando se le amenazase con la muerte y se le hiciera sufrir un martirio corporal.

Empero Quiñones, según hemos oído decir á su criado, era de distinta opinión.

Por de pronto Florentín tenía que obedecer.

Aunque encontrase una ronda no se atrevería á pedir socorro.

Pusiéronse, pues, en movimiento.

Llegaron donde estaba la dorada silla.

Entonces, á favor de la luz de las antorchas, pudo verse el rostro lívido del criminal.

El espanto se pintaba en sus ojos.

Miró á los que allí había, y vió que todos lo contemplaron con la más fría indiferencia.

—¡Ah!...

—Creíais que aquí iba vuestra víctima, y os habréis reído de nuestra torpeza, al salir con tanto aparato de luces y de gente.

—¡Oh!...

—¿Y por qué tembláis? ¿Acaso es posible que vos tengáis miedo?

—Cualquiera cosa hubiera yo dado—dijo Simón—, por veros la otra noche cuando os encerramos en la casa de la Morería, pues para el ratón no hay nada más divertido como ver al gato metido en la ratonera.

—Acabemos—dijo el sirviente—, porque este bribón no merece la honra que le hacemos.

Y empujó á Florentín, que se dejó caer en el asiento de la silla.

La portezuela se cerró, quedando junto á ella el astuto sirviente, y colocándose Simón junto á la otra.

—En marcha—dijo Juan.

En la calle de Alcalá entraron, fueron hasta la Puerta del Sol, tomaron luego por la calle de Preciados, y fueron á salir á la plazuela de Santo Domingo.

No puede comprenderse lo que el abate sufría.

Cada minuto era para él un siglo de agonía.

De vez en cuando miraba á través de los empañados cristales de las ventanillas, pero no veía más que los negros bultos de sus guardianes.

Quiso la casualidad que no encontrasen alma viviente, si bien para nada le hubiera servido á Florentín, puesto que no pensaba pedir auxilio á nadie ni á nadie había de llamar la atención una silla de manos, donde debía suponerse que iba alguna gran señora con su correspondiente acompañamiento de criados como entonces era costumbre.

Al último grado llegó la sorpresa de Florentín cuando se apercibió de que entraba en la calle de la Inquisición.

Era inconcebible la audacia de Juan y de Simón, pues no se salvarían, y aún comprometían gravemente á su señor si el abate llegaba á gritar.

Aunque estaba cerrada la puerta del Santo Tribunal, sabía muy bien el abate que los esbirros vigilaban en el portal.

Siguieron calle abajo sin apresurarse.

Pocos minutos después se detuvieron á la puerta de la vivienda de Florentín. Juan abrió una portezuela, y dijo:

—Salid, y entrad en vuestra casa.

—¿Vosotros?...

—Nos iremos.

—¡Qué os iréis!...

—No negaréis que os hemos tratado muy bien, pues á vuestra posada os hemos traído como si fueseis un gran señor, y salvo algunas palabras de mi amigo Simón, que han podido seros desagradables, ni os hemos maltratado, ni ofendido.

Más aturdido que nunca estaba Florentín.

Dudó si soñaba.

Se restregó los ojos, y miró á todos lados.

—Entrad—volvió á decir el sirviente.

—¡Oh!...

—¡Vive el cielo!... Tenemos prisa.

Sacó Florentín la llave, pues ya sa-

bemos que siempre la llevaba, entró y cerró presurosamente, porque temía que tras él se metiesen sus enemigos.

Se equivocaba.

Simón soltó una carcajada estrepitosa.

La diversión, verdaderamente pueril, pudo costarles muy cara.

Se alejaron calle arriba, y á los pocos minutos desaparecieron.

CAPITULO XI

LO QUE DETERMINÓ EL ABATE

Gran parte de aquella noche la pasó Florentín meditando y examinando muy detenidamente la situación.

En pocos días se había encontrado en dos peligros muy graves, y se había salvado por casualidad sin que él mismo supiese por qué.

¿Sucedería siempre lo mismo?

Lo más probable era que una de aquellas veces en que quedaba á merced de sus enemigos, algunos de éstos le matase, ya porque así lo habían determinado ya porque no pudieran contenerse en un arrebatado de ira.

Particularmente de Simón todo debía esperarse, porque era un hombre brutal.

Además á todos les convenía una tregua de calma, y al abate más aún.

¿Qué era lo que debía hacer ante todo?

Averiguar donde se encontraba Isabel.

Mientras la desdichada no hubiera salido de Madrid, la empresa no sería imposible, ni tal vez difícil.

Para conseguir esto, no necesitaba espías Florentín, ni el auxilio de nadie, pues le bastaba su ingenio, su astucia y los medios que le daban sus relaciones.

Una vez que averiguase donde su víctima se había refugiado, podría trazar nuevos planes para conseguir la realización de sus deseos.

Había hecho cuanto era posible; nada consiguió hasta entonces, y debía esperar mejor ocasión.

En último caso le quedaba la niña, que sobre ser un prodigio de belleza, era el retrato de su madre, y tenía el atractivo de la frescura de los pocos años, de la inocencia y del candor.

—El tiempo pasa rápidamente—decía Florentín—, y pronto la niña será una mujer, mientras que su madre habrá per-

dido todo el atractivo, porque su belleza estará marchita.

Para las luchas en que se necesita valor, ya no servía el abate, y como esto lo sabía él, determinó volver á su antiguo sistema de herir sin exponerse á ser herido.

Aunque tarde, consiguió dormirse, descansó, recuperó las fuerzas y se despejó su cerebro.

A la siguiente mañana se levantó á la hora de costumbre.

Sonrió lo mismo que siempre.

Estaba perfectamente tranquilo.

Poco después se le presentó Culebrina, exclamando:

—¡Oh!... Estoy desesperado...

—¿Qué te pasa?—le preguntó dulcemente Florentín.

—El pobre Tiburcio...

—¿Y quién es Tiburcio?

—Uno de los dos hombres que me servían...

—El que vigilaba de noche, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Está enfermo?

—Anoche, cuando cumplía su deber...

—Salieron los criados de don Martín, y lo apalearon.

—Lo sabíais...

—Porque lo ví.

—¡Ah!...

—No te sorprendas.

—Entonces...

—Ninguna queja tengo de ti, ni de los que te ayudaban.

—Respiro, señor.

—Reconozco tu lealtad.

—Gracias, señor abate.

—Has hecho cuanto era posible.

—Os juro...

—Todas las circunstancias se han conjurado contra nosotros.

—Pero tomaremos la revancha, porque...

—Será difícil.

—Contad conmigo para todo, y no penséis en recompensarme, porque este asunto lo miro ya como mío, este es ya para mí un caso de honra.

—Desgraciadamente nada podemos hacer.

—Me parece...

—Ya desapareció la esposa de Jacobo.

—Pero si vos os encontrabais en la calle...

—Algo hice.

—Me ha dicho Jacobo que sacaron una silla de manos...

—Y yo supuse que allí llevaban á Isabel, y dí vuelta por la calle de Segovia, y seguí á los de la silla.

—Muy bien.

—Muy mal, porque fuimos hasta el Prado, y allí, favorecidos por la obscuridad y por la arboleda, cayeron sobre mí Juan y Simón.

—¡Horror!...

—Bien sabes que particularmente el segundo...

—Es un desalmado.

—Querían asesinar me y levantaron los puñales.

—¡Señor!...

—Quiso Dios que pensasen otra cosa, y me obligaron á entrar en la silla.

—¿Con doña Isabel?

—Allí no iba nadie.

—¡Ahora lo comprendo todo!...

—Ella debió salir después.

—Sí, sí, cuando tuvieron la seguridad de que nadie los observaba.

—¿Y al fin?

—Me trajeron á mi casa y me dejaron.

—¡Cosa rara!

—¿Te parece que ahora podemos hacer algo?

Culebrina quedó pensativo.

—Ya lo ves—añadió el abate—, ella está en un convento, y por consiguiente hemos de esperar, ó más bien renunciar...

—¿Y la burla que hemos sufrido?

—Olvidas que se trata de don Martín de Quiñones?

—Es verdad.

—Y una cosa es espiarlo y otra hacerle mal directamente.

—De modo que...

—Paciencia; Culebrina, que yo también la tengo, aunque más me interesa el asunto.

Hizo el esbirro un gesto de disgusto y guardó silencio.

—Desde hoy—añadió Florentín—, me ocuparé en cumplir los deberes de mi cargo, y tú harás lo mismo.

—¿Y el señor Antolín?

—Sospeché que estuviese en relacio-

nes con mis enemigos; pero veo que no sucede tal cosa.

—Así parece.

—Tiene dinero y no piensa más que en divertirse.

—Pues entonces...

—Lo dejaremos en paz.

—Cumpliré vuestras órdenes aunque si se me presenta ocasión de vengar las ofensas que hemos recibido, la aprovecharé.

—Sobre ese punto puedes hacer lo que quieras bajo tu responsabilidad, aunque contando siempre con mi protección, porque la mereces.

—Y si cambiáis de de opinión.

—No cambiaré.

—Pues si nada tenéis que mandarme...

—Nada, Culebrina.

—Voy, pues, á tomar algún alimento, porque estoy en ayunas, y luego iré al Tribunal.

—Que Dios te bendiga.

—Y á vos os proteja.

Salió Culebrina, y sin detenerse fué á ver á fray Tadeo.

No tuvo que darle noticias de los suce-

sos de la noche anterior, porque los conocía demasiado bien el fraile, solamente le habló de lo que Florentín había determinado.

—Descansemos, pues—dijo el dominico.

—Si en un convento se encuentra esa desgraciada señora...

—Creo que sí.

—Ha de pasar mucho tiempo antes de que el abate averigüe lo que necesita para preparar otro golpe.

—Y entonces lo sabremos porque á vos acudiré.

—Como no desconfía...

—Estoy satisfecho de vuestro proceder, buen Culebrina.

—Que os guarde el cielo, reverendo padre.

—Y á vos os bendiga.

Así quedó la situación

De nuestros amigos nada tenemos que decir. Tenían que esperar nuevos sucesos.

¿Y Jacobo?

Quizás había muerto, en cuyo caso la felicidad completa sería ya absolutamente imposible para Isabel.



TERCERA PARTE

OCHO AÑOS DESPUES

CAPITULO PRIMERO

ALGO SOBRE LOS PERSONAJES DE ESTA HISTORIA

Ocho años habían transcurrido desde los últimos sucesos con que terminó la segunda parte de esta historia.

En tan largo período de tiempo todo había cambiado, y al decir todo, nos referimos á lo que tiene relación con el drama que nos ocupa.

No hablaremos ahora de todos los personajes ni entraremos en cierta clase de explicaciones, porque esto hemos de hacerlo más adelante: solamente diremos que el Santo Oficio había llegado á su mayor grado de preponderancia y esplendor; porque de ningún monarca mereció este Tribunal tanta protección como de Felipe III, rey fanático cuyo fanatismo no estaba compensado como en su padre y su abuelo con la inteligencia superior.

La casa de Austria había empezado á degenerar y sus individuos debían ir empequeñeciéndose física y moralmente hasta llegar al infeliz Carlos II el Hechizado, terminando en éste una familia que principió en temibles gigantes y acabó en despreciables pigmeos.

En Carlos I tuvimos al gran general, al heroico soldado, al profundo político, al gran rey y al no menos gran hombre, porque á pesar de todo, prescindiendo de sus ideas y su proceder, hay que reconocerle todas estas cualidades.

Felipe II no fué ya general ni soldado valiente, sino gran diplomático, monarca y hombre.

Felipe III perdió otra de estas cualida-

des, y solamente encontramos en él al rey, con toda su imponente majestad, al monarca en cuyas sienes cuadra bien una corona y sabe sentarse en un trono, al rey y al hombre.

Después tuvimos á Felipe IV, hombre no más, pero no rey, y por último á su desdichado hijo Carlos II, que ni siquiera fué hombre.

Todos ellos fanáticos; pero produciendo el fanatismo unos ú otros efectos, según el grado de inteligencia que lo compensaba, siendo en los unos un medio de engrandecerse y en los otros un enemigo que los avasallaba.

El sentimiento de la dignidad real era una de las cualidades distintivas de Felipe III, y por eso hemos dicho que era rey; pero no más que rey: que sin la inteligencia de su padre, le era imposible sobreponerse á ciertas preocupaciones.

Como hombre, su pasión dominante, su debilidad, puede decirse, era la codicia, y por ver como crecían los montones de oro en las arcas de su tesoro particular, como se acumulaban las piedras preciosas en su guardajoyas, estaba dispuesto á toda clase de sacrificios.

En su trato era por lo menos tan severo y tan grave como Felipe II, y quizá mucho más que éste, era esclavo de la etiqueta cortesana.

Con semejante monarca no pudieron, pues, los jesuitas ganar terreno sino para engrandecerse; pero no para menguar el el inmenso poder del Santo Oficio, ni para que este poder pasase á manos de la Compañía de Jesús.

El abate Florentín continuaba en la misma situación y aún había conseguido ganar en influencia y prestigio, porque

hasta entonces no había sido posible encontrar medios de asestar contra él un golpe seguro.

Muchos y muy grandes eran sus adversarios; pero él había luchado con todos, y sino había conseguido satisfacer su ambición, había logrado por lo menos sostenerse.

Fray Tadeo había conseguido, por mediación de don Martín, un obispado, y por consiguiente no se ocupaba ya con mucho ardor del abate.

¿Qué le importaban al dominico las intrigas de su antiguo compañero, mientras éste no le estorbaba para adelantar hacia el objeto de los afanes de toda su vida?

Jacobo no había parecido, ninguna noticia se había tenido de él, y ya su esposa lo había llorado como muerto.

¿Cuál era la situación de Isabel? ¿Qué hacía?

No es tiempo aún de que nos ocupemos de ella.

¿Y los hidalgos?

El padre había muerto, y por consiguiente no encontraremos ya más que al hijo.

Tampoco es esta ocasión de hablar de David, á quién pronto veremos aparecer para seguir representando el importante papel que tiene en esta historia.

Claudio Florentín no había cambiado de vivienda ni de costumbres: vestía lo mismo que cuando lo dejamos, y la cruel y dura mano del tiempo había intentado vanamente marcar sus inequívocas huellas en aquel rostro flaco y amarillento.

El abate debía envejecer en un día lo que no había envejecido en muchos años, pero hasta entonces no había sucedido esto y su rostro era el mismo, la misma su agilidad.

Al verlo no se hubiera creído que habían pasado ocho años, sino algunos días no más.

¿A qué altura se encontraba de su pasión?

Tal vez él mismo no hubiera podido explicarlo; pero nosotros diremos que cuantos inconvenientes había encontrado para satisfacer su anhelo impuro, habían producido el efecto del combustible que se añade á una hoguera.

Mucho mal había hecho Florentín y mucho estaba dispuesto á hacer; pero en

el tiempo que no lo hemos visto, había sufrido mucho y creemos que le esperaba sufrir más todavía.

Cuando se sufre parecen las horas siglos, y sin embargo, á Florentín le habían parecido los años días, los días instantes, y en esto precisamente consistía su mayor desgracia, esto era su mayor tormento.

Sus recuerdos, en vez de borrarse ó de hacerse vagos, estaban cada vez más vivos.

Había tenido muchos días de horrible desesperación, y había hecho todo cuanto es imaginable para vencer al enemigo de su pasión, que oculto en lo más profundo de su alma lo atormentaba sin cesar.

Con una constancia casi inconcebible, con esa constancia que suele dar la desesperación, el abate había cumplido exactamente su propósito de tener encerrada sin que la luz del sol le diese á la inocente hija de Jacobo, y en esto se había conducido con tal prudencia, con tal astucia, con tanta habilidad, que no fué posible descubrir el paradero de la pobre niña ni encontrar una prueba de tan horrendo crimen.

El estado moral de la pequeña Isabel merece muy particularmente nuestra atención; pero no lo examinaremos, porque ella misma ha de referir cuanto le había sucedido, cuanto había sentido y pensado desde que la separaron de David, y sus palabras tienen mucho más valor que las nuestras.

Eran las once de la mañana.

Estamos en los primeros días de Marzo.

En el horizonte puro y trasparente brillaba el sol, sin que la más ligera nube se interpusiese entre sus abrasadores rayos y la tierra.

Hacía más de una hora que el abate Florentín se paseaba en su habitación con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Sus ojos, medio cerrados, solían abrirse, relumbrando sus pupilas como dos carbunclos.

Su rostro se cubría unas veces de mortal palidez, mientras que otra enrojecía como si fuese á brotarle sangre.

Su frente estaba contraída como nunca, y en todo revelaba una agitación la más violenta.

Algo terrible meditaba.

No había más que mirarlo para conocer que aquel día se encontraba en una situación excepcional, y que en cualquier sentido que fuese se preparaba algún gran acontecimiento.

Al fin como si sus fuerzas se hubiesen agotado, se dejó caer en una silla.

Por su pálida frente corrieron algunas gotas de frío sudor.

—¡Oh!—murmuró con voz sorda—; siempre en lucha, y en lucha con la fatalidad. Por todas partes enemigos, y enemigos gigantescos, y donde logro derribar á uno, se levantan otros mil. Los años pasan, las contrariedades se aumentan, pierdo las esperanzas, y se desvanecen mis ilusiones... No, no pierdo las esperanzas, ni menguan mis alientos; no han menguado ni menguarán, y el triunfo será mío... Tengo en mi misma naturaleza un enemigo... lo tengo en mi alma... No importa.

Volvió á inclinar la cabeza y á guardar silencio.

—Ella—dijo después de algunos minutos—, siempre esa mujer... Basta de vacilaciones: si no satisfago los deseos de mi pasión, apagaré la sed de mi venganza: sí, la apagaré con sangre, con exterminio... ¡Todo es gozar!—exclamó.

Y soltando una carajada nerviosa y horrible, se puso en pié como si repentinamente hubiera recobrado toda su energía.

Bien pronto su semblante tomó su expresión habitual.

Sus delgados labios se entreabrían como para sonreír con dulzura, dejando ver sus menudos y afilados dientes.

Púsose su largo balandrán y su sombrero de anchas alas, que quizá era el mismo que llevaba once años antes, y asomándose á la puerta dijo con voz bastante alta:

—Señora Mónica...

—Allá voy, señor—respondió una voz cascada.

Y se presentó una vieja, la que había sustituido á David en el servicio de la casa, y de la que no nos ocuparemos mucho, porque no tiene destinado en esta historia un papel de verdadera importancia.

Era fea; hipócrita, beata, digna, en

fin, de estar al lado de un hombre como el abate.

—Voy á salir—dijo éste.

—Bien, señor, bien; pero debo advertir á vuestra merced que la comida...

—¿La habéis preparado ya?

—Sí, señor.

Sois muy exacta en el cumplimento de vuestro deber; pero mis quehaceres no me permiten aguardar, y es probable que tampoco me permitan volver hasta la noche.

—Bien, señor, muy bien.

—Tengo que ocuparme de muy graves asuntos, y por lo que puede ocurrirme, os haré una advertencia.

—Ya escucho, señor, ya escucho—dijo la vieja, que tenía la costumbre de repetir dos ó tres veces una misma palabra ó frase.

—Si á la noche no he vuelto, me esperaréis sin inquietaros.

—Está bien.

—Y si dieran las once y aún no me hubieseis visto, os acostaréis.

—Me acostaré á las once, descuide vuestra merced, á las once.

—Y no haréis comentarios sobre mi ausencia.

—No haré ningunos, señor, ningunos.

—Ni mucho menos hablaréis con los vecinos sobre si vuelvo tarde ó temprano.

—Bien, muy bien.

—Son muy reservados los negocios en que he de ocuparme, y no conviene que nadie llegue á traslucir que estoy fuera de casa.

—No lo traslucirá nadie, señor, nadie lo traslucirá.

—A vos os digo esto, porque en vuestra discreción tengo la más completa confianza.

—Lo sé, lo sé: vuestra señoría me honra más de lo que merezco.

—¿Habéis comprendido bien, señora Mónica?

—He comprendido, he comprendido.

—Pues, comed, rezad y no os impacientéis.

—Así lo haré, señor, así lo haré.

—El cielo os guarde.

—Vaya con Dios vuestra merced, que vuestra merced vaya con Dios hasta luego, hasta mañana ó hasta cuando sea... Hasta luego, señor, ó hasta mañana.

El abate salió.

Miró á todos lados como si temiera que alguien lo observase.

Nadie pasaba por allí en aquellos momentos.

—Brilla el sol—dijo—, veremos si se obscurece para mí.

Tomó por la plazuela de los Mostenses.

Cuando la dejó atrás volvió á la derecha.

Bien pronto se encontró en la calle de Convalecientes.

Allí volvió á todos lados, y seguro de que nadie lo espiaba, siguió como si se dirigiese hacia el sitio conocido con el horrible nombre de Quemadero, y que es el mismo donde se encuentra hoy el hospital de la Princesa.

CAPITULO II

LA HIJA DE JACOBO

Quemadero se llamaba al sitio donde la Inquisición encendía las hogueras para quemar, vivos ó muertos, á los sentenciados á este inhumano castigo.

Según hemos dicho ya, el quemadero de Madrid estaba situado en el sitio donde hoy se levanta el hospital de la Princesa.

Allí, donde inhumanamente y abusando del santo nombre de Dios se convirtieron en cenizas millares de infelices, en su mayor número inocentes; allí, donde la crueldad se practicaba, nuestro siglo tan calumniado, ha levantado un asilo, donde la caridad cristiana se ejerce, salvando la vida á muchos infelices, enjugando el llanto de muchas familias.

—¡Contraste elocuente, providencial coincidencia!

El abate se detuvo en aquel sitio, donde había presenciado como tantas de sus víctimas espiraban en medio de la agonía más espantosa.

Una sonrisa diabólica dilató su rostro, y contemplando el sitio donde se encendían los hogueras, murmuró:

—Tarde ó temprano y á pesar de la protección de don Martín, vendrá Jacobo de Tordesillas, Leandro de Castillejo y hasta la misma Isabel, porque llegará un día en que tendrá que elegir entre el fuego que me devora el corazón, ó el de las hogueras del Santo Oficio. Y yo,

á pesar de lo que la amo, me gozaré en su agonía, y después quedaré tranquilo, porque á los muertos no se les ama; mi pasión concluirá. Entonces, ¡oh! entonces su hija, esa flor delicada, ese perfumado capullo... Entonces no, sino ahora, ahora mismo. La hija es el fiel retrato de la madre, y aunque su singular belleza no me produce el mismo efecto...

Interrumpióse, reflexionó y luego dijo:

—Cumpliré mi amenaza en todas sus partes... ¿Por qué me detengo?... Adelante.

Volvió á emprender su marcha, atravesando lo que se llama hoy Campo de Guardias, y cuyos alrededores no estaban entonces lo mismo, ya porque aún no se habían hecho los desmontes que se han llevado á cabo en nuestros días, ya porque había mucha vegetación que ha desaparecido.

Después de andar por espacio de un cuarto de hora, volvió á la izquierda, tomando un sendero que había entre dos prominencias, llegando en pocos minutos á una pradera, en cuyo centro se levantaba un edificio de regulares dimensiones.

Aquella casa y aquel terreno había sido comprado por el abate con las mismas precauciones que en otro tiempo compró la casa de Jacobo de Tordesillas, es decir, valiéndose de una persona con cuya fidelidad podía contar, persona que murió poco tiempo después, joven y robusta, lo cual fué para Claudio Florentín una gran fortuna, porque así no tenía que temer una traición.

Nadie habitaba el edificio que nos ocupa, ó para hablar con más exactitud, no se sabía que habitase nadie, aunque en el fondo de un subterráneo bastante espacioso, estaba la hija de Isabel desde la noche en que la vimos desaparecer en brazos del abate y después de herido David.

El miserable Florentín había cumplido su propósito con una exactitud espantosa.

En el subterráneo no penetraba un solo rayo de luz, y sólo estaba alumbrado por la rojiza y triste de un velón que ardía sobre una mesa.

En poco tiempo debía la pobre niña olvidarse del sol, del cielo y de cuanto había visto sobre la tierra. Por lo demás,

tenía buena cama y los muebles precisos para la vida.

Dos veces cada veinticuatro horas se presentaba el abate con la comida, que era buena también y según le convenía, pasaba allí algún tiempo, una ó dos horas, ó no se detenía más que algunos minutos.

otras se abrían, relumbrando como dos áscuas.

Transcurrió un cuarto de hora.

El sol continuaba brillando esplendorosamente.

El silencio era profundo en la casa y sus alrededores.

—Llegó el momento—dijo Florentín.



Si dais un grito os mataremos. (Pág. 32)

Con esta clase de vida, ¿cuál era el estado del alma de la inocente criatura?

Ya hemos dicho que ella misma nos lo dará á conocer cuando refiera su historia, historia extraña, porque era la de una vida pasada en el interior de un subterráneo, completamente separada de la sociedad y hasta del aire y la luz.

Florentín abrió la puerta de la casa y entró, volviendo á cerrar.

En uno de los aposentos había una cama, una mesa y algunas sillas.

Sentóse Florentín como si quisiese meditar descansadamente.

A los pocos minutos su rostro había enrojecido.

Luego volvió á palidecer.

Unas veces se cerraban sus ojos, y

Se levantó, sacó una llave, abrió una trampa ó compuerta, bajó algunos escalones y volvió á cerrar y continuó bajando.

Bien pronto distinguió la luz que brillaba en aquel recinto, en aquella sepultura de la desdichada niña.

Esta se encontraba sentada, con los codos apoyados en la mesa y la frente en las manos.

En su rubia cabellera, recogida con descuido, reflejaban los rayos de la luz del velón.

El abate se detuvo para contemplarla.

Ella no hizo el más leve movimiento.

—Isabel—dijo Claudio con aquel acento melífluo que parecía llegar á lo más profundo del alma.

Su víctima levantó la cabeza; pero no articuló una sílaba.

No exageraba el abate: la belleza de Isabel era prodigiosa, la misma de su madre, sin más diferencia que la expresión de su rostro, que era profundamente melancólica.

Lo más digno de observación eran sus grandes ojos negros, cuya expresión no es posible calificar.

En aquella mirada había tanto de triste como de sombrío, de dulce y tierno como de feroz, mezcla indefinible, que daba á la joven el aspecto más extraño.

Si en aquella mirada se buscaba inteligencia, encontrábase; pero al mismo tiempo se adivinaba un fondo de candidez que casi rayaba en idiotismo.

No podía suceder otra cosa en las circunstancias en que se había criado la infeliz niña.

Era imposible mirarla sin sentir oprimido el corazón.

Su rostro tenía esa palidez mate de la falta de salud; pero aquella palidez no robaba ningún encanto á la belleza de la joven, sino que por el contrario la hacía mucho más interesante, mucho más conmovedora.

Su mirada, completamente tranquila, se fijó en el abate.

—Buenos días, hija mía—dijo éste.

—Buenos días—respondió ella con dulcísima voz; pero con acento de la indiferencia más fría.

Florentín se sentó.

Su mirada penetrante se fijó en el hechicero rostro de Isabel.

—Hoy tenemos que hablar mucho—dijo después de algunos instantes.

—Hablares—respondió la niña.

—Pues escúchame con atención, que aunque no conoces el mundo tienes sobrada inteligencia y me comprenderás.

Los negros ojos de la joven brillaron repentinamente, cambiando la expresión de su rostro á impulsos de un sentimiento que ella no hubiera sabido explicar.

—¡El mundo!—exclamó.

Y como si esta palabra exigiese una respuesta, miró afanosamente á Florentín.

—Sí, el mundo de que desgraciadamente he tenido que separarte desde tu más tierna infancia, para librarte de los peligros más horrorosos. Algún día comprenderás hasta donde ha llegado el ca-

riño que te profeso y sabrás apreciar los sacrificios que me cuesta tu vida.

—Eso me lo habéis dicho muchas veces; pero no lo entiendo, así como no entiendo tampoco nada de lo que me sucede.

—Explícate y yo disiparé tus dudas, porque, repito, que ha llegado el momento de que termine esta situación.

¿Qué explicación había de dar Isabel?

La pobre niña sentía mucho; pero no comprendía nada.

Conservaba de los primeros años de su niñez bastantes recuerdos; pero comparaba lo pasado con el presente y no conseguía más que confundirse.

Preciso es hacerse bien cargo de su situación para comprender su estado moral.

Recordamos que el abate le inspiraba un horror que pudiera calificarse de instintivo, y tampoco se habrá olvidado que con ese lenguaje cándido, pero tan expresivo, de la niñez, la inocente criatura veía un ser fantástico en el que debía ser su verdugo, y le llamaba el hombre negro.

El transcurso de más de once años no podía borrar aquel sentimiento de invencible repulsión.

Para Isabel no era el abate una criatura, era un ser sobrenatural, era el hombre negro.

Si lo miraba con aparente indiferencia, no era porque dejase de sentirse poseída de terror en presencia de aquel miserable, sino porque la infeliz había aceptado su situación sin darse cuenta de ello, se había resignado y dejaba que el tiempo pasase, que se consumiese lentamente su mísera existencia con un estoicismo que era consecuencia forzosa y natural de su misma situación.

La cándida niña anhelaba dar aquellas explicaciones que se le pedían; pero cuando llegó el caso de darlas, no supo que decir.

Volvió á inclinar la cabeza y á descansar la frente en las manos, quedando inmóvil.

En esta posición no dejaba ya ver más que su hermosa cabeza, sus blondos y finos cabellos, que le caían en gruesas crenchas sobre la espalda, su talle delicado y esbelto, y como el marfil entre

el oro, su cuello blanquísimo por entre los mechones de su cabellera.

Algunos momentos después, los ojos del abate se iluminaron con el fuego lúbrico de su pasión.

Luego cambió de expresión su rostro, hasta el punto de desfigurarse.

Nunca había estado tan horrible, nunca sino cuando lo vimos arrastrarse á los pies de la esposa de Jacobo de Torde-
sillas.

Como impulsado por una fuerza superior á la de su voluntad, arrastró la silla, acercándose á la joven hasta quedar en contacto con ésta.

¿Quién había enseñado pudor á Isabel?

Nadie, porque el pudor es instintivo en la criatura y se le ve siempre, sin más diferencia que en sus manifestaciones, según la educación, las costumbres ó las circunstancias en que nos encontramos.

Apenas las rodillas de Florentín tocaron la ropa de Isabel, ésta, con brusco movimiento, separóse.

Su frente se contrajo, y su mirada entonces fué inequívocamente terrible, marcadamente feroz.

—Hablemos—dijo él con voz alterada y pasándose las manos por la frente.

—Hablemos—repitió ella.

Y se dispuso á escuchar.

CAPITULO III

QUE ES CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

El abate se esforzó para dominarse y dijo.

—Huyes de mí.

—Cuanto me es posible—respondió ingenuamente Isabel.

—¿Y por qué?

—¡Oh!... No he olvidado quién sois, ya lo sabéis—repuso ella, estremeciéndose convulsivamente.

—¡Tú sabes quién soy!...

—Sí, el fantasma de mi niñez, el hombre negro.

—Deliras.

La joven se encogió de hombros y guardó silencio.

—Te infundieron terror—añadió el abate—, un terror vano para abusar de tu inocencia, y ese recuerdo, como otros muchos...

—Ese recuerdo, todos mis recuerdos son mis goces.

—Cuando estés en estado de comprenderlo, te explicaré tu situación; ahora no puedo decirte más sino que estoy dispuesto á darte una prueba de mi cariño, siempre que tú me la des de ser razonable y justa. En un instante puedes hacerte feliz, tan feliz que ninguna criatura te iguale en felicidad.

—Yo no sé si soy feliz ó desgraciada.

—¿Conservas los recuerdos de tu niñez?

—Sí.

—No has olvidado que sobre la tierra hay un cielo azul y transparente..

—Y una luz inmensa, una luz que alegra el alma—interrumpió Isabel, cuyos ojos brillaron—. ¿Qué luz es esa? Conservo recuerdos; pero son confusos, vagos, y muchas veces dudo si son los recuerdos de una realidad bellísima ó de un sueño. ¡Ah!... Si es una realidad, yo quiero ver esa luz, y en esto consistirá mi mayor dicha; si es una realidad, yo quiero ver á la mujer en cuyos brazos me he dormido tantas veces, arrullada por su dulce voz, á la criatura á quien yo llamaba madre, y cuyas caricias eran para mí un goce que no puedo explicar, pero que aún siento con solo recordarlas; quiero ver al hombre á quien dí el nombre de padre, aquel hombre hermoso y de mirada severa... y también al ángel de mis ensueños, al ángel cuyas palabras dulcísimas me consolaban y me hacían sonreír cuando me separaron de mi madre.

Obscurecióse la frente de Claudio.

Le hacían temblar los recuerdos tan vivos y tan exactos de su víctima; sí, le hacían temblar más que el poder y el odio de todos sus enemigos.

—Has soñado—murmuró.

—¡Qué he soñado!...

—Sí.

—En el mundo, fuera de aquí, hay muchas criaturas.

—Muchas, es verdad.

—Yo sé que esto no es el mundo, porque recuerdo otra cosa, y aunque vagamente, no es una ilusión, sino una realidad. Tuve padres... No se lo que esto significa; pero sí estoy segura de que existían dos seres á quienes yo llamaba padres que me acariciaban, dos seres que me hacían feliz y á quienes yo amaba

con un amor sin límites, con una ternura que á nada puede compararse.

—Pero esa otra persona, ese á quién tú llamas el angel de tus ensueños...

—David—murmuró Isabel.

Y al pronunciar este nombre, que parecía haber quedado grabado en su alma, dilatose su rostro y sonrió con una dulzura infinita.

Florentín no pudo contener un movimiento de impaciencia.

—Todas esas personas, que fingían amarte para perderte, han desaparecido del mundo.

—¡Qué han desaparecido!...

—Ya no existen.

—¡Oh!...

—Lo que existe es el sol, cuyos torrentes de viva luz inundan la tierra y llevan al alma la alegría.

—¡La luz, la luz!...

—Lo que existe es el cielo trasparente y puro, el inmenso horizonte donde el sol se enseñoorea del día, donde durante la noche brilla la plateada luna y destellan millones de luceros.

—La luna, sí, yo recuerdo la luna, recuerdo las estrellas esparcidas en el cielo como un puñado de chispas de oro arrojadas por la mano de Dios.

—¡Dios!—murmuró el abate con voz sorda.

—Sí, Dios, ¿de qué os admiráis?

—También el angel de tus sueños te hablaba del ser Omnipotente...

—El angel de mis sueños, y mi madre, que mostrándome el cielo me decía: «Hija mía, allí está Dios, allí mora el ser Omnipotente que todo lo ha creado de la nada y que todo puede destruirlo por su sola voluntad... Arrodíllate y ruégale que te haga virtuosa, ruégale que proteja á tu buen padre, que ha sufrido mucho, ruégale que me dé larga vida, no para vivir, sino para dirigirte por el camino del bien, para amarte y ser amada por ti.»

La voz de Isabel se ahogó en su garganta.

Humedeciéndose sus negros y magníficos ojos, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

El abate no acertó á responder.

Su criminal obra de doce años amenazaba destruirse en un momento.

Aquel edificio, levantado piedra á piedra con una constancia inconcebible, po-

día ser derrumbado instantáneamente por el soplo de los recuerdos de la cándida niña.

—Abusan de tu inocencia—replicó Florentín después de algunos momentos.

—No entiendo eso—dijo Isabel.

—Te engañaban, mentían.

—Me hacían feliz, yo gozaba....

—Luego te hubieran hecho sufrir.

—¿Me hubieran traído aquí también?

—A otro lugar peor.

La joven miró á su alrededor como si quisiera convencerse de que podía existir algo peor que aquello.

—No miento y te daré una prueba. Te digo que existe el cielo, la luz, el aire puro y libre que se aspira con delicia, y te lo haré ver; te aseguro que no existen esas criaturas á quienes tú dabas el nombre de padres, que no existe David, y te pondré en medio del mundo, te permitiré que los busques y te convencerás de que han desaparecido.

—¿Me dejaréis ver el cielo y la luz?—preguntó Isabel con afán indescriptible.

—Sí.

—¿Y por qué no lo habéis hecho antes? ¿Por qué me tenéis aquí, tan lejos del mundo, tan lejos, que no oigo ningún ruido, que no veo más que esa luz que me entristece el alma?

—Porque ha sido preciso librarte de la persecución de tus enemigos.

—A mí no me perseguía nadie más que vos.

—¡Yo!...

—Sí, el único que me hacía temblar, era el hombre negro; porque el hombre negro hacía llorar á mi madre, porque el hombre negro, al extender sus brazos...

—Vuelves á delirar.

—No lo sé, no lo sé—murmuró la pobre niña, oprimiéndose las sienes.

—Te he prometido dejarte ver la luz del sol...

—Vamos, vamos—dijo Isabel, levantándose como impulsada por un resorte.

Florentín le cogió una mano para detenerla.

Ella se estremeció y retrocedió como espantada.

Sus ojos volvieron á relumbrar y á fijar en su verdugo una mirada feroz como la de un salvaje.

—Te empeñas en huir.

—No os acerquéis.

—¿Y si me acerco contra tu voluntad?—dijo el abate, dando un paso hacia Isabel.

—Seguiré huyendo.

—Llegarás al fondo de esta cueva y ya no podrás huir....

—Entonces—dijo Isabel, apretando los puños con fuerza convulsiva—, entonces os despedazaré.

El miserable asesino tembló.

¡Tenía miedo, miedo á la desesperación de aquella niña débil é indefensa!

No siguió, pues adelantando.

—Bien—dijo—, si no me permites acercarme á ti, si rechazas mis caricias, no verás la luz del sol.

—¡Oh!...

—Yo te prometo tu amor, una ternura como la de esos á quienes recuerdas...

—¡Ternura el hombre negro!... Idos.

—Sí, me voy á contemplar el cielo, que hoy está puro y transparente como nunca; á contemplar el sol que á torrentes derrama la luz; á respirar el aire puro embalsamado con el aroma de las flores; á escuchar el dulce trino de los pájaros, el melancólico arrullo de la tórtola, y á gozar del bullicio del mundo.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó Isabel con desgarrador acento.

—Entre tanto sigue aquí, en medio de esta soledad, de este silencio pavoroso, de este aire corrompido, con esa luz opaca y enristecedora; sigue aquí con tus recuerdos gratos, con tus pensamientos lúgubres, con tus negras esperanzas; sigue aquí en perpetua agonía, que tus sufrimientos son justo castigo á tu ingratitude.

—¿Pero qué queréis de mí, qué queréis?

—No quiero nada, sino que te ofrezco mucho. Echabas de menos el amor y las caricias de los que llamabas tus padres, y caricias y amor quiero prodigarte.

—Era aquel otra clase de amor.

—¿En qué consiste la diferencia?

—No lo sé; pero vuestras caricias me infunden miedo; vuestro amor me desagrada, me repugna... No sé, no sé.

—Aprensiones que se desvanecerán fácilmente.

—Decís que me amáis....

—Mucho.

—Que queréis ser para mí lo que fueron mis padres...

—Sí; pero si huyes, si no correspondest á mis caricias...

—No os creo.

—¿Qué harás si te doy las pruebas de mi ternura, si te convengo de que no te engaño?

Isabel reflexionó algunos instantes.

—¿Y cómo me convenceréis? — preguntó.

—Sacándote de aquí, volviéndote al mundo y satisfaciendo todos tus deseos, todos tus caprichos.

—Bien, llevadme donde yo vea la luz y el cielo, la luz del sol.

—Sí, la luz del sol, el resplandor de la luna...

—Eso es.

—¿Y qué harás luego?

—Seré feliz.

—¿Y á mí que te doy esa felicidad?...

—Os amaré—respondió sencillamente la joven.

—Tú desconfías de mis promesas...

—Sí.

—La misma razón hay para que yo desconfíe de las tuyas.

—Yo no miento—dijo Isabel, como si esto fuera una razón incontestable.

—Yo tampoco.

—Si os engaño, me encerraréis aquí otra vez.

—Sí, te encerraré, y sufrirás mucho más de lo que ahora sufres, porque después que hayas vuelto á ver el cielo y el sol, te será doblemente sensible estar privada de su luz.

—No, no volveré aquí porque os amaré.

—Te advierto que soy dueño absoluto de tu persona, y que no hay quién pueda impedirme castigarte si me engañas.

—Vamos, vamos donde esté la luz del sol—dijo Isabel con exaltación febril—; vamos que cada momento me parece un siglo. Pero habéis de llevarme donde haya mucha luz, mucha, y para gozar más...

—Cierras los ojos y no los abras hasta que yo te lo mande.

—Y al abrirlos...

—Encontrarás el sol sobre tu cabeza, verás el cielo, las aves, las flores, las montañas, los valles...

—Vamos —dijo Isabel cerrando los ojos.

Y extendiendo los brazos, añadió:

—Vuestra mano... Guíadme.

Florentín cogió las manos temblorosas de la niña.

Las suyas temblaron también.

CAPITULO IV

¡LUZ!

Después de más de once años de encierro sin haber visto á otra persona que al abate, sin más experiencia ni enseñanza que sus confusos recuerdos Isabel no podía sentir ni pensar como todas las criaturas.

Cuando llegó el momento de salir del subterráneo para ver la luz del sol, el cielo y el mundo, sintióse completamente trastornada.

Había conocido todos los encantos de la naturaleza, pero sus recuerdos, ya lo hemos dicho, eran vagos.

Florentín acababa de hablar de las flores, de las aves, del bullicio del mundo...

¿Qué era todo eso?

Lo que más claramente recordaba Isabel era el cielo y la luz, sus padres y David.

A la señora Justina la había olvidado casi por completo.

Con los ojos cerrados, dejóse guiar.

No puede pintarse con exactitud su violenta agitación en aquellos supremos instantes.

¿Cómo había tan fácilmente prometido amor á Florentín, cómo con tanta ligereza le había ofrecido devolverle las caricias que éste le brindaba?

La inocente criatura no sabía lo que significaban sus promesas, porque no podía comprender lo que significaba el criminal amor del abate.

En su completa ignorancia debía perderse.

No tenemos esperanza de que la salve su instintivo pudor.

Después que por algunos momentos la hubiese dejado ver el cielo y el sol, y contemplar la naturaleza, á todo accedería, absolutamente á todo ante la terrible amenaza de volverla á privar de aquella luz que tendría para ella doble atractivo después de haberla disfrutado.

¡Pobre niña!

En pocos segundos se encontraron fuera de la cueva.

La infeliz no pudo contener un grito, cuyo significado era incomprensible.

Detúvose y quedó inmóvil como una estatua.

Esto era efecto de la impresión producida por el aire libre y por la luz del sol que á través de los párpados hizo el efecto que era natural en los ojos de Isabel.

La desdichada sintió como si repentinamente la hubiesen transportado á otro mundo.

Sin darse cuenta de lo que hacía, abrió la boca y aspiró con indecible avidez el puro ambiente que la rodeaba.

—Vamos—le dijo el abate—, ya estás en medio de la luz, pero no frente al sol; ya respiras el aire libre y empiezas á gozar. Un instante, no más que un instante y serás completamente feliz.

Isabel, cuyos miembros temblaban cada vez con más violencia, hizo un esfuerzo y siguió al abate.

Salieron de la casa.

La sensación producida por los rayos del sol, arrancaron un segundo grito á la joven.

—Sobre tu cabeza está el sol—dijo Claudio.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó Isabel, cruzando las manos.

Y abrió los ojos fijando con avidez su mirada en el rey de los astros.

¡Infeliz!

Acostumbrada á la obscuridad ó poco menos, por espacio de tantos años, y dilatadas más de lo regular sus pupilas, le fué imposible resistir la impresión de aquella intensa luz repentinamente.

Por un instante creyó que estaba en medio de una inmensa hoguera, ó más bien en el fondo de un océano de fuego.

Empero esto no duró más que un instante.

La luz desapareció para sus ojos, y la desdichada quedó entre negras tinieblas.

Entonces exhaló otro grito, grito desgarrador, que parecía llevarse tras sí el alma.

¡Estaba ciega!

—¡Dios mío, Dios mío!—murmuró con acento de terror profundo.

Y extendió los brazos, moviéndolos desconcertadamente.

Luego sin aliento, casi sin vida, quedó como petrificada.

Florentín la contempló por algunos instantes.

Su rostro se contrajo violentamente y su mirada se tornó espantosamente sombría.

—¡Oh!—exclamó con voz ronca.

Y retrocedió tres ó cuatro pasos sin apartar la vista de la desdichada joven.

Transcurrieron algunos minutos sin que ninguno de los dos se moviese ni articulase una sílaba.

¡Momentos terribles!

El cruel verdugo no tardó en comprender toda la horrorosa verdad.

Ya no le pareció bella la pobre niña.

La miraba con espanto y hubiera querido verla desaparecer.

Su obra de doce años acababa de ser destruída.

El miserable se sintió trastornado como nunca se había sentido.

Para un hombre ajezado al crimen como él, aquella situación no debía ser apurada.

Quien con completa frialdad había cometido tantos crímenes, bien podía cometer uno más.

Nada le era más fácil que acabar con la existencia de aquella pobre niña.

Al encontrar el cadáver de la infeliz, nadie hubiera sospechado del abate.

Tampoco había nadie que pudiera reconocerla, ni su misma madre.

¿Por qué se detenía Florentín?

¿Por qué temblaba como si estuviese ante el más implacable de sus enemigos?

¿Por qué vacilaba?

¿Qué pensaba, qué sentía?

Ni lo que sentía ni lo que pensaba lo sabía él mismo, ni mucho menos por qué vacilaba.

No, no lo sabía, porque ni siquiera acertaba á darse cuenta de su situación.

—¡Luz, luz!—gritó al fin la desdichada niña con el acento de la desesperación.

—¡Ciega, ciega!—murmuró el abate, retrocediendo más y más.

—Luz—volvió á decir ella.

Y dió algunos pasos en distintas direcciones, tropezando y cayendo de rodillas.

La infeliz cruzó las manos, levantándolas al cielo y empezando á implorar la misericordia divina.

—¿Qué debo hacer?—se preguntaba el abate.

Y seguía retrocediendo.

Y su rostro palidecía más y más, se desfiguraba y se inundaba de frío sudor.

—¿Qué debo hacer—repetía.

No acertaba á responderse.

Sin darse cuenta de lo que hacía continuaba paso á paso separándose de su víctima.

A los pocos minutos se encontraban á bastante distancia el uno del otro.

¿Pensaba ella en Florentín?

No pensaba la infeliz más que en la luz que había visto para perderla enseguida, en la luz que había perdido para siempre.

No pensaba más que en las tinieblas, y en vano se esforzaba en abrir los ojos, y en vano, con moral angustia, invocaba al Omnipotente.

—A Dios llama... que Dios la ampare—dijo al fin Claudio.

Y sin buscar otra resolución, volvióse y se alejó rápidamente.

Al verlo correr se hubiera creído que huía de un enemigo mortal.

Y sin embargo nadie lo perseguía, tras él no quedaba más que aquella pobre niña, débil y ciega, aquella infeliz criatura que probablemente no podría soportar su dolor.

El miserable no se detuvo hasta llegar al Quemadero.

Allí tuvo que pararse, porque apenas podía respirar.

Limpió el sudor que inundaba su rostro y dirigió á todos lados miradas recelosas.

A nadie descubrió en cuanto alcanzaba la vista.

Sentóse para descansar.

Quiso reflexionar sobre lo que acababa de suceder: pero no pudo.

Aún estaba trestornado, hasta el punto de que le era difícil coordinar sus ideas.

Cerca de media hora pasó.

Empezaba á recobrar el aliento y las fuerzas.

No tardaría en ser lo que siempre había sido.

—¿Qué conducta debo seguir?—

dijo—. Alguien encontrará esa niña, le preguntará, ella dará explicaciones... ¿Qué importa? No sabe cómo me llamo, y como se ha quedado ciega, no podrá reconocerme. Tal vez he debido matarla, porque así se evitarían todos los peligros; pero por primera vez en mi vida he tenido miedo de cometer un crimen.

Lo que he sentido no sé explicarlo... ¿Es acaso eso que llaman conciencia?... No, no; pero estoy seguro de que volvería á sucederme lo mismo, la dejaría otra vez si me preguntase. No, no tengo valor para matarla, no quiero más que huir para no verla.

Bien pensado, Florentín nada tenía que temer.

Las explicaciones que podía dar la pobre niña, no servirían de nada para descubrir al autor del crimen.

Solamente los que conocían la intriga del abate, podrían comprender el triste relato de la inocente criatura.

Empero no era probable, ni casi posible, que la infeliz encontrara á su madre ni á ninguno de sus amigos y protectores.

Apenas Florentín recobró las fuerzas púsose en pié y se dirigió hacia la calle de Convalecientes para volver á su casa.

¿Y la desdichada Isabel?

No tardaremos en verla.

CAPITULO V

DÓNDE VOLVEREMOS Á VER Á UN ANTIGUO CONOCIDO

El lector nos permitirá que retrocedamos á la misma hora poco más ó menos en que Florentín se paseaba en su habitación antes de salir para ir á la casita misteriosa, y trasladándonos á una de tres pisos de la calle del Cordón, que en aquella época era casi un derribadero intransitable, penetraremos en un patio á donde caían diez ó doce ventanas abiertas á distinta altura.

Por una de las del piso bajo se asomó una vieja desgreñada y sucia, al mismo tiempo que en otra de enfrente se dejó ver una mujer de cuarenta años, robusta y coloradota.

Miráronse ambas.

La vieja exhaló un ruidoso suspiro, y la otra sonrió alegremente.

—Buenos días—dijo la primera.

—Muy buenos, señora Pancracia—respondió la segunda—; ¿y qué tal esta noche?

—Mal, hija mía, muy mal—respondió la otra haciendo un gesto de disgusto.

—¿Lo mismo que siempre?

—Lo mismo, y esto ya va haciéndose inaguantable.

—Pues yo no he sentido ni una mosca, aunque es verdad también que anoche me llevó mi Manolo al corral de la Cruz, y vine cansada y cogí un sueño como un lirón.

—Pues hija de mi alma, yo no sé lo he de hacer. Toda la noche dale que le das con el golpeteo, y otras veces un run run, que nadie sabe lo que significa.

—¿Pero no habéis averiguado?...

—Nada.

—Pues á mí me parece que no debe ser cosa muy buena. ¿Quién sabe si ese fantasmón es algún mágico ó cosa por el estilo? Creo, vecina, que deberíamos consultar con el señor cura y acabar de una vez tranquilizando nuestras conciencias.

—¿Qué he decir al señor cura? Nuestro hombre va á misa todos los días, porque yo lo veo, como lo he visto esta misma mañana muy temprano, y tanto es así, que á mi lado estuvo en la iglesia, y detrás de mí se volvió á su casa, saludándose en el portal, cuando subió á su cuarto; y además de oír misa todos los días, confiesa muy á menudo.

—Si va á la iglesia temprano y durante el día entra y sale, no sé cuando duerme, porque la noche debe pasarla en vela.

—Parece un buen cristiano.

—Lo será; pero lo que es á mí me da miedo no más que mirarlo con esas barbas blancas y ese gorro.

—A mí también.

—¿Y de qué vive ese hombre?

—Ayer lo he sabido por casualidad.

—¡Y nada me habéis dicho, señora Pancracia!

—Como no os vi en todo el día...

—Vamos, vamos, decidme lo que es ese hombre.

—No habléis tan alto, porque si se acerca á su ventana...

—No puede oírnos...

—Pues habéis de saber que ayer tarde encontré en el jubileo á mi amiga la hermana Ruperta, que hace profesión de beata, y le hablé de lo que nos sucede, dándole las señas de nuestro vecino.

—¿Y lo conoce?

—¡Vaya si lo conoce!

—¿Y cómo se llama?

ñor cura, porque el pobrecito se moría corriendo.

—¿Y qué más?

—Llegó un médico y dijo que no tenía nada que hacer, que no tenía que mandar más que la santa unción.

—¿Pero qué tiene que ver el hermano de vuestra amiga con nuestro vecino?

—Ahora lo sabréis.



En vuestra discreción tengo la más completa confianza. (Pág. 39.)

—No pudo decírmelo, porque no se acuerda: tiene un nombre muy raro, como que es alemán ó cosa por el estilo.

—¡Alemán!...

—¡Jesús, María y José!—dijo la vieja santiguándose.

—Ya lo veis, si no es hechicero ni brujo, es por lo menos un hereje, porque ya sabéis que herejes son todos esos condenados alemanes.

—Sí; pero este oye misa y confiesa.

—Bien, bien, vamos al caso.

—Como os decía, mi amiga Ruperta tiene un hermano, y hace no sé cuantos días que ese hermano se puso repentinamente muy malo en medio de la calle. Lo llevaron á su casa y salieron para buscar un médico y avisar al se-

—Cada vez tengo más curiosidad.

—Otro amigo del hermano de mi amiga, echó á correr, diciendo que no quería que su amigo se muriese, y antes de un cuarto de hora volvió con un hombre, que no era, ni más ni menos que nuestro vecino.

—¡Mire que casualidad!

—Para que veáis lo que son las cosas en el mundo.

—¿Y nuestro vecino?...

—Es médico.

—¡Médico!...

—Sí.

—¡Vaya un médico raro!

—Pues curó al hermano de mi amiga Ruperta, y lo curó tan pronto que á los dos días le hizo levantar de la cama

y á los cinco estaba paseando como si tal cosa le hubiera sucedido.

—Lo que os digo, señora Pancracia, es que se ven en este mundo cosas, que le dejan á uno con la boca abierta.

—Pues ya lo sabéis, por si os ocurre...

—¡Dios me libre!

—Todavía no ha salido, según acostumbra todos los días á estas horas.

—Pues voy á asomarme á la reja para verlo salir.

—Esperad, que aún tengo que hablaros.

—¿Del alemán?

—No, sino de otro á quien también conocéis.

El diálogo fué interrumpido por una voz varonil y vigorosa, una voz que se asemejaba á un trueno, y que desde el fondo de una de las habitaciones del patio, dijo:

—¿Callaréis, brujas condenadas?... ¡Rayos del infierno!... Os habéis empeñado en no dejarme dormir, y si me levanto, os arrancaré la lengua.

—¿Qué dice ese desalmado?—preguntó la vieja.

—Dice que no le dejamos dormir.

—¡Dormir á las once de la mañana!...

—¡Ya lo creo! como que pasa la noche por esas calles y la mitad de las veces viene borracho...

—Pues á mi no me asusta.

Abrióse violentamente una de las ventanas y se vió la mitad del cuerpo de un hombre en camisa, y cuya estatura gigantesca y mirada terrible eran para infundir miedo al más valeroso.

—¡Por Satanás!—gritó mirando amenazadoramente á las charlatanas vecinas—. Escuchad una advertencia y no la olvidéis.

—¿Ya vais á armar un escándalo?—replicó la señora Pancracia, que parecía ser la más atrevida.

—Lo que haré será que se acabe el mundo para vosotras, viejas impertinentes; y si volvéis á murmurar de mí, ¡por el infierno! que os retuerzo el pescuezo como á una gallina, y si tenéis maridos que os defiendan, los aplastaré de una puñada.

—Señor Simón...

—Señor demonio, me llamo: ya podéis iros á fregar en vez de ocuparos en quitar el pellejo á todo el mundo.

—Yo haré lo que mejor me parezca, ¿lo entendéis?—replicó la señora Pancracia.

—Pues yo también, y ahora mismo os probaré que no amenazo en vano.

Y esto diciendo el gigante, á quien ya habría conocido el lector, levantó una pierna, poniéndose á caballo en la ventana como si fuese á saltar al patio para acometer á las vecinas murmuradoras.

La pierna estaba desnuda, y el pudor herido de aquéllas dos mujeres les hizo exhalar un grito.

La más joven se quitó de la ventana y la cerró.

La vieja se tapó el rostro con las manos, creyendo sin duda que Simón no se atrevería á pasar adelante; pero cuando vió por entre los dedos que sin miramiento alguno el vecino levantaba la otra pierna, huyó también poseída de terror.

Quedó sentado el gigante en el marco de la ventana, presentando la más rara figura que puede imaginarse.

—Ya no podré dormir—dijo—. ¡Vive Dios!... Al fin tendré que romper los huesos á esas brujas, que no hacen más que murmurar á todo el mundo. Voy á vestirme y saldré para buscar á David, por si quiere comer conmigo. ¿Qué hora será? No lo sé; pero no es temprano.

Volvió Simón á su aposento.

Diez minutos después se encontraba en el estrecho y obscuro portal de la casa.

Al mismo tiempo bajaba la escalera un hombre de bien extraña figura, y que era el mismo objeto de la murmuración de las vecinas.

Tenía cincuenta años, según suponemos, aunque representaba algunos más.

No se veía más que una pequeña parte de su rostro, oculto por una barba espesa, larguísima y blanca como la nieve, que resaltaba más sobre el negro color de su ropaje, sencillo y bastante usado.

La cabeza la llevaba cubierta completamente por una ancha gorra, de pieles negras también.

Sus ojos eran grandes, rasgados, negros y relucientes como el azabache abrigado, y su mirada, penetrante y dura, era profundamente triste y muchas veces sombría.

Todas las acciones eran de un dibujo correcto y presentaban un conjunto de hermosura severa y hasta imponente.

A pesar del exterior modesto del misterioso personaje, tenía su aspecto tan inexplicable influencia, que cuantos se le acercaban, grandes y chicos, ricos y pobres, le hablaban con respeto, y si muchos se sentían profundamente conmovidos sin saber por qué, ninguno experimentaba miedo ante aquella negra figura.

—Buenos días, vecino—le dijo Simón, quitándose el sombrero con unas muestras de respeto que á nadie guardaba.

—Con Dios id—le respondió el anciano, llevando la mano derecha á su gorra.

El gigante salió del portal y se alejó de la casa.

El otro salió también, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, tomó por la calle de Puerta Cerrada.

Paso entre paso, llegó á la plaza del Arrabal.

Allí se detuvo.

¿Para qué?

Iba absorto en sus meditaciones, que debían ser desgarradoramente tristes, y se detuvo sin saber lo que hacía.

Algunos minutos después, echó á andar, atravesó la Puerta del Sol y empezó á subir la calle de la Montera.

Con raras excepciones, todos los días á la misma hora veíasele hacer lo mismo.

Veinte minutos después se encontraba en el Arrabal de San Ginés, y se detenía frente á su casa.

Y decimos su casa, porque el lector habrá adivinado que el nuevo personaje no era otro que Jacobo de Tordesillas.

Levantó la cabeza y contempló aquellas negras paredes.

Sus ojos brillaron más que nunca.

No parecía sino que su mirada afanosa quería penetrar en el interior del edificio.

Bien pronto cambió su rostro de expresión, revelando mayor tristeza y una ternura sin igual.

Luego, aquellas pupilas que con tanta intensidad relumbraban, empañaronse y dos lágrimas rodaron por sus pálidas mejillas y se perdieron entre la lengua barba.

Levantóse su pecho y exhaló un profundo suspiro.

Después volvieron á brillar sus ojos y se marcaron más las arrugas de su entrecejo.

Ya no expresaba su rostro la tristeza ni la ternura, sino la ira más reconcentrada.

Apretó los puños y un rugido sordo resonó en el interior de su pecho.

¡Cuántos recuerdos, á la vez gratos y espantosos, dulces y desgarradores, debieron agolparse á su mente en aquellos instantes!

—¿Dónde están, dónde están?—murmuró.

No lejos de allí se encontraba su hija, y entonces precisamente aceptaba las proposiciones de Florentín.

—¡Oh!—exclamó Jacobo, apretando los puños—. Llegará el día de la justicia, que será el de mi venganza. No, no perdonaré á los miserables que me han separado de mi esposa y que han destrozado mi corazón de padre.

Aún no hacía tres meses que Tordesillas había regresado á la corte, y en tan corto período de tiempo le había sido imposible averiguar lo que tanto le interesaba.

De su mujer no había conseguido adquirir ninguna noticia, ni mucho menos de lo que había sucedido en la Inquisición, porque después de más de once años nadie se acordaba ya de semejante proceso, nadie más que los interesados en él por una ó por otra razón.

También hay que tener en cuenta que el desdichado Jacobo debía ser muy reservado y muy prudente para no despertar sospechas.

No podía darse á conocer á ningún amigo, ni hacer á los extraños cierta clase de preguntas.

Tenía forzosamente que esperar los acontecimientos, por más que cada día que pasaba le pareciese un siglo.

¿Quién habitaba su antigua morada, aquella morada que para él tenía tantos recuerdos?

Muchas veces se había hecho esta pregunta, y aún había cometido la imprudencia de entablar sobre este punto conversación con algún vecino del arrabal.

Empero nadie había sabido responder satisfactoriamente.

—Ya hace muchos años—le decían todos—, que esta casa está cerrada, y,

si alguien vive en ella, se oculta de tal modo que nadie lo ha visto entrar ni salir. Ahí vivió un mágico, que fué perseguido por la Inquisición. Después se habló de otros sucesos en que debía tener participación el diablo, y no habrá quien se atreva á entrar en esa casa maldita.

Pensó Jacobo penetrar en su antigua vivienda, escalando las tapias del corral y á favor de las tinieblas de la noche; pero no acabó de decidirse, porque esta locura ofrecía grandes peligros.

Si los informes de los vecinos no eran exactos, podía suceder que al entrar allí Jacobo en busca de recuerdos, encontrase realidades que comprometiesen su seguridad personal.

No hubiera sucedido así, porque es preciso que sepan nuestros lectores, que abandonada la casa por el abate y no teniendo, por consiguiente, otro dueño que el que la compró al Santo Oficio, la había adquirido Isabel, pagando por ella cuanto le pidieron y conservándola como recuerdo preciosísimo de su pasada dicha y sus desgracias.

Después de largo rato, y cuando Tordesillas consiguió dominarse, separóse de allí, tomando á la izquierda, sin otro fin que el de dar un paseo por el campo.

Deteniéndose unas veces y adelantando otras, fué acercándose hacia el Quemadero.

Media hora después se encontraba en el sendero que conducía á la casita misteriosa que había servido de prisión á su pobre hija.

¿Se encontrarían aquellas dos infelices criaturas?

Vamos á verlo.

CAPITULO VI

UN SOCORRO PROVIDENCIAL

La joven no sabía que el abate la hubiese abandonado.

Después de orar con toda la fe de su alma pura, púsose en pie, volvió á extender los brazos y otra vez intentó andar.

Sus pasos eran vacilantes, ya por la falta de vista, ya porque apenas le quedaban fuerzas para sostenerse.

Llamó entonces á Florentín, y cuando

pasaron algunos minutos sin recibir contestación, la infeliz exhaló desgarradores lamentos.

Nadie acudía en su socorro, nadie la oía.

No puede imaginarse situación más triste, más espantosa que en la que se encontraba la desdichada niña.

¡Ciega!

No hay nada más horrible.

Antes que la falta de vista, especialmente para el pobre, para el débil ó el desamparado, es mil veces preferible la muerte.

¿A dónde iría?

¿A quién acudiría que la socorriese?

Aún cuando no hubiera estado ciega, su ignorancia absoluta del mundo la habría puesto en el mayor de los apuros.

¿Acaso sabría ella si las criaturas se socorrían unas á otras?

¿Sabía tampoco dónde se encontraba, si aquel lugar era un desierto?

¿Qué era la sociedad?

¿Qué significaba la palabra mundo?

Nadie se lo había explicado ni ella podía comprenderlo.

Para esto de nada le servían los recuerdos vagos de su infancia.

No tenía más recurso que gritar, y gritaba, unas veces con acento de mortal angustia y otras con desesperación.

Y mientras gritaba, vagaba de un lado para otro, cayendo aquí, tropezando allá y sin saber si á pocos pasos se abría un abismo.

Al cabo de un cuarto de hora sus fuerzas se habían agotado.

Sus pies estaban ensangrentados y no podían sostenerla.

Iba á sucumbir.

¿Empero qué le importaba?

La muerte era una dicha para ella, porque de una vez acabarían sus horribles sufrimientos.

Cayó, hizo un esfuerzo sobrehumano y se levantó impulsado por ese instinto de conservación que todos tenemos.

No es posible dar idea de su tristísimo aspecto.

Su rostro, lívido y desfigurado, revelaba un sufrimiento verdaderamente moral, uno de esos sufrimientos que no pueden soportarse por espacio de muchas horas.

Dios tuvo piedad de la infeliz.

A los oídos de Jacobo habían llegado dos desgarradores lamentos de su hija.

El desdichado padre se detuvo y escuchó.

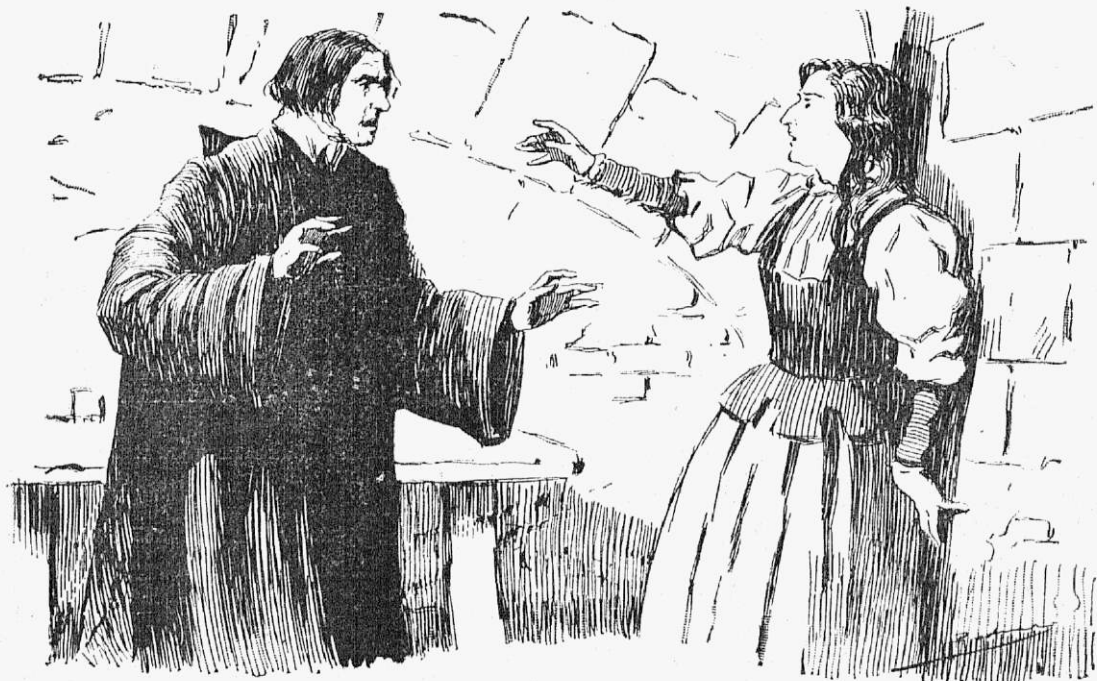
Estremeciéndose y su corazón palpitó con violencia.

Miró á todos lados y vió á la pobre

descriptible, y su rostro empezó á cambiar de expresión.

Luego brillaron sus ojos como dos carbunclos y su mirada se fijó con verdadera avidez, se clavó, puede decirse, en el rostro de su hija.

Esta, como esforzándose por última vez, como si exhalase el último aliento, exclamó:



Sí, el fantasma de mi niñez, el hombre negro. (Pág. 41.)

niña que andaba vacilante y que, según ya hemos dicho, caía y se levantaba, suplicando á Dios unas veces, y otras expresando en sus palabras su desesperación y su trastorno.

Tordesillas se sintió conmovido.

¿Quién era aquella criatura desdichada?

¿Qué le sucedía, que así pedía socorro?

Fuese quien fuese, era un deber socorrerla.

Ya conocemos las ideas de Jacobo; ya sabemos hasta donde llegaba su generosidad.

Acercóse á la joven cuando ésta ya no podía sostenerse.

Ella no se apercibió de la llegada de su padre.

Jacobo la contempló con un afán in-

—¡Luz!... ¡Luz para mis ojos, fuerzas para mi alma!... ¡Madre mía, padre mío!... ¡El Omnipotente me abandona!... ¡No puedo más!

Vació su cuerpo como si fuese á caer sin vida.

—No—dijo entonces Jacobo con voz ahogada—, el Omnipotente no te abandona, pobre niña, porque no abandona jamás á los que tienen fe en su infinita misericordia y en su justicia.

Estremeciéndose Isabel, y como si repentinamente hubiera recobrado las fuerzas, volvióse á uno y otro lado, diciendo:

—¿Quién me habla?

—Un desgraciado como tú...

—¡Un desgraciado!...

—Sí, muy desgraciado; pero que no ha perdido la fe.

—Esa voz... ¡Dios mío!... Esa voz...

—¿Qué te dice mi voz, pobre niña?

—No sé, parece que vuestro acento penetra hasta el fondo de mi alma... No es el hombre negro, no... Acercaos, acercaos... No es el hombre negro, es uno de mis ángeles...

—¡Ah!—exclamó Jacobo dando un paso hacia su hija.

Esta cayó en los brazos de su padre. Ninguno de los dos se daba cuenta de lo que hacía, ninguno de los dos se explicaba lo que sentía.

Estrecháronse fuertemente sin pronunciar una palabra.

Pero el llanto brotó de sus ojos y corrió en abundancia por sus mejillas.

¿Por qué lloraban?

Porque tenían necesidad de llorar, y porque se sentían ahogados sin saber por qué, y les era imposible contener aquellas lágrimas.

El grupo que formaban aquellas dos criaturas no podía ser más tierno, más interesante.

Isabel había dejado caer su hermosa cabeza sobre uno de los hombros de su padre.

Este besó una y otra vez la rubia cabellera de su hija.

¿No le recordaban aquellas facciones el rostro de su esposa?

Sí, se lo recordaban, encontraba en aquella niña el retrato de la mujer á quien amaba tanto, el retrato de la madre de su hija, y esta fué la causa principal de la conmoción profunda de Jacobo.

Ambos sufrían mucho y ambos estaban completamente aturridos y trastornados.

No sintieron, pues, pasar el tiempo, y solo al cabo de más de un cuarto de hora pudieron empezar á dominarse y á pensar en su situación.

Jacobo fué el primero que habló para decir:

—Pobre niña, sóségate y nada temas, que aunque soy un desdichado que sufre quizás mucho más que tú, puedo protegerte y te protegeré aunque sea á costa de mi vida.

—¡Qué voz tan dulce!—murmuró Isabel.

Y con expresión de la más inocente tranquilidad, con una candidez encantadora, añadió:

—No es el hombre negro, no...

Interrumpióse, volvió á uno y otro lado la cabeza como si pudiese ver, y dijo:

—Otra vez la obscuridad, y ni siquiera aquella débil luz que tan triste me parecía... Mirad bien si el hombre negro nos escucha, y si no está por aquí, sacadme otra vez de mi encierro y llevadme adonde haya luz.

Era imposible que Jacobo comprendiese el verdadero significado de estas palabras. No había necesitado más que el primer golpe de vista para convencerse de que la joven estaba ciega.

¡sin embargo, parecía que la inocente criatura ignoraba su verdadera desgracia puesto que pedía que la llevasen otra vez donde brillaba el sol, que la sacasen de su tenebroso encierro.

En su trastorno, la infeliz había dudado en su verdugo, con un poder sobrenatural, había vuelto á llevarla instantáneamente al subterráneo, apagando la luz del velón y abandonándola.

—¿Qué significaba lo del hombre negro?

¿Por qué la niña no sabía que estaba ciega?

Esto se preguntaba Jacobo; pero no era posible que se lo explicase.

—Nada temas—volvió á decir: nadie nos observa, nadie te persigue, no hay ningún hombre negro...

—¡Ah!

—Siéntate—repuso Tordesillas—, descansa y dime qué es lo que te sucede.

—Pues si nadie nos persigue, si el hombre negro no está aquí, vos que sois uno de mis ángeles, porque lo sois, ¿no es verdad?

—Sí, soy tu protector...

—Pues ante todo, llevadme á donde haya luz.

—¡Luz!—murmuró tristemente Tordesillas.

—Ví el sol por un instante; pero un velo cayó sobre mis ojos. Arrancad este velo, arrancadlo.

Y al decir esto, se pasó Isabel las manos por los ojos con desesperación.

—Sí, yo arrancaré ese velo, pero no ahora.

—¿Por qué?

—No puede ser.

—¡Dios mío!... ¿Por qué es incom-

previsible para mí todo lo que me dicen?

Jacobo no sabía como tranquilizar ni consolar á aquella desdichada criatura, porque sus palabras producían en ella un efecto inesperado.

—Ante todo—dijo—, es menester que me expliques cómo te encuentras aquí, qué te ha sucedido...

—¿Cómo me encuentro aquí?... Aquí me tiene él y no me ha sucedido nada... Viene y se va: me habla y me dice que me ama como me amaron aquellas criaturas á quienes yo llamaba padre, y me prometió la felicidad y me dejó ver el cielo y el sol... ¡Ah!... Lo vi pero por un instante... Me encontré envuelta en luz irresistible... Ya no sé más. Sí, se que hay un mundo, que hay muchas criaturas. ¿Dónde está ese mundo? ¿Dónde está mi madre? ¿Dónde está mi padre y dónde mi ángel David?

—¡David!...

—Sí, mi ángel David, el de la mirada dulce, el que me hablaba de mi madre y de Dios, el que me llamaba hermana.

—¿Tienes un hermano?

—No he olvidado esa palabra, no. Tordésillas empezó á temer que la joven estuviese loca.

Las extrañas explicaciones de la pobre niña debían infundir la misma sospecha á cualquiera que la oyese.

—¿Qué haré?—se preguntó Jacobo—, para fijar las ideas de esta criatura.

Reflexionó, y después de algunos momentos, dijo:

—¿Queréis venir conmigo?

—¿Y dónde?

—Adonde quieras.

—Donde haya luz, donde esté el sol, donde yo pueda ver el cielo.

—Todo eso lo verás, si, todo; pero á condición de que antes, con calma, con sosiego, me digas quien eres y cuanto te haya sucedido, para que yo comprenda cómo es que te encuentras sola en este sitio y por qué razón parece que no tengas seguridad de si estás en el mundo.

—No puedo daros ninguna explicación.

—¿Por qué?

—Porque no se nada.

—¿Que no sabes!...

—No.

—¿Y no te acuerdas de lo que te ha sucedido?

—Eso sí, me acuerdo de todo.

—Pues bien, tus recuerdos...

—¡Mis recuerdos!... Sí, eso sí, mis recuerdos de cuando yo era muy niña, de cuando mi madre me acariciaba; de cuando al despertar me besaba mi padre, de cuando el ángel David me consolaba... y también el hombre negro, el hombre negro que hacía llorar á mi madre... ¡Oh!...

—Sí, todos esos recuerdos, porque será bastante para que yo comprenda tu situación. De otro modo me sería imposible protegerte, me sería imposible arrancar ese velo que cubre tus ojos.

—Todo os lo diré, todo...

—Espera...

—¿Qué queréis?

—Necesitas descanso, porque estás muy agitada.

Y Jacobo miró á su alrededor, descubriendo la casa de que antes no se había apercibido.

—Ven—dijo, cogiendo una de las manos de Isabel—: allí hay una casa, llegaremos á ella pediremos agua y descansarás.

—Sí, tengo sed...

—Vamos.

No tuvieron que andar mucho.

—Llegaron al solitario edificio, cuya puerta no se había cuidado de cerrar el abate.

Jacobo llamó una y otra vez.

Nadie le respondió.

Volvió á llamar, dando algunas voces, y sin reflexionar que podía comprometerse, dijo á Isabel:

—Espera un momento, voy á entrar para convencerme de que nadie habita aquí.

No pensaba Jacobo pasar del primer aposento; pero entró también en el segundo sin cesar de decir en voz alta:

—¡Ha de casa!... ¿No hay nadie?... ¡Ha de casa, en nombre de la caridad, en nombre de Dios!

Pasó á otra habitación y fijó la mirada en la compuerta, que tampoco había cerrado el abate.

Vió la cama y los pocos muebles que allí tenía Florentín.

—¿Qué significa esto?—dijo—. Parece abandonado este edificio... ¡Oh!...

No sé por qué me parece todo esto misterioso... No hay más que algunos muebles... y la entrada de este subterráneo... No saldré de aquí sin saber lo que esto significa.

Resuelto á todo, acabó de inspeccionar las habitaciones y empezó á bajar la escalerilla del subterráneo, convenciéndose bien pronto de que en el interior de éste había una luz.

Acabó de bajar y adelantó algunos pasos.

Su sorpresa fué producida al ver la cama, la mesa y las sillas.

¿Qué significaba aquello?

Allí habitaba una persona.

¿Quién podía haber tenido el raro capricho de elegir para dormitorio un subterráneo?

—¡Ah!—exclamó por fin Jacobo—. Aquí han tenido encerrada á una persona...

Y dándose una palmada en la frente, añadió:

—Esa niña, esa niña ha estado encerrada aquí... ¡Oh!... Empiezo á comprender... Dice que ha visto el sol por un instante y que le pareció estar en torrentes de luz... Aquí la han tenido encerrada mucho tiempo, mucho, y luego repentinamente han puesto sus ojos á la acción de la luz del sol, y sus pupilas dilatadas no han podido resistir... ¡Dios mío!... ¡Veinte años de constante estudio para encontrar el secreto de una enfermedad y su curación! El secreto ya es mío y, devolveré la vista á esa niña inocente. Ayudadme, Dios misericordioso!

Ya no pensó Jacobo en el peligro que corría si era sorprendido.

Recorrió una y otra vez el subterráneo, examinándolo todo.

Salió de allí, y nuevamente y con mayor atención registró todas las habitaciones.

—No está loca—decía—, no está loca esa pobre criatura... ¡Oh!... ¡Un crimen, un crimen espantoso!... Necesito aclarar este misterio, es preciso aclararlo á toda costa.

Y como si se hubiese olvidado de que Isabel lo esperaba afanosamente, empezó á pasearse en la habitación donde Florentín tenía la cama.

—No sabe lo que es el mundo—mur-

muraba—. Ni entiende con claridad lo que la dicen... Han debido tenerla encerrada aquí muchos años... ¿Con qué fin?... Habla de sus padres y pronunciaba el nombre de David... David, David!...

Detúvose Jacobo y reflexionó detenidamente, añadiendo luego:

—David era el nombre de uno de aquellos dos españoles misteriosos que me perseguían, del que con tanta generosidad como valor se condujo en el duelo... Que aquel hombre me buscaba, no hay duda, puesto que él mismo lo dijo así aquella noche inolvidable en que Santoyo quiso poner fin á mi existencia... ¿Hay algo de común entre aquel hombre y esta niña? ¿Son uno mismo aquel David y el que ella nombra?... Esto es incomprensible... ¡Oh!... Necesito aclarar el misterio y lo aclararé.

Salió de la casa.

—Ven, pobre niña—dijo á Isabel.

—¡Cuánto habéis tardado!...

—Ven, te daré agua, descansarás y hablaremos, si es que estás dispuesta á decirme la verdad.

—¡La verdad!... ¿Y por qué he de mentir?... Yo no miento, porque mi madre decía que Dios castigaba con penas terribles á los que no decían la verdad.

Entraron en la casa y Jacobo hizo que se sentase su hija, dándole agua que no le fué difícil encontrar.

¿Se aclararía el misterio?

Era muy difícil.

CAPITULO VII

EXPLICACIONES

Isabel había ido tranquilizándose, porque había empezado á concebir esperanzas, que por más que fuesen muy vagas, no dejaban de ser consoladoras.

Así lo comprendió Jacobo, y también esperó conseguir fijar las ideas de la inocente criatura y terminar la conversación, aclarando el misterio.

—Respóndeme — dijo Tordesillas —, respóndeme con calma á cuanto voy á preguntarte, y que nada te sorprenda ni te aturda, porque nada tienes que temer. Pediste socorro á Dios y Dios me envía para socorrerte.

—¡Dios os envía!...

—Sí.
 —Preguntad, preguntad que nada os ocultaré.
 —Has estado encerrada mucho tiempo en un sitio donde no había más luz que la opaca de un velón, ¿no es verdad?
 —Sí.
 —¿Reconocerías ese sitio con solo to-

—¡Isabel!...
 —¿Qué os sorprende?
 —¡Isabel!—volvió á decir Jacobo—. ¡El nombre de mi esposa, el nombre de mi hija...! ¡Ah!...
 —¿Vos tenéis una hija?
 —Sí, una hija de quien me separó la desgracia... Otra vez hablaremos de mi pasado, otra vez hablaremos de esos



Buenos días vecino—le dijo Simón. (Pág. 51.)

car los muebles de que has hecho uso?

—No necesito verlos para reconocerlos.
 —¿Puedes decirme cuánto tiempo has estado encerrada?

—Apenas sé lo que es tiempo. Recuerdo que hay días y noches, aunque todo ha sido noche para mí donde me han tenido encerrada: he oído hablar de meses y de años.

—¿A quién?

—Al hombre negro.

—Aunque no conozcás el valor del tiempo...

—Puedo decir que toda mi vida, desde muy niña, no he visto á nadie más que á ese hombre, ni he salido del lugar donde me tenían.

—¿Cómo se llamaba ese hombre?

—Lo ignoro.

—¿Y tú?

—Isabel.

seres tan queridos de mi corazón... Ahora ocupémonos de ti, porque es preciso aclarar el misterio que te rodea. Me habías prometido darme á conocer todos tus recuerdos...

—Y lo haré.

—Ya te escucho.

La joven se restregó los ojos como si no quisiera convencerse de que le era imposible ver.

Luego exhaló un penoso suspiro.

Jacobo inclinó tristemente la cabeza y no quiso pronunciar una palabra, temeroso de que la pobre niña volviese á divagar y se dilataran las explicaciones que tanto interesaban.

Hubo algunos minutos de silencio, durante los cuales Isabel meditó para coordinar sus ideas.

Su sencillo relato fué el siguiente:

—Según me ha dicho el hombre ne-

gro tengo diez y seis años, y por algunas indicaciones tuyas hace muy cerca de doce que estoy en su poder.

De los primeros años de mi infancia recuerdo mucho, aunque ignoro si estos recuerdos tienen algún valor.

Lo pasado lo veo como se ven las cosas á través del humo, y en cuanto á lo presente, no he podido tampoco darme claras explicaciones.

—Lo único que sé de positivo es que sufro mucho, muchísimo, que unas veces lloro sin saber por qué y otras me siento arrebatada por la ira.

Mis primeros años los pasé en compañía de dos personas, un hombre y una mujer, á quienes yo daba el nombre de padres, que me acariciaban y cuidaban de mí con la más tierna solicitud.

Aquella mujer era hermosa, muy hermosa

Cuando llegaba la noche me desnudaba, me acariciaba y acostaba en una cuna junto á su lecho.

Mirándola yo y mirándome ella, me dormía y soñaba unas veces con los ángeles de que me hablaba aquella mujer, y otras con los juguetes que me habían entretenido durante el día.

Yo era feliz, muy feliz.

Al despertar encontraba á mi madre junto á la cuna, y luego se acercaba mi padre, que era también muy hermoso; pero de mirada severa y triste.

Los rayos del sol penetraban por entre los vidrios de una ventana y llegaban hasta mí...

¡El sol!...

¡Qué bella, qué alegre es la luz del sol!...

¿Cuándo la veré, cuándo?... Decídmelo... Vos sois uno de mis ángeles... Vuestra voz me recuerda... No sé, no sé...

Olvido mi relato... Perdonad...

Un día, ¡oh! esto no lo olvidaré jamás... Un día se presentó el hombre negro...

No recuerdo más sino que mi madre lo miraba con espanto, á pesar de que él se hincó de rodillas... Tampoco olvidaré esta circunstancia.

¡Oh!... El recuerdo no más de aquellos ojos me hace temblar...

No sé cuánto tiempo pasó; pero sí estoy segura de que volvió el hombre negro una noche, y luego...

No sé más sino que vi muchos fantasmas, y...

Me dormí.

Cuando desperté... me parece que vi una mujer que no era mi madre; pero nada más.

Aún estaba yo aturdida por el miedo.

Una mañana volví á ver los rayos del sol que me alegraban tanto y junto á mi cuna un ángel, sí, un ángel hermosísimo, que me miraba dulcemente, que sonreía y lloraba, que me dirigía palabras muy agradables y me llamaba hermana...

Era el ángel David.

Jacobo no pudo contenerse, interrumpió á Isabel y le dijo:

—Ese no era un ángel, era un hombre enviado por la Providencia, sí; pero un hombre como todos.

—No, no debía ser un hombre, porque yo lo había visto ya en sueños y entre otros ángeles rodeado de luz.

—Ángel ó criatura humana, dime sus señas con toda exactitud, porque no debes haberlas olvidado.

—No, no lo olvido, ni lo olvidaré, y si ahora se me presentase, lo reconocería.

Sepamos.

—Tiene unos ojos negros de mirada muy dulce, y su rostro parece revelar la más profunda tristeza.

—¿Joven?

—Sí, porque su rostro no estaba cubierto de barba como el de mi padre.

—¿No tenía ese hombre una cicatriz en la frente que le dividía la ceja izquierda?

—No.

—Puede haber sido herido después—, pensó Jacobo.

Y añadió en voz alta:

—Es de regular estatura muy bien formado, bien vestido...

—Bien vestido no; era lo único que no me gustaba de él, porque iba vestido como el hombre negro: y en cuanto á bien formado...

—Eso sí, ¿no es verdad?

—No, porque en su espalda sobresalía un bulto.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Todo podré olvidarlo; pero lo que se refiere al ángel David...

—Ese ángel, con esa prominencia en la espalda.

—A pesar de eso era muy hermoso, muy hermoso.

—No es él—dijo para sí Jacobo.

Y guardó silencio sobre las consideraciones que podían hacerse en cuanto á lo de un ángel jorobado.

Isabel prosiguió diciendo:

—Una noche volví á ver al hombre negro, y desde entonces lo he visto todos los días.

—¿Pero tu encierro?...

—De los primeros meses, ó de los primeros años de mi encierro, nada puedo decir. Yo entonces no sentía más que miedo, mucho miedo. Casi siempre estaba sola, mirando las negras paredes de la habitación donde el hombre negro me tenía.

—¿Y él no te daba ninguna explicación de su extraña conducta?

—Yo no se la pedía tampoco, porque no le pedía más sino que me llevase donde estaba mi madre, y él me aseguraba que no podía ser, porque me perdería; que era forzoso permanecer allí, porque me buscaban para matarme. Y siempre diciéndome lo mismo, pasaba el tiempo, y yo crecía, y mis recuerdos se borraban ó se hacían confusos. Lloraba constantemente; pero me cansé de llorar, y al fin, á pesar del miedo que el hombre negro me infundía le supliqué que viniese á menudo y que permaneciese mucho tiempo á mi lado, porque yo tenía necesidad de hablar y de que me hablasen; yo deseaba... No sé lo que deseaba; pero sí que no me encontraba satisfecha.

—¿Y él?...

—Me hablaba del mundo; pero sin darme ninguna explicación que yo pudiera comprender; me hablaba del sol y del cielo... ¡Y yo me deleitaba escuchándolo!...

—¿Y cuando le pedías que te dejase ver ese sol que tanto amas?...

—Me respondía que aún no era tiempo.

—¿No comprendiste que estabas prisionera, que se cometía contigo un abuso?

—Sí, aunque muy vagamente.

—¿Y no intentaste salir de tu encierro?

—Lo intenté; pero en vano. Muchas veces subí una escalera; pero me encon-

tré con una puerta cerrada muy fuerte; otras veces grité pidiendo socorro; pero nunca me respondió nadie, nadie acudió á mi llamamiento, y acabé por convencerme de que me era absolutamente imposible huir.

—¿Qué más hacía ese hombre?

—Me llevaba de comer y la ropa que me era necesaria.

—¿Y qué más?

—Nada.

—Y al fin, ¿cómo salistes de tu encierro?

—Hoy se me presentó, quiso hacerme caricias y lo rechazé... No sé por qué; pero sí puedo asegurar, que si hubiera insistido en acercarse á mí, lo hubiera despedazado.

Y al decir esto Isabel, apretó los puños y rechinó los dientes, manifestando así otra vez la ferocidad que había dado miedo al abate.

Esto lo comprendió perfectamente Jacobo.

—Entonces—dijo—no sé por qué me has dejado que te abrace y te acaricie.

—Yo tampoco lo sé; pero sí, que las caricias del hombre negro me horrorizan y las vuestras me consuelan.

—Prosigue.

—Entonces me prometió volverme al mundo, dejarme ver la luz del sol y el cielo, y yo le prometí agradecerle este beneficio y corresponder á su ternura...

—¿Dios mío!...

—No ha llegado el caso de que así suceda—repuso tristemente Isabel.

—Te sacó de tu encierro, miraste repentinamente al sol...

—Y después de aquella luz, la obscuridad, la obscuridad más horrible...

—¿Y el hombre negro?

—No sé dónde está: lo llamé y no respondió.

—Sus señas, sus señas.

—Feo, muy feo... No puedo decirlos más.

—¿Por qué le llamas el hombre negro?

—Porque es negro su vestido de pies á cabeza.

—¿Tiene mucha edad?

—Lo ignoro: parece viejo y joven á la vez: no tiene pelo de barba; sus dientes son muy afilados, y los ojos, verdes y negros, le relucen mucho. Lo

que de él me infundía más terror, era su sonrisa, y siempre está sonriendo.

Jacobo quedó pensativo.

Las explicaciones de Isabel no eran bastante para poner en claro el misterio.

Lo único que por aquellas explicaciones podía saberse era que la pobre niña, cuando tenía cuatro ó cinco años había sido robada á sus padres y encerrada, intentando después abusar de su inocencia, lo cual hubiera sucedido á no estorbarlo la inesperada desgracia de quedarse ciega.

Lo del ángel David se comprendía también.

Pero todo esto, repetimos, no era suficiente para poner en claro el crimen, ni mucho menos averiguar quién era el criminal.

Si la joven recobraba la vista, podía tenerse esperanza de encontrar á su verdugo, porque ella lo reconociese; pero entre tanto era inútil hacer pesquisas, porque en todas partes había hombres vestidos de negro, con ojos verdes y que tuvieran la costumbre de sonreír.

Por entonces había que contentarse con lo averiguado y no pensó Jacobo sino en bajar á la joven al subterráneo para que lo reconociese. Hízolo así, y apenas Isabel tocó los muebles, dijo:

—Estos son, éstos son.

Y empezó á dar señas exactas de todo.

Tordesillas pensó entonces en la conducta que debía seguir.

Después de reflexionar largo rato, le dijo á Isabel:

—Es lo más probable que tu verdugo no vuelva por aquí, porque tendrá miedo de que descubran su crimen. Sin embargo, me llevaré la llave de la puerta de esta casa y vendré todos los días para ver si alguien se ha presentado, tomando además otras precauciones, porque es preciso, no solamente castigar á ese miserable, sino averiguar por él quiénes son tus padres, que te habrán buscado inútilmente y te habrán llorado creyéndote muerta.

—¡Madre mía, padre mío!—exclamó Isabel, de cuyos ojos volvió á brotar el llanto.

—No pierdas la esperanza, que Dios no abandona á los que tienen fe en su justicia, y las desgracias que nos

envía son pruebas por que nos hace pasar para conocer la fuerza de nuestra virtud y que probemos ser dignos de la recompensa que da á los justos. No te pese haber sufrido, no te pese llorar, porque los que lloran en este mundo, serán consolados en el otro; los que en esta vida tienen sed de justicia, porque los hombres se la niegan, en la eternidad se verán hartos y por cada instante de dolor tendrán siglos de inefables goces.

—¡Qué dulces son vuestras palabras, qué dulces y qué consoladoras! Me habláis lo mismo que me hablaba David.

—¿David te hablaba de Dios y de la misericordia divina?

—Sí, de Dios y de mis padres; pero más que de todo, de mi madre, y me prometía llevarme donde me esperaba... ¡Ah!... Pero el ángel David desapareció sin que yo supiese cómo. Al despertar una mañana, le encontré á mi lado, y al despertar una noche ya no le vi... ¿Lo buscaréis también?

—Sí, lo buscaré, y como Dios nos ayudará lo encontraré, así como al miserable criminal que te arrancó de los brazos de tus padres.

—Ya lo sabéis todo, ahora llevadme donde haya luz, quiero ver el cielo.

Era preciso decir á la desdichada niña que estaba ciega, porque de otro modo creería que se la engañaba y desconfiaría de Jacobo lo mismo que del abate.

Así lo comprendió Tordesillas y dijo:

—Si ahora no ves, no es por falta de luz, sino porque te lo impide una enfermedad que has contraído por haber mirado al sol sin estar acostumbrados tus ojos más que á una débil claridad por espacio de diez ó doce años.

—¡Ciega, estoy ciega!—exclamó Isabel con acento desgarrador.

—Pero yo...

—¡Ciega!... ¡No tengo esperanza de ver jamás el sol!...

—Escúchame...

—¡Ah!...

—Soy médico, te curaré...

—¡Dios mío, Dios mío!

Jacobo apeló á toda clase de razones para convencer á la joven de que su enfermedad podía curarse.

La esperanza era demasiado halagüe

ña para que al fin no la aceptase la desdichada niña.

Cuando Jacobo consiguió tranquilizarla en cuanto era posible, dijo::

—Ya es hora de que salgamos de aquí.

—¿Adónde vais á llevarme?

—A mi casa, donde te cuidaré y te amaré como si fueses mi hija...

—Sí, dadme ese nombre...

—Y tú me darás el de padre, que hace doce años no llega á mis oídos, me darás ese dulce nombre y yo acabaré por creer que eres mi hija, que si vive debe parecerse á ti, porque tú te pareces á mi desgraciada esposa.

—Decís que me curaréis...

—Sí.

—Entonces nada me faltará para ser completamente feliz.

—¡Hija mía!...

—¡Padre mío!...

Abrazáronse otra vez y nuevo llanto de ternura corrió por sus mejillas.

¡Con cuánta violencia palpitaban en aquellos momentos sus corazones!

Separáronse al fin y se sintieron más tranquilos.

Isabel se apoyó en un brazo de su padre y salieron de la casa, cerrando la puerta y llevándose la llave.

La joven se sentía muy débil y tuvieron que andar despacio, deteniéndose alguna vez para que ella descansase un poco.

Cerca de media hora tardaron en llegar á la calle de Convalecientes, y otros quince minutos en encontrarse en la plazuela de Santo Domingo.

Aún les faltaba mucho que andar, y las fuerzas de Isabel disminuían rápidamente, sintiéndose más y más aturdida.

CAPITULO VIII

DESCUBRIMIENTOS

Acostumbrada Isabel al silencio absoluto de su encierro, parecióle ruido

atronador el de las calles, y de aquí que su aturdimiento se aumentase á medida que se internaban en la población y era mayor el número de transeúntes.

Lo que sintió y lo que pensó es imposible explicarlo.

Parecióle que la habían transportado á un mundo distinto, que se encontraba



—¡Luz!... ¡Luz para mis ojos, fuerzas para mi alma!... ¡Dios misericordioso! (Pág. 53.)

en medio de un caos de ruido espantable, de confuso movimiento, produciéndole todo esto sensaciones más violentas, porque la falta de la vista no le permitía apreciar con exactitud lo que la rodeaba.

A la vez experimentaba miedo y ale-

gría, y muchas veces se la veía temblar como si estuviese poseída de terror.

—¿Dónde estamos, qué sucede?—preguntaba sin cesar á su padre.

—En el mundo—respondió éste—; en medio de la sociedad que te es desconocida.

—Ese ruido...

—Es de los que vienen y van, los unos á sus quehaceres, los otros sin más objeto que el de pasearse.

—Todos se mueven sin cesar.

—La vida es el movimiento.

—¡Qué bello debe ser todo esto!—murmuraba tristemente la pobre niña. Y exhalaba un suspiro.

Jacobo guardaba silencio, porque sentía el corazón oprimido.

Y continuaban andando, ella apoyada descuidadamente en el brazo de su padre, y éste guiándola cariñosamente.

Más de una vez oyeron decir á los que pasaban:

—¡Qué niña tan hermosa!

—¡Qué padre tan cariñoso!

—¿Qué dicen—preguntaba ella—. No entiendo lo que hablan.

—Dicen que eres hermosa y que yo debo ser feliz con tal hija.

—¿Y por qué me llaman vuestra hija?

—Crean que lo eres.

—No lo comprendo.

—Eres joven, yo viejo...

—¡Vos sois viejo!...

—Sí.

—No, padre mío, vos no habláis como yo creo que hablan los viejos, porque recuerdo...

—¿Qué?

—No lo sé pero vos no sois viejo.

La candidez de la niña hizo sonreír á Jacobo.

—¡Cuánto andamos! —dijo ella.

—Te parece mucho, porque siempre has estado encerrada.

—El mundo debe ser muy grande... ¡Oh!... Cuando me hayáis curado y yo pueda ver el sol, y el cielo, y los montes y valles de que me hablaba el hombre negro, y las flores y los pájaros...

Interrumpióse Isabel.

—Prosigue—le dijo su padre.

—No recuerdo lo que iba á decir.

—¿Te sucede con frecuencia olvidarte del asunto mismo de que hablas?

—Sí.

—¡Oh!—murmuró Jacobo—Un año más y la desgracia de esta pobre niña no tendría remedio; pero aún es tiempo, y la curaré.

—¿Qué decís?

—Que te curaré.

—Y veré la luz y el cielo...

—Sí, sí.

—Decís que todos van y vienen, que pasan por nuestro lado... ¿No veis á David?

—No.

—¿Y al hombre negro?

—Tampoco.

—Si lo vieseis, huyamos.

—Por el contrario, él huiría para evitar que lo descubriesen y la justicia lo castigase.

En la plaza de Santo Domingo se detuvieron.

Isabel se sentía muy fatigada.

La falta de costumbre de andar, la debilidad consiguiente á su poca salud y lo que había sufrido en pocas horas, era más que suficiente para acabar con sus fuerzas.

Jacobo la contempló con paternal ternura y con un dolor profundo.

En aquel instante pasó junto á ellos Florentín.

La fatalidad no se había cansado de perseguir á la desdichada niña.

El abate, que ya había recobrado su tranquilidad, miró á la joven como hubiera podido mirar á cualquiera otra persona; pero la reconoció inmediatamente y quedó inmóvil como si se hubiese petrificado.

Por un momento palideció y se desfiguró su rostro; pero le bastó un esfuerzo de su poderosa voluntad para sosegar y pensar en la situación.

—¡Es ella!—dijo para sí.

Y como no necesitaba contemplarla más para convencerse de que no se equivocaba, volvió los ojos hacia Tordesillas, fijando en él una mirada escudriñadora y profunda.

Una sospecha verdaderamente terrible surgió en la mente del abate.

Era un gran fisionomista y en el rostro del anciano creyó encontrar los rasgos característicos de Tordesillas.

Mirólo con más afán y en pocos momentos puede decirse que hizo un estudio profundo de aquella fisonomía.

—No será él—pensó—; pero si estoy seguro de dos cosas: la primera, de que otras veces he visto á ese hombre, y la segunda, de que hace mucho tiempo que no lo he visto.

Para no llamar la atención ni dar lugar á sospechas, separóse el abate de sus dos víctimas, y mirándolas desde donde no podía ser visto por ellas empezó á reflexionar.

Fuese ó no Jacobo de Tordesillas aquel hombre, le interesaba mucho á Florentín, por la circunstancia de haber amparado á la pobre ciega.

—La fortuna—dijo el miserable—vuelve á protegerme. En mi aturdimiento no pensé que me importaba mucho averiguar adónde iba á parar esa criatura; pero ya que la casualidad me la presenta, no la perderé de vista. ¿Y es él Jacobo de Tordessillas? Por muchas razones creo que sí. Ignora que está absuelto, se disfraza y se oculta y busca á su esposa... No la encontrará.

El abate desplegó una de las diabólicas sonrisas que tan bien lo caracterizaba y esperó.

Nada le era más fácil que seguir á aquellos dos desdichados.

No es menester decir la importancia que tenía semejante encuentro, ni hasta qué punto debían ser sus consecuencias tristes y graves.

El padre y la hija emprendieron nuevamente su penosa marcha.

La conversación era poco más ó menos la misma que antes, dejando ver la pobre niña su inocencia y su candidez en sus palabras, y Jacobo su dolor unas veces, otras la amargura y no pocas la ira.

Más de una hora emplearon en llegar á la humilde vivienda de Jacobo.

Entraron y Florentín quedó oculto tras una esquina, reflexionando sobre lo que acababa de suceder.

—En esa casa habita—dijo al fin

Y disponiéndose á alejarse, añadió:

—No necesito más.

Pero al dar los primeros pasos encontróse frente á frente con dos hombres, que iban en dirección opuesta, es decir, hacia la vivienda de Tordesillas.

Florentín, sin poder dominarse, volvió á quedar inmóvil como en la plazuela de Santo Domingo.

Los dos transeuntes se detuvieron también y miraron á Florentín, el uno con expresión de burla y el otro de odio profundo.

Esta situación no se prolongó más de un segundo.

Unos y otros echaron á andar, siguiendo el camino que llevaban.

Pero el abate volvía la cabeza con disimulo y miraba de reojo á los otros dos, mientras decía:

—¡Oh!... Este es el día de los grandes acontecimientos, y sobre todo, de los encuentros inesperados, de los fantasmas, las sombras, ó como quiera llamársele. No me sorprende ver á Simón, porque ya sé que vive y se pasea protegido por Quiñones; pero el otro, ¡oh! el otro... es su rostro, pero no su cuerpo... No, no es él, no puede serlo... Hace once años, en París había un hombre, un español con el mismo nombre del otro... Ahora otro hombre que no sé cómo se llama; pero con el mismo rostro... ¡Oh!... tengo miedo, y el miedo me hace ver fantasmas... ¿Adónde van?

A riesgo de llamar la atención, detúvose Florentín y vió que los otros entraban en la misma casa donde había entrado Jacobo con su hija.

La frente del abate se contrajo.

¿Estaban los dos segundos en relaciones con el primero que había llegado allí?

¿Habitaban todos bajo el mismo techo?

¿Era efectivamente el esposo de Isabel el que había encontrado y amparado á la pobre niña?

Todas estas preguntas se las hizo Florentín en un momento.

Pero no era posible que se respondiese.

Resuelto á poner en claro la verdad, porque le interesaba demasiado, ocultóse en un portal estrecho y oscuro y aguardó para ver si alguno de aquellos dos hombres salía.

No perdió el tiempo.

No habían pasado diez minutos, cuando salió uno de los que últimamente habían entrado.

Claudio le miró con afán indescriptible.

—Su rostro, su mismo rostro—volvió á decir—. Rara casualidad.

Y saliendo de su escondite, añadió:

—Veamos adónde va y averigüemos quién es.

El nuevo personaje era un hombre que aparentaba unos treinta ó treinta y dos años, de regular estatura, bien formado, rostro hermoso, y ojos negros, expresivos y de mirada melancólica.

Su ceja izquierda estaba dividida por una cicatriz que terminaba en la parte superior de su espaciosa frente.

Por su ropaje y por su continente, parecía ser un caballero, ó por lo menos un hidalgo rico.

Tomó por la calle de Puerta Cerrada y se detuvo á los pocos pasos, entrando en una casa de buena apariencia.

—¿Vive aquí?—se preguntó el abate.

Y como antes había hecho, ocultóse en otro portal y esperó.

Allí debía vivir el espiado, en quien nuestros lectores habrán reconocido á David; aquella debía ser su casa, puesto que transcurrió más de una hora sin que saliese.

Era, pues, inútil aguardar.

Así lo pensó Florentín, diciendo:

—Aunque no viviese aquí, averiguaré quién es, porque para esto me basta saber quiénes son sus amigos.

Y encaminándose á Puerta Cerrada, añadió:

—El asunto se complica... Empecemos á trabajar.

CAPITULO IX

CÓMO SE ENCONTRABA EL HIDALGO SANTOYO

Todavía se encontraba en la Puerta del Sol la hostería del *Invencible caballero*, con su muestra en que había pintado un gallardo ginete, cuyo caballo pisoteaba el cuerpo de un gigante.

Allí se dirigió el abate á las ocho de la noche, subiendo al piso principal y dando tres ó cuatro golpes á una puerta, por cuyas rendijas se escapaban algunos destellos de luz.

—Adelante—respondió una voz desde el interior del aposento.

Levantó Florentín el picaporte y entró, encontrándose frente á frente con el señor Antolín de Santoyo, que estaba sentado junto á una mesa y cenando con el buen apetito de que ya tienen

noticia nuestros lectores, apetito que no había perdido en ninguna circunstancia de su vida.

El tiempo había dejado sus huellas en el rostro del hidalgo, si bien debemos recordar que no era viejo, pues no tenía más que cuarenta y un años, es decir, nueve sobre los treinta y dos con que lo dimos á conocer.

Largo y prolijo sería ocuparnos del número de vivos colores que se veían en su ropa, pues en esto no había cambiado tampoco de gusto.

En cuanto á su situación, diremos que no era la más risueña, pues en el tiempo que había transcurrido, no se había ocupado de otra cosa que de gastar alegremente los diez mil escudos heredados de su sensible esposa, y si bien la fortuna lo había favorecido muchas veces en el juego, no había sido ésto bastante para compensar los crecidos gastos que hacía.

En los momentos en que vuelve á presentarse en escena, el señor Antolín no era dueño más que de seiscientos ducados, cantidad que en pocos días, y aun en pocas horas, desaparecería, volviendo á quedar en la misma precaria situación en que lo conocimos.

No se apuraba por esto el señor Antolín, porque la experiencia le había probado que cuando una moneda se gasta otra se prepara á venir.

Estaba alegre, como siempre lo hemos visto.

Acababa de engullirse una liebre y empezaba á devorar unas chuletas de carnero.

Había vaciado una botella, y al ver al abate destapó la segunda, mientras exclamaba:

—¡Por quién soy!... Sentaos, caballero, sentaos insigne lumbrera del Santo Tribunal, ayudadme á descarnar estas costillas, y no tengáis miedo, por que maese Trifón tiene bien provista la despensa y con el mayor placer nos traerá todavía media docena de perdices y un par de capones.

—Gracias, señor Antolín—respondió el abate, tomando asiento—, hoy como de vigilia, y aunque así no fuese, ya sabéis que soy frugal.

—Hace más de once años que me honrasteis almorzando en mi compañía...

—¿Os acordáis de aquella mañana?
 —¡Voto á Satanás!—exclamó el hidalgo—¿cómo queréis que me olvide de lo que fué la base de mi fortuna? Verdad es que los diez mil escudos de mi adorada Angélica, han mermado tanto, tanto... No quiero hablar de cosas tristes: voy á beber para que no se me

—Tengo muy buena memoria, señor abate.

—Por consiguiente, recordaréis también lo que tratamos.

—Y mi viaje, y mi casamiento y una cena en París y sobre todo, un porrazo que me puso á las puertas de la muerte.

—Deseo saber si guardáis rencor al



Vi el sol por un instante pero un velo cayó sobre mis ojos. (Pág. 54)

atragante la comida... ¿Tampoco queréis un trago de este vino?

—Tampoco.

—Como gustéis, señor abate.

—¿Podemos hablar?

—¡Que si podemos hablar!... ¿Quién ha de estorbarlo?... Desdichado del que se atreviera á interrumpirnos, que no saldría de aquí sin llevar rota por lo menos una costilla.

—Quiero decir que si puedo hablar sin temor de que nadie escuche.

—Con el más completo descuido, porque maese no subirá sin que lo llamen, y mi lacayo no está en casa en este momento.

—Llego en buena ocasión.

—Espero á que me manifestéis el objeto de esta visita.

—Antes habéis dicho que no os olvidabais de cierta mañana en que almorzamos juntos en la posada de la Cruz de oro.

señor Jacobo de Tordesillas.

—¡Vive el cielo!

—Y si deseáis tomar la revancha, proporcionándole algún serio disgusto.

—Lo deseo con toda mi alma, señor abate; pero si he de ir á París, renuncio generosamente á mi venganza.

—No tendríais que ir tan lejos.

—¿Qué decís?

—Sospecho que el señor Jacobo está en Madrid.

—¡Ah!...

—No es más que una sospecha.

—Explicaos, explicaos—repuso el señor Antolín después de beber.

—Os daré más explicaciones otro día, porque ahora he de ocuparme de otro asunto.

Se encogió de hombros el hidalgo y tomó otra chuleta.

—Sois viudo, ¿no es verdad?

—Puedo justificarlo.

—No es sorprendente que un viudo se enamore.

—Quien se ha enamorado de la señora Angélica Barbon...

—Puede enamorarse de una joven de diez y seis años, cuya belleza no tiene igual.

—¡Oh!...

—Y si esa joven, aunque de condición humilde, tiene un protector que la dote generosamente...

—Entiendo—replicó el hidalgo, sonriendo maliciosamente.

—Os equivocáis.

—¿En qué?

—Esa joven es pura como la misma pureza.

—Ya no entiendo una palabra.

—Ella puede amaros ó no; pero vos galán atrevido, podéis llevar vuestro empeño hasta el rapto.

—¡Apoderarse de una mujer bonita y rica!...

—Pero que está ciega.

—¡Señor abate!

—Una mujer ciega es un tesoro.

—Y si además es muda, no tiene precio.

—Empezamos á estar de acuerdo, señor Antolín.

—En todo menos en una cosa.

—Sepamos.

—Quedé tan harto de casamiento, que si he de hablar con franqueza...

—No siempre que se roba á una mujer es para casarse con ella.

—El asunto cambia de aspecto.

—¿Estáis, pues, enamorado?

—Lo estoy.

—¿No desistiréis ante ningún obstáculo?

—Ante ninguno.

—¿Y si esa niña viviese en compañía del que os echó por la ventana?

—Tanto mejor.

—En cuanto á lo que vais ganando en este negocio será según las circunstancias.

—Ello es que ganaré.

—Si no sois tan desgraciado como en París.

—La experiencia es un gran maestro y seré más precavido que entonces. Además, ahora no tendré por enemigo á un jesuita.

—Podéis tener otros no menos temibles.

—¿Quién?

—Suponed que don Martín de Quiñones se declara protector de esa joven.

—¡Don Martín de Quiñones!

—Sí.

—No importa.

—¿No le teméis?

—No.

El abate miró con sorpresa al hidalgo.

Este sonrió con un si es no es de vanidad, y añadió:

—Los amigos de mis amigos, lo son míos, así como son mis enemigos los que enemigos de mis amigos son.

—¿Y qué tiene que ver eso con el señor Jacobo, ni con la ciega, ni mucho menos con don Martín de Quiñones?—replicó Florentín.

—Escuchadme, señor abate, y os diré lo que pensaba deciros otro día, os hablaré de un negocio mucho mejor que el que me proponéis.

Como era natural, creció la sorpresa de Florentín.

—Os escucho, caballero.

—Don Martín de Quiñones y don Raúl de Lancaste eran dos amigos inseparables y que hicieron prodigios en otra época.

—Es verdad.

—Pero por ciertas razones, que aún no he puesto en claro y que deben ser muy graves, Lancaste y Quiñones, en vez de amigos, son desde hace pocos días los mayores enemigos del mundo.

—¡Enemigos!...

—Como lo estáis oyendo.

—No puede ser.

—¿Y por qué?

—Porque entre esos dos hombres hay lazos que no se romperán jamás.

—Donde hay lazos, hay también intereses, y cuando esos intereses por un motivo cualquiera llegan á ser opuestos...

—Repito que estáis equivocado, y al que os ha dado esa noticia...

—No lo desmentiré.

—¿Por quién sabéis eso, señor Antolín?

—Por el mismo Lancaste, que me lo ha confiado, sin duda con el fin de que vos lo sepáis, con el fin de que yo sirva de intermediario entre él y vos.

La frente del abate se contrajo.

—Os daré una prueba --- añadió Santoyo.

—Sí, dádmela.

—Don Martín de Quiñones y vos, sois enemigos, y vuestro odio reconoce por causa cierto asunto de la Inquisición, en que el primer papel lo representaban Jacobo de Tordesillas y su mujer, ó para hablar con más exactitud, la causa verdadera es la mujer del alquimista, á quien vos...

—¡Señor Antolín! — interrumpió el abate, cuya mirada se tornó sombría.

—No he buscado ese secreto, sino que ese secreto ha venido á buscarme—repuso el hidalgo con una indiferencia que demostraba importarle muy poco la cólera del inquisidor.

—Lo que acabáis de decir...

—Debe ser verdad y os lo probaré también.

Quizá por primera vez en su vida se sintió el abate algo confuso.

No le sorprendió que el amigo íntimo de Quiñones conociese aquel secreto; pero sí que se lo hubiese confiado á Santoyo.

¿Con qué fin?

Como si el hidalgo adivinase lo que pensaba su cómplice, le dijo:

—Si queréis escucharme os daré explicaciones y al mismo tiempo os propondré un negocio que puede hacer vuestra fortuna y la mía.

—Sí, explicaos.

—Y digo vuestra fortuna, porque supongo que querréis ser obispo, porque así podrían nombraros inquisidor general, y siendo el jefe de la Inquisición.

—Explicaos, explicaos.

—Beberé, partiré un trozo de este queso y satisfaré vuestra curiosidad.

CAPITULO X

LAS PROPOSICIONES DEL SEÑOR ANTOLÍN

No podía ser más extraño ni más sorprendente lo que decía el señor Antolín.

El abate empezó á temer haber cometido una torpeza, una ligereza imprudente, hablando al hidalgo de la hija de Jacobo.

Por fortuna no había dicho dónde ésta

se encontraba ni había hablado de los sucesos de aquel día.

Era, pues, tiempo de retroceder ó por lo menos de no ir más allá.

Santoyo bebió, y disponiéndose á comer el queso, dijo:

—No os impacientéis ni os enfadéis.

—Nunca me impaciente—replicó Florentín—, ya lo sabéis por experiencia, y en cuanto á enfadarme no ignoráis tampoco que tengo el genio más pacífico del mundo.

—Ciertamente; pero os desagradará lo que he de deciros, como á mí me desagradaría que cualquiera me hablase del negocio que en otro tiempo me llevó á París.

—Después entraremos en estas reflexiones; ahora explicaos y convencedme de que no abusan de vuestra buena fe.

—A eso voy.

—Ya os escucho—dijo Florentín.

Y fijó su mirada escudriñadora en el hidalgo.

Este llenó su vaso, bebió y repuso:

—Como medio de obligar á la esposa de Jacobo de Tordesillas, os apoderasteis de la hija de éste sin que haya vuelto á saberse de ella. En vano la buscó su madre; en vano un criado vuestro llamado David y por más señas jorobado...

—De ese David tenemos mucho que hablar.

—No creo que los muertos nos importen mucho.

—Sabeis que David murió?

—Lo sé todo, absolutamente todo, con sus más leves detalles.

—Proseguid.

—Como vais viendo, no os digo nada que ignoréis.

—Señor Antolín, para abreviar quiero suponer que es verdad cuanto decís.

—Entonces podemos desde luego entrar en materia.

—Creo que sí.

—Mi amigo Raúl de Lancaste, rico y poderoso, casi tanto como don Martín de Quiñones, quiere mortificar á éste, no precisamente haciéndole mal ni haciéndole tampoco á la familia Tordesillas, sino favoreciéndolos á vos; para lo cual se verá precisado á entablar una lucha de influencia en palacio.

—¡Una lucha de influencia!...

—Según he podido entender esa ha sido la causa de la separación de los dos amigos: Lancaste debe haber sufrido una derrota, que ha herido su amor propio, y no estará satisfecho ni tranquilo hasta que haga experimentar la misma amargura á don Martín. En todo esto creo que andan las esposas de ambos.

—Doña Luz y doña Inés...

—Precisamente.

—Es incomprensible todo eso.

—Y no quisiera equivocarme—repuso el hidalgo—; pero sospecho también que tiene alguna parte en el asunto, vuestro compañero el dominico...

—Fray Tadeo...

—Que estaba de acuerdo con el jorobado, que averiguó donde teníais encerrada á la hija de Jacobo, y que instruyó á don Martín para la apelación que dió por resultado la absolución de los reos.

—¡Oh!—exclamó el abate sin poder contenerse y apretando los puños.

—¿Qué os sucede?

—¡Ahora lo comprendo todo!...

—Me parece un poco tarde.

—Sí—dijo el abate, sonriéndose con amargura—, un poco tarde; pero yo desquitaré lo perdido.

—Parece mentira que en tanto tiempo no hayáis comprendido que fray Tadeo...

—Era mi rival, mi mayor enemigo, y yo no lo ignoraba; pero si que hubiese tomado parte en la intriga del traidor David.

—Pruebas os puedo dar si las queréis.

—No las necesito.

—Entonces...

—Proseguid.

—Las ofensas de amor propio no se perdonan ni al mejor de sus amigos, y mucho menos si la cuestión es entre mujeres. Así se explica como después de tantos años se conviertan en rivales los que eran íntimos amigos, casi hermanos.

Hermanos pueden llamarse don Martín y don Raúl, porque doña Luz de Quiñones...

—También conozco esa historia—interrumpió el hidalgo sonriendo maliciosamente.

—¿Acaso sabéis?...

—Sé que don Martín no es hijo natural del difunto comendador, sino...

—Basta, basta.

—Tenéis razón: de ese secreto no hay nada que hablar.

—Pero tampoco hay que olvidarlo.

—Pues bien; mi amigo Lancaste, aunque no claramente, al hablarme de esa intriga y nombraros, ha dicho que creía que se os calumniaba, que apreciaba en lo que debía vuestro talento, por más que, como todo hombre, tuvieseis debilidades, y que si llegase la ocasión, él sería el primero en apoyar vuestras pretensiones á un puesto elevado, tan elevado como lo merecáis, aunque para esto hubiera de verse obligado á entablar una lucha sorda, disimulada y peligrosa con su amigo y cuñado don Martín y con la esposa de éste, cuyo talento y travesura conocen todos.

Florentín cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó pensativo.

¡Un protector cerca del rey, un protector tan poderoso como Raúl de Lancaste!...

La ambición empezó á ofuscar la clara inteligencia de Claudio, y nunca como entonces fué posible que cometiese una torpeza.

Lo que acababa de oír empezó á parecerle absurdo y hasta inconcebible, pero acabó por encontrarlo muy sencillo y muy natural.

Una rivalidad entre dos mujeres es lo más fácil del mundo.

Y que dos amigos se conviertan en enemigos si sus mujeres se empeñan en ello, nada tenía de sorprendente.

El rostro de Florentín empezó á dilatarse.

Levantó la cabeza.

Sus ojos relumbraban con el fuego de su loca ambición.

Primero obispo, luego inquisidor general.

¿No estaba tras esto el capelo del cardenal?

¿Y un cardenal, no está muy cerca del sólio de San Pedro?

Papas habían sido hombres de condición la más humilde.

¿Por qué Florentín no había de ceñir también la triple corona del Pontificado?

La razón que había tenido Raúl de Lancaste para valerse del señor Antolín,

estaba muy clara, puesto que no ignoraba Raúl las relaciones que unían al hidalgo con el abate.

Algunos segundos pasaron sin que hablase ninguno de los dos, y durante este tiempo, acabó el señor Antolín con el queso y el vino de la tercera botella.

—En resumen—dijo por fin Claudio—, me proponéis...

—Supongo que conserváis aquel mal-dito papel...

—Lo guardo como se guarda un tesoro.

—Bien, guardadlo y no hablemos de él.

—Es un recuerdo...

—¿Teméis una traición de mi parte?

—David, á quién saqué de la nada, me



En aquel instante pasó junto á ellos Florentin. (Pág. 62.)

—Os ofrezco la protección más decidida de mi buen amigo Lancaster.

—Me ofrecéis su protección...

—Y sin mí, no la conseguiréis.

Volvió á reflexionar Florentin.

—Tal vez—dijo luego—, querréis pagar con revelaciones las que os ha hecho Raúl.

—No quiero ni puedo, puesto que él sabe más que yo.

—Sin embargo, lo que os he dicho de esa joven ciega...

—Guardaré el secreto.

—¿Os acordáis de cierta firma que en cierto papel pusisteis?...

—Señor abate—interrumpió el hidalgo, palideciendo—, no hagáis de modo que se me indigeste la cena.

—Por el contrario, deseo que hagáis perfectamente la digestión.

fué también desleal, y como David, he conocido muchos traidores.

—Pues yo no puedo serlo.

—Bueno es que conozcamos nuestras respectivas situaciones.

—Conozco bien la mía.

—Hablemos de otra cosa.

—Decid.

—En París encontrasteis dos españoles.

—Ya os hablé de ellos largamente.

—El más joven se llamaba David y tenía una cicatriz en la frente.

—Es verdad.

—¿Lo reconoceríais á pesar del tiempo que ha transcurrido?

—Sí.

—¿Estáis seguro de que aquel joven no tenía en su espalda ninguna imperfección?

—Ninguna, y ya sabéis que tuve oca-

sión de observarle bien el día que nos batimos con los tres franceses, y tuve el placer de ensartar al muy noble caballero Enrique de Marbut, que se atrevió á incomodarme cuando yo cenaba.

—Tampoco ha de saber nadie que os hago estas preguntas.

—Nadie lo sabrá.

—Volvamos á la joven ciega.

—No la olvidemos, porque me interesa mucho.

—He cambiado de opinión.

—No os comprendo.

—Quiero decir, que por ahora es preciso que la olvidéis.

Antolín exhaló un triste suspiro y dijo:

—Lo siento por el dote de que me hablasteis.

—El dote lo tendréis sin la mujer.

—Eso es otra cosa.

—¿No vamos á emprender un negocio de mucha importancia?

—Si aceptáis mi ofrecimiento...

—Lo acepto.

—¿Cuándo queréis ver á mi amigo Lancaster?

—Cuando sea conveniente.

—Le hablaré esta misma noche, le anunciaré vuestra visita y mañana iremos.

Florentín se puso en pié.

—¿Tan pronto os vais?

—Hemos concluido por ahora.

—¿No habéis de hacerme ningún otro encargo?

—Ninguno hasta mañana.

—Espero vuestras órdenes.

—Que Dios os guarde, señor Antolín.

—¿A qué hora nos veremos?

—Vendré á las diez de la mañana.

—Aquí me encontraréis.

Salió Florentín.

—Bien, muy bien, ¡voto á cien mil legiones!—exclamó el hidalgo, restregándose las manos alegremente—. Esto marcha á las mil maravillas.

Levantóse, dió algunos paseos por la habitación, y luego dijo:

—Los diez mil escudos volaron y soy pobre otra vez. Necesito dinero y además una posición, porque ya tengo cuarenta y un años y debo pensar juiciosamente en mi porvenir. Este bribón es muy astuto; pero la ambición le trastorna la cabeza y acabará por morder el anzuelo.

Manos á la obra, que ya deben ser muy cerca de las diez.

El señor Antolín ciñó su larga tizona, se puso el sombrero, se envolvió en su capa de terciopelo verde con forro amarillo y salió de la hostería, cantando alegremente.

CAPITULO XI

LO QUE DISPUSO QUIÑONES

—Me parece—decía el señor Antolín mientras subía por la calle de Carretas—, que ahora no me espíará el abate. Mañana será otra cosa; pero ya estaré de acuerdo con don Martín, y no me importarán todos los espías del mundo. ¡Vive Dios!... Lo que me admira es la previsión de Quiñones. Dos días hace que trazó el plan, y yo me reía, me burlaba, porque contó con lo que había de hacer el abate; pero ahora veo que adivinó.

A la calle de Puerta Cerrada llegó el hidalgo, y entró en la morada de don Martín, siendo inmediatamente recibido por éste.

—Aquí me tenéis—dijo el señor Antolín—, con noticias de muchísimo interés. ¡Oh!... Regocijaos, porque el descubrimiento... Pero no, porque aún es posible... ¡Tripas de Satanás!... Por de pronto, permitidme que admire vuestra previsión.

—¿Habéis visto al abate?

—Ha ido á buscarme...

—Entonces...

—Porque sucede lo que nadie había previsto, lo que teníamos por imposible.

—Explicaos.

—Antes me permitiréis deciros que he representado admirablemente mi papel, y que el zorro del abate, á pesar de toda su astucia, se ha tragado el anzuelo.

—Habéis halagado su ambición, lo habéis trastornado...

—Sí.

—Es una ventaja; pero aún tenemos mucho que hacer.

—Florentín me ha dicho que sospecha que está en Madrid el señor Jacobo...

—¡Ah!—exclamó don Martín.

Y miró ansiosamente al hidalgo.

—Y cuando él dice que lo sospecha...

—Es porque lo sabe... ¡Gracias, Dios mío!

—Me parece que esta noticia...

—Vale mucho... ¡Ah!... Proseguid.

El rostro de Quiñones había cambiado de expresión.

Tenía demasiada importancia lo que acababa de decir el hidalgo.

¡No había muerto Jacobo!

¡Y estaba en Madrid!

—Ni una palabra más me ha dicho en cuanto á Tordesillas, como no sea... Perdonad, invierto el orden y no conviene que hagáis cálculos sobre falsas bases. Yo tengo mi opinión; pero me la reservo para no influir en vuestro ánimo.

—Repetid lo que os ha dicho el abate, y dejad los comentarios para luego.

—Pues bien, me recordó que soy viudo, y que bien puedo enamorarme y aun casarme con una mujer joven, bella y rica, y como le respondí afirmativamente y le manifesté que la proposición me agradaba mucho, añadió que me dejaba en libertad de casarme ó permanecer soltero, con tal que me enamore ó aparente estar locamente enamorado y me apodere de la mujer en cuestión, si ella no me corresponde.

—¡Miserable!

—La joven en cuestión.

—¿Quién es?

—No me lo ha dicho.

—Pero os lo diré.

—De repente cambió su plan, y me dijo que por ahora no me ocupase de semejante mujer.

—¡Oh!...

—Pero antes, y esto es lo que tiene mucha importancia, me advirtió que la mujer de quién se trataba encontrábase muy cerca del señor Jacobo de Tordesillas.

—¡Oh!...

—Como indicando que vivía con él...

—¡Su hija!...

—Esa es mi opinión, caballero.

—¡Vive el desdichado Jacobo, está en Madrid y ha encontrado á su hija!...

—No sé como ha podido suceder todo eso; pero indudablemente ha sucedido, y por consiguiente Florentín debe estar desesperado y odiar como nunca al infeliz padre.

Don Martín á pesar de la facilidad que tenía para dominarse, estaba profundamente agitado.

Por algunos minutos guardó silencio.

Reflexionó en cuanto le era posible.

No dudaba, y ya creyó segura la felicidad de las criaturas á quienes había protegido.

Si la inocente niña no se encontraba ya en poder de Florentín, todo lo demás sería fácil.

Como nunca necesito calma, mucha calma—dijo al fin Quiñones.

—Sí, porque la situación es más grave que nunca, según mi parecer.

—Continuad, señor Antolín, y no olvidéis ningún detalle.

También el rostro del hidalgo cambió de expresión.

Arrugóse su entrecejo.

—Voy á concluir—dijo.

—¡Vive Dios!... Parece que vuestra alegría...

—No es completa, y precisamente sufro porque creo que esa joven es la hija del señor Jacobo.

—Si está con su padre...

—Es una fortuna, pero...

—Acabad.

—Dice el abate que la mujer bella, joven, rica y virtuosa que es objeto de la intriga...

—¿Qué?

—¡Mil rayos!...

—Señor Antolín...

—Pues bien, esa infeliz está ciega.

—¡Ciega!...

—Sí.

—¡Dios misericordioso!...

—Y ahora veremos si sois generoso, y...

—¡Oh!—exclamó don Martín con el acento de la desesperación.

—¿Comprendéis ahora?

Grandes esfuerzos tuvo que hacer Quiñones para dominar el arrebató de su ira.

Con desiguales pasos recorrió varias veces el aposento.

Centellas se escapaban de sus ojos.

Seguía creyendo que Jacobo había encontrado á su hija; pero si estaba ciega, ¿habría felicidad posible para los padres?

Por fin, después de un cuarto de hora, consiguió el caballero dominarse lo suficiente para meditar y apreciar la situación.

Esta era muy horrible.

—No — murmuró sordamente —, no quedará impune tan espantoso crimen.

—Don Martín!...

—Escuchad.
 —Sí, quiero instrucciones para no cometer una torpeza.
 —De este asunto no diréis una palabra á nadie.
 —Descuidad.
 —Cuando habléis con el abate mostraréis mucha impaciencia por vengar los ultrajes que os hizo Tordesillas en París.
 —Entiendo.
 —Aparentaréis servir de mala gana á Florentín si no os dice donde podéis encontrar á su víctima.
 —Me parece que se arrepintió de haberme hablado de Jacobo.
 —Sin embargo, insistiréis, y al fin cederá.
 —¿Y luego?
 —Cuando encontremos á ese padre infeliz, saldremos de dudas en cuanto á su hija, y entonces determinaremos.
 —Está bien pensado.
 —¿Para qué hemos de hacer sufrir un nuevo dolor á doña Isabel?
 —Ni tampoco es prudente hacerle concebir esperanzas que pueden desvanecerse en un instante. Ya conocéis á Florentín...
 —Demasiado.
 —Y la lucha...
 —No ha hecho más que principiar.
 —Ciertamente.
 —Pero ahora terminará en un breve plazo.
 —Dios lo quiera.
 —En cuanto á vos...
 —Aquel maldecido papel...
 —Lo recobraréis.
 —Y seré vuestro esclavo.
 —No quiero más que vuestra lealtad.
 —¿Acaso es posible engañaros? Y además por mi propia conveniencia...
 —Ya lo sé.
 —Vuestras órdenes, caballero.
 —Ninguna más tengo que daros.
 —Entonces, si bien os parece, esta misma noche iré á ver á vuestro hermano don Raúl.
 —Sí.
 —Se lo he prometido al abate...
 —Y nos interesa mucho inspirarle confianza.
 —Ya está deslumbrado, trastornado...
 —No importa.
 —El señor Antolín se puso en pie.
 —Desde hoy.

—No volveréis á esta casa.
 —Supongo que mañana tendré un espía.
 —Probablemente.
 —Caballero.
 —Mucha reserva, mucho disimulo...
 —Y también mucha calma, como veis que la tengo esta noche, á pesar de que me costó mucho trabajo dominarme cuando Florentín estaba en mi presencia.
 —Llegará la hora de la justicia, no lo dudéis.
 —Y yo me la tomaré por mi mano, ó dejaré de ser quien soy, os lo juro.
 —Que Dios os guarde, señor Antolín.
 —Y á vos os dé la tranquilidad que necesitáis.
 Salíó el hidalgo.
 Quiñones se entregó á sus tristes pensamientos.
 ¿Podría dominar la situación?
 Era dudoso.

CAPITULO XII

APARIENCIAS Y DESCUBRIMIENTOS

Al día siguiente se alquiló un cuarto que había desocupado en la casa donde vivía Jacobo, y estaba situado en el piso principal, pared de por medio del que éste ocupaba.

La persona que lo alquiló no nos es desconocida; pero ahora no tenemos necesidad de presentarla ni de decir más, sino que era un agente de Florentín, que sobre obedecer porque se le pagaba, odiaba particularmente á nuestros amigos, y más que á ninguno de ellos, á Simón.

Al lado de su padre, la joven se tranquilizó bien pronto, y si no hubiera estado ciega, nada habría echado de menos para su felicidad.

Tres días pasaron.

Nunca Jacobo había estudiado con más ardor.

Había llegado el caso de hacer la aplicación de su descubrimiento.

¿Correspondería el resultado á sus deseos?

Jacobo de Tordesillas temblaba muchas veces temiendo equivocarse, y mucho más hubiera temblado á saber que la joven era su hija.

Por las mañanas colocábase Isabel jun-

to á una de las ventanas de su humilde vivienda para disfrutar de algunos rayos de sol que llegaban hasta allí.

No veía aquella luz, que era su afán constante; pero sentía el calor que comunicaba á sus miembros, y esto la consolaba.

Además, en aquel sitio respiraba el aire libre de que había estado privada casi toda su vida.

distraídamente al fondo del patio, y quedando inmóvil.

Entregado á sus pensamientos, se olvidó bien pronto del sitio en que estaba, y empezó á repasar en su memoria los amargos recuerdos de toda su vida.

Cuando llegó á los sucesos que habían dado por resultado su separación del abate, murmuró:

—Cerca de doce años sin saber



Las ofensas de amor propio no se perdonan. (Pág. 65.)

Ya sabemos que aquellas ventanas daban al patio, y la joven fué vista y observada por los vecinos curiosos, que empezaron á murmurar, haciendo comentarios sobre la compañera del médico extranjero, demasiado bonita para que no se concibiesen sospechas nada santas.

La mañana del cuarto día, poco después de haber amanecido, Isabel se colocó en el sitio de costumbre, respirando con placer el aire fresco y puro, y sintiendo con delicia como los rayos del sol daban en su rostro.

Pocos minutos después se abrió otra ventana de la pared de enfrente, asomándose un hombre.

Era David.

Como siempre, el rostro del huérfano expresaba una profunda tristeza.

Apoyó los brazos en el marco de la ventana, inclinó la cabeza, mirando dis-

hecho nada, doce años de constante afán, de incesante sufrimiento, muy parecido á una agonía lenta y horrible. ¿Debo abrigar alguna esperanza? Ninguna, y por consiguiente nada debe detenerme para mi venganza. No, ya no escucharé los consejos de Quiñones ni los de nadie y obraré según los impulsos de mi corazón. El temor de que ese miserable atente contra la vida de la infeliz criatura que tiene en su poder nos ha detenido á todos; pero ese temor ya es vano; la suerte de esa pobre niña se ha decidido: si vive, tendrá diez y seis años y es preciso á toda costa sacarla de entre las garras de ese tigre, aunque se la exponga á morir.

Reflexionó David, y luego añadió:

—Esa criatura debe haber muerto ó haber recobrado la libertad, porque no es posible que la hayan tenido encerrada tantos años sin que se descubra su paradero. Su

madre la llora como muerta, y creo que hace bien. Si una casualidad ha favorecido á la pobre niña, haciéndola recobrar su libertad, está perdida para siempre y no encontrará á sus padres, porque la infeliz no podrá siquiera dar razón del nombre de éstos. No, la desdichada Isabel no existe, y si existe no volveremos á verla.

Se contrajo la frente del huérfano y sus ojos brillaron como dos centellas.

—No me detendré, no me detendré—dijo con acento de firme resolución—: ya he aguardado bastante, ya ha llegado la hora del castigo, que será tan terrible como merecen los crímenes espantosos de ese miserable.

Levantó la cabeza y casualmente se fijó su mirada en Isabel, cuyos blondos cabellos reflejaban en aquel instante los rayos del sol, formando alrededor de su cabeza como una aureola que la embellecía hasta lo ideal.

David no pudo contener una exclamación de admiración y de sorpresa.

Sus negros ojos brillaron aun más que antes, y su mirada, intensa, profunda, indescriptiblemente afanosa, pareció querer devorar, permítasenos la palabra, aquella, para él, celestial aparición.

—Sintió...

No lo sabía él mismo, y mucho menos podríamos explicarlo nosotros, porque hay emociones que son inexplicables.

Tal fué su turbación, tal su trastorno, que la luz huyó de sus ojos por algunos instantes.

Estremeciése y su corazón palpó con violencia.

Isabel continuaba inmóvil como una estatua.

El huérfano la contempló por algunos segundos, y como si temiese que el bello fantasma desapareciera ó que en fuerza de mirarlo perdiese la idealidad de aquellos encantos sobrenaturales, cerró los ojos para mirarlo solamente con el pensamiento, con los ojos del alma.

David, espíritu delicado y sublime, sin darse cuenta de ello, quería soñar con aquella angelical belleza, tan inesperadamente aparecida, aquella belleza tan superior á la que en los sueños de su juventud se había forjado.

Transcurrieron algunos minutos.

El huérfano abrió por fin los ojos con

miedo de no encontrar la aparición; pero sonrió con intensa alegría al ver que aún estaba allí la hechicera figura con sus rubios cabellos, que reflejaban los rayos del sol y al sol le disputaban su brillo.

Pasó largo rato sin que David acertara á darse cuenta, no solamente de lo que sentía, sino de lo que pensaba.

Lo único que sabía era que su corazón palpitaba con más fuerza cada vez, que se abrazaban sus mejillas y que se agitaban convulsivamente sus manos.

Llevó éstas al pecho, oprimiéndolo fuertemente.

—¡Ah!—exclamó al fin.

Y después de algunos momentos, añadió:

—¿Qué veo, que veo?... ¿Estoy soñando?... ¿Está mi razón trastornada?... No lo sé, no lo sé...

Se pasó las manos por la frente, hizo un esfuerzo para recobrar la calma, y algo más tranquilo, aunque poco, volvió á mirar.

Al cabo de algunos momentos, su rostro se cubrió de mortal palidez.

—¡Dios mío!—exclamó—. Sí, es su retrato, sí, su retrato... ¡Dios mío, Dios mío... ¡Oh!...

En aquel momento Isabel, entregándose sin duda á la esperanza de recobrar la vista y poder contemplar aquel sol que sentía en su frente, poder contemplar el cielo que con los ojos de la imaginación veía sobre su cabeza, entregada á esta esperanza, repetimos, sonrió con una dulzura infinita, verdaderamente angelical.

—¡Ella, sí, es ella!—exclamó David sin poder contenerse.

Y preso de una agitación espantosa, separóse de la ventana, tomó su capa y su sombrero, atravesó corriendo algunas habitaciones, bajó la escalera, salió á la calle, y dando algunos pasos, ó más bien algunos brincos, volvió la esquina y entró en el estrecho y obscuro portal de la casa de Jacobo, siguiendo por un pasillo y deteniéndose junto á una puerta, donde sin miramiento alguno descargó tres ó cuatro rudos golpes con el puño.

—¿Quién llama?—preguntaron inmediatamente y con voz de trueno—. ¡Voto á Lucifer!... Se han propuesto no dejarme dormir... Pues ¡por las tripas de Mahoma! que ya se me acaba la paciencia.

—Abre ¡vive el cielo! abre pronto—

gritó David, que parecía haber perdido el juicio.

—¿Eres tú?—replicó Simón, mientras abría la puerta, apareciendo en camisa—. ¡Por mi abuela!... Mucho has madrugado... Supongo que vienes para que almorcemos juntos... Bien, voy á vestirme...

—No vengo para eso—replicó David, empezando á pasearse de un extremo á otro de la habitación.

—Entonces no merecía la pena de que me hubieses hecho levantar... ¡voto al demonio!... Pero ¿qué te sucede?... Estás pálido como un difunto, echas fuego por los ojos y tiembles como un espirítado... ¡Rayos y truenos!... ¿Quién te ha ofendido?... ¡Por el pellejo de Satanás!... ¡Ira de Dios!... ¡Cien legiones de condenados!... Explicate, David, Explicate pronto, porque ya tengo toda la sangre en la cabeza... ¡Desdichado del que te dé un disgusto!... ¡Fuego del infierno!... ¡Oh!...

—Tranquilízate, mi buen amigo.

—Es que...

—Ya sé que me amas de veras, ya sé que no perdonarías al que me hiciese mal.

—Como no he perdonado al abate, que si vive...

—Escúchame, Simón, que tengo que hablarte de un asunto de mucho interés.

—Pero siéntate, hombre, siéntate, explicate y te escucharé mientras acabo de vestirme.

David se dejó caer en una silla como si sus fuerzas se hubiesen agotado.

—¿Conoces—preguntó—, á todos los vecinos de esta casa?

—Los conozco, y no los conozco—respondió el gigante—; es decir, los conozco de vista, y de algunos sé como se llaman; pero nada más. Primeramente tienes en el piso bajo dos vecinas charlatanas, que no se ocupan de otra cosa que de murmurar de todo el mundo, y á una de ellas particularmente, vieja y horrible, he de retorcerle el pescuezo, porque se pone á gritar por las mañanas muy temprano y no me deja dormir.

—¿Y en el piso principal?

—En uno de los cuartos vive un médico extranjero, de quién las vecinas murmuran, porque dicen que de noche se sienten ciertos ruidos sospechosos, y la otra mañana querían dar parte á la Inquisición. ¡Voto á Satanás! Me obligaron á

levantarme y á saltar por la ventana en camisa...

—Deja á las vecinas del piso bajo y hablemos de los del principal.

—Como quieras.

—Ya sabes donde está la ventana de mi dormitorio.

—Sí.

—Frente por frente hay otra.

—Del cuarto del médico.

—¡Ah!...

—¿Qué te sucede?

—Un médico extranjero... Y ella, porque es ella... ¡Dios mío!

—¿Quieres explicarte?—preguntó Simón, tomando y destapando una botella de aguardiente que había sobre una mesa.

—Ese médico—repuso David—, tiene una hija...

—No tiene ninguna.

—Si no es hija, será criada, será cualquier otra cosa.

—El médico vive solo.

—Te equivocas.

—Solo, tan solo como un ermitaño.

—En la habitación de ese hombre hay una mujer joven y bonita.

—Te digo que no hay nadie.

—Acabo de verla.

—Entonces...

—Y esa mujer... ¡Oh!...

—David, me estás apurando la paciencia con tanto misterio.

—Escúchame, Simón; pero ten entendido que lo que voy á decirte no quiero que lo sepa nadie, absolutamente nadie, porque es una simple sospecha, y porque si me equivoco...

—Bien, hombre, bien, acaba.

—La mujer de que te hablo es el retrato vivo de la esposa de Jacobo de Tordesillas.

—¿Y qué?

—¿Me comprendes?...

—Sí, comprendo lo que es parecerse una mujer á otra.

—La hija de Jacobo era el retrato de su madre.

—Eso has dicho muchas veces.

—Si vive, debe tener diez y seis años.

—También lo sé.

—Y esa es la edad de la joven que he visto hace pocos minutos.

—¡David!...

—¿Empiezas á comprender?

—¡Por Satanás!...

—Y ese médico extranjero...

—¡Oh!... Sí, te entiendo... ¡Truenos y centellas! Vamos, vamos á ver á esa gente.

—Mi impaciencia es mayor que la tuya; pero no debemos cometer una imprudencia.

—Yo no conozco al señor Jacobo.

—¿Qué señas tiene ese médico?

—Figúrate un hombre serio, muy serio, que parece que siempre está de mal humor, y con unas barbas blancas muy largas, y una gorra de pieles negras que se la mete hasta el coquete.

—¡Jacobito de Tordesillas! — exclamó David—. ¡Y nada me has dicho de ese hombre!

—Como tampoco te he dicho de las vecinas que no me dejan dormir.

—¡Es él, es él!...

—¿Estás loco?

—No, no estoy loco... ¡Es Jacobo!... ¡Gracias Dios mío!

Creció la agitación de David.

Sus ojos se humedecieron, y bien pronto dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

El rostro del gigante cambió también de expresión.

—¡Por mi abuela!—dijo—. Lloras y... ten calma, David, ten calma, porque...

—Sí, es Jacobo y su hija... Guarda el secreto, Simón, guárdalo...

—Y si son ellos, ¿por qué hemos de callar?

—Es menester que estemos seguros de no habernos equivocado.

—Pues salgamos de dudas.

—No es tan fácil.

—No hay más que ir y decirle á ese hombre: «Caballero, á pesar de vuestra gorra y de vuestras barbas que quizás serán postizas, os hemos conocido y sabemos que sois el señor Jacobo de Tordesillas. Ya no os persigue la Inquisición; sois muy rico y vuestra mujer os espera en tal parte, y si no lo creéis, ella misma vendrá y así os convenceréis de que sois mis amigos.»

Por más que se explicase rudamente, Simón decía la verdad.

Siguiendo su consejo, nada se arriesgaba aunque el médico no fuese Jacobo.

Reflexionó David; pero no encontró razones que oponer á las de su amigo.

—¿Qué decides? — preguntó Simón después de algunos momentos.

—No sé...

—Si tu no lo haces lo haré yo.

—Estoy decidido.

—¿A qué?

—Con un pretexto cualquiera iré á ver á ese hombre y saldré de dudas, no solamente con respecto á él, sino en cuanto á la joven que vive en su compañía.

—¿Cuándo harás eso?

—Ahora mismo.

—¿Y el pretexto?...

—Es médico y voy á consultarle, porque estoy enfermo.

—Es buena idea, porque hoy tienes una cara de difunto...

—Espérame aquí, Simón.

—Te esperaré.

David, una vez decidido, no quiso perder un instante.

Salió, subió la escalera y llamó á la puerta de la habitación de Jacobo de Tordesillas.

CAPITULO XIII

EQUIVOCACIONES Y CONFUSIÓN

No respondió al llamamiento de David ninguna voz; pero se abrió la puerta, presentándose Jacobo.

Apesar de los once años transcurridos, reconocieronse ambos.

Contempláronse sin pronunciar una palabra.

En los ojos de David, brillantes como dos carbunclos, se revelaba la alegría más intensa.

La frente de Tordesillas se contrajo y su mirada se hizo más sombría.

El primero se consideraba dichoso en aquellos instantes.

El segundo creyó haber sido descubierto por uno de sus más encarnizados enemigos y temió un nuevo golpe de la fatalidad que lo había perseguido.

—¿Qué se os ofrece, caballero?—preguntó el fugitivo.

—Permitidme entrar y os diré lo que busco—respondió el huérfano.

El esposo de Isabel volvió á mirar de pies á cabeza á su interlocutor, y pensando que al fin no tendría que haberse las por el pronto más que con un hombre, dijo:

—No hay ningún inconveniente; en-

trad y explicaos, que con mucho gusto os escucharé.

Pasó adelante David.

Detuviéronse en una habitación pobremente amueblada.

El huérfano miró á todos lados, buscando á Isabel, pero no la vió.

Jacobo debió comprender el significado de aquella mirada, y desplegó una leve sonrisa.

La agitación de David y el trastorno consiguiente á su sorpresa y alegría por aquel feliz descubrimiento, no le permitían hacer lo que hubiera hecho en otras circunstancias, por lo cual, tomando casi al pié de la letra el consejo de Simón, empezó diciendo:

—Señor Jacobo...

—Venís equivocado — interrumpió el médico con calma.

—Nada tenéis que temer, estáis absuelto por la Inquisición, os aguarda vuestra esposa...

—Caballero — volvió á interrumpirle Jacobo, sospechando que se le tendía un lazo—, repito que os equivocáis.

—¡Oh!—exclamó el huérfano con impaciencia—. Ya nos encontramos en París y un error fatal nos separó; pero ahora no sucederá lo mismo. No debéis haberme olvidado: entonces me creísteis enemigo como el señor Antolín de Santoyo, que era un agente, un instrumento del abate Florentín.

—Lo que decís no lo entiendo.

—¡Vive el cielo!—gritó desesperadamente David—. Sois Jacobo de Tordesillas, á quién he buscado con tanto afán; sois el esposo de Isabel de Linares, á quién saqué de los calabozos de la Inquisición, sois el padre de la inocente niña por quién arriesgué la existencia, probándolo esta cicatriz que veis en mi frente. He visto á vuestra hija, la he reconocido, porque es el retrato de su madre, y no he querido perder un momento...

—Basta caballero.

—Sí, basta de disimulo.

Jacobo seguía creyendo que se le tendía un lazo, acercóse al huérfano con ademán nada tranquilizador, y Dios sabe lo que hubiera sucedido si en aquel instante no sonora en el inmediato aposento la voz de Isabel, que gritaba con acento de un júbilo indescriptible:

—¡David, el angel David!

Y tras la voz sonaron los pasos de la joven que andaba de un lado para otro, buscando la puerta y tropezando con los muebles.

—¡Es ella, es ella!—exclamó el huérfano.

Y antes de que pudiera estorbárselo el médico, corrió á la otra habitación, diciendo:

—¡Isabel, Isabel, hermana mía!

—¡Mi hermano, el angel David!...

Abrazáronse y lloraron como cuatro días antes había llorado ella con su padre.

Este empezó á dudar y luego á desecher sus temores; pero recordó la circunstancia del defecto físico del antiguo protector de su hija y volvió á creer que ésta se equivocaba, siendo causa de ella un parecido de la voz.

Hubo algunos instantes de silencio y de vacilación por parte de Tordesillas, que contempló á los dos jóvenes sin saber que conducta seguir.

La desgracia no se había cansado de perseguir á aquellos infelices, y una nueva circunstancia dió nuevo giro á la situación.

Isabel, como si también temiese haberse equivocado, desprendiose de los brazos del huérfano, y poniéndole una mano en la espalda, buscó la inequívoca señal que lo distinguía.

Un grito de desconsuelo se escapó de los labios de la pobre niña.

—¡No es él!—exclamó.

Su cabeza cayó lánguidamente sobre su pecho.

Jacobo rugió como un tigre, y se puso entre los dos jóvenes.

—Sí, yo soy—dijo David—, soy tu hermano, el que te consolaba cuando estabas en poder del abate Florentín, del hombre negro...

—¡El hombre negro! — exclamó ella con acento de terror.

Y extendió los brazos, empezando á vagar en busca de su padre.

Entonces David se apercibió de que la niña estaba ciega, y su desesperación no tuvo límites.

Ya fué imposible entenderse.

Los tres hablaban y gritaban á la vez.

Cada cual expresaba lo que sentía; pero no había medio de que ninguno se hiciese comprender.

A no tenerlo abrazado su hija, Jacobo

habría caído sobre David, porque ya no le quedaba duda de que éste era un espía, un agente del abate.

Entre tanto el huérfano se desesperaba más y más, porque no se escuchaban sus razones, y convencido al fin de que nada conseguiría, dijo:

—Esperad, os suplico... Señor Jacobo, ahora vendrá vuestra esposa Isabel... dentro de pocos minutos abrazarás á tu madre, que á mí también me dá el nombre de hijo.

Y se lanzó fuera del aposento.

—¡Padre mío!—exclamó la joven.

—¡Hija de mi alma!... Es preciso huir... No perdamos un instante.

—Sois mi padre, ya lo habéis oído.

—Sí, sí, pero...

—¿Por qué hemos de huir?

—Lo sabrás... Vamos, vamos...

—¡Dios mío!...

—No tardarán en venir á buscarme mis perseguidores, nuestros verdugos...

—¡Ah!...

Jacobo envolvió en un pañuelo y guardó cuidadosamente los instrumentos de su profesión, metió en sus bolsillos algunas pequeñas botellas y se acercó á su hija.

La infeliz temblaba convulsivamente.

Su aturdimiento era mucho mayor por la falta de vista. Su padre la asió de un brazo y le dijo:

—Sígueme.

—Pero...

—Ven, hija mía, ven si no quieres perderme para siempre.

—¡Dios misericordioso, protejed á mi padre!

Salieron sin cuidarse de cerrar la puerta, y se alejaron con cuanta rapidez les fué posible.

Tras ellos salió de la casa un hombre envuelto en una capa negra.

Era el nuevo inquilino de quién ya hablamos, el agente secreto de Florentín.

CAPITULO XIV

DAVID COMPRENDE QUE HA COMETIDO UNA LIGEREZA

No puede darse idea del estado de agitación y trastorno en que se encontraba David.

Al verlo se hubiera creído que el infeliz había perdido la razón.

Sin pensar que separándose de Jacobo cometía una torpeza mayor que la que había cometido, corrió á su casa, que era la misma de Leandro; pero éste acababa de salir.

El huérfano bajó otra vez á la calle y en pocos momentos llegó á la vivienda de don Martín de Quiñones, presentándose á éste, que lo miró sorprendido y empezó á temer una nueva desgracia.

—¿Qué sucede? — preguntó afanosamente el hermano del monarca.

—Jacobo, su hija... ¡Oh!—exclamó David, que apenas podía respirar—. Corramos... vos ó yo en busca de mi madre adoptiva, y...

—¿Qué estáis diciendo? — preguntó Quiñones, cuya frente se contrajo—. Explicaos... habláis de Jacobo, de su hija... ¿Qué significa todo eso?

—Los he encontrado, están muy cerca de aquí...

—¡Ah!

—Corramos: no hay que perder un instante...

—¡Vive el cielo!... ¿Queréis explicaros?... Parece que hayáis perdido el juicio... Vuestras palabras son incomprensibles... Acabad de una vez.

David, que apenas podía sostenerse, se dejó caer en un sillón.

Quiñones esperó con impaciencia.

Después de algunos momentos y con cuanta claridad le fué posible, refirió el huérfano lo que acababa de suceder.

Un grito de júbilo se escapó del pecho de Martín; pero inmediatamente exhaló otro de desesperación y apretó los puños, mientras sus ojos relumbraron como dos centellas.

—¡Oh!—exclamó—. ¡Todo se ha perdido; todo se ha perdido!

—¡Qué todo se ha perdido!—replicó David, abriendo extremadamente sus grandes ojos y fijando en Quiñones una mirada de terror profundo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Se ha trastornado vuestra razón y no habéis comprendido lo que debía suceder.

—Me hacéis temblar.

—Jacobo de Tordesillas cree que sois su enemigo, que sois un agente del aba-

te, y habrá aprovechado estos momentos para huir con su hija.

—¡Oh!...

—Y cuando vayamos á buscarlo ya no lo encontraremos...

—¡Soy un torpe miserable!—gritó el huérfano fuera de sí, mientras se golpeaba la frente con rabiosa desesperación.

—Calma, mucha calma...

—¡Calma me pedís!...

—Cada momento es un tesoro.

—¡Dios mío!...

—Vamos, señor David, vamos—repuso don Martín.

Y cogió una campanilla de oro que había sobre la mesa y la agitó violentamente.

La puerta se abrió, presentándose Juan y tras de éste otros dos criados.

—Cuatro ó seis de vosotros—dijo Quiñones—. Venid... ¿Qué esperáis?...

Juan y los otros dos sirvientes desaparecieron, y antes de que hubiera concluído de echar sobre sus hombros la capa don Martín, presentáronse nuevamente seguidos de cuatro pajes.

—Escuchad—les dijo Quiñones.

Todos inclinaron respetuosamente la cabeza.

—De una de las casas que hay á la entrada de la calle del Cordón, ha salido un hombre anciano, vestido de negro, con una gorra de pieles: se le reconoce fácilmente por su larga y espesa barba blanca que le cubre casi todo el pecho. Lo acompaña una mujer joven, rubia y que está ciega. Ignoro hacia donde se han dirigido, y por consiguiente, corred en todas direcciones, y el que de vosotros lo encuentre, que lo detenga, diciéndole que necesito verlo, y si se resiste, gritad, luchad, y hacedlo todo, aunque sin perderle el respeto... Os esperaré en la calle de la Pasa... Corred.

Los sirvientes desaparecieron.

—Ahora nosotros—dijo don Martín.

—Vos—replicó David—, en busca de Jacobo, y yo á participar á mi madre lo que sucede.

—Aún no es tiempo.

—Sí, porque si á esa infeliz mujer no conseguimos devolverle su esposo y su hija, al menos le llevaremos la seguridad de que existen.

—Creo que cometéis una nueva ligereza...

—No me detendré—replicó el huérfano.

Y sin escuchar más, salió.

Quiñones hizo un gesto de disgusto, y salió también yendo á la calle del Cordón, y subiendo á la habitación de Jacobo.

Al encontrar la puerta abierta no le quedó duda de que sus temores se habían realizado.

Sin embargo, llamó.

—Nadie responde—dijo—. Entraré; pues, aunque me sorprendan registrando la habitación, no puede nadie sospechar que soy un ladrón.

Hízolo como lo decía y bien pronto se desvaneció su última esperanza.

Algunos objetos que habían quedado en desórden le probaron que los que allí moraban habían salido precipitadamente y sin cuidarse más que de poner á salvo sus vidas, que debían creer amenazadas.

Inclinó don Martín la cabeza sobre el pecho y quedó pensativo.

Una nueva esperanza lo tranquilizó: hacía muy poco que Tordesillas y su hija habían salido y no debían estar lejos, porque la falta de vista de la joven les impedía correr.

Alguno de los criados debía, pues, darles alcance.

Quiñones volvió á recorrer todos los aposentos, examinando cuidadosamente hasta el objeto más insignificante.

Luego salió, cerró y guardó la llave, bajando á la vivienda de Simón, que aguardaba á David y ya empezaba á impacientarse.

—¡Señor don Martín—exclamó el gigante sorprendido.

—Venid, que en la calle tenemos que hacer.

—¿Pero sabéis?...

—Lo sé todo.

—¿Y David?

—Ha cometido una ligereza y corre á cometer otra...

—¡Dios de Dios!...

—Venid, venid y hablaremos mientras vuelven mis criados, que corren en busca de los fugitivos.

—¿Adónde se habían dirigido Jacobo y su hija?

Para saberlo tenemos que retroceder y seguirlos dejando á Quiñones y á Si-

món en la calle, hablando y esperando á los otros.

CAPITULO XV

LO QUE HIZO JACOBO PARA LIBRARSE DE SUS PERSEGUIDORES

Jacobo y su hija tomaron por la calle de Puerta Cerrada hacia la plazuela de este nombre.

No podían correr, y el desdichado padre pensó que no habría nada más fácil que alcanzarlos.

—Ese miserable—dijo para sí, refiriéndose al huérfano—, debe haber ido en busca de gente que lo auxilie y no tardará en volver. Cuando vean que no estamos en la casa, correrán en distintas direcciones, y alguno de ellos nos encontrará enseguida. ¿Qué debo hacer para evitarlo? No pudiendo huir con la velocidad que ellos nos siguen, el único medio de salvación es ocultarnos, dejarlos que pasen y seguir nuestro camino cuando pierdan la esperanza de encontrarnos y abandonen su empresa. ¿Y dónde nos ocultaremos?

Jacobo miró á su alrededor.

En aquellos momentos pasaban por delante de la iglesia de San Justo, uno de cuyos postigos estaba abierto.

—Aquí—murmuró el desdichado—, aquí, y mientras ellos corren, nosotros imploraremos la protección divina.

Sin reflexionar más, dijo á su hija:

—Ven.

Y entraron en el templo.

Una vez allí, buscó Jacobo el sitio más á propósito y fué con su hija á colocarse en un rincón, completamente obscuro de una de las capillas de la derecha.

—Arrodíllate, hija mía, y oremos para que Dios tenga misericordia de nosotros.

La joven obedeció, cruzando las manos y empezando á implorar el auxilio divino con toda la fe de su alma pura.

No había nadie en el templo.

El ruido sordo de la agitada respiración de aquellos dos infelices criaturas era el único que interrumpía el silencio profundo del sagrado recinto.

Imposible es explicar lo que sentían aquellos dos seres desdichados; imposible es hacer comprender lo que sufrían.

Jacobo se interrumpía de vez en cuando, volviendo la cabeza y fijándose con temor en la puerta.

El más leve ruido, aunque sonara en la calle, le hacía estremecer.

Más de una vez, sin pensar que se encontraba en la casa del Omnipotente, llevó la diestra convulsa al mango de su puñal, resuelto á defender á su hija y á morir antes que dejar que se la arrebatasen ni entregarse él á sus perseguidores.

Ya no dudaba Jacobo de que aquella criatura era la hija por quien tantas lágrimas había derramado, la hija de quien se había separado doce años antes, dejándola dormida tranquilamente y alejándose él con el corazón destrozado.

¿Y su esposa?

¿Vivía también según había dicho el hombre á quien Jacobo suponía instrumento del abate?

¿Cuántos recuerdos se agolparon á la vez en la mente del pobre fugitivo!

¿Cuántas ideas contrarias brotaron como un torbellino de su abrasado cerebro!

En cuanto á Isabel, continuaba aturdida.

No acertaba á darse cuenta de lo que acababa de suceder.

Todo le parecía un sueño.

No le era posible apreciar la situación ni los peligros que corrían ó que, por lo menos, debía creer que les amenazaban.

Transcurrió una hora, que fué para Jacobo un siglo de mortal angustia.

—¿Ha pasado mucho tiempo?—se preguntó.

No lo sabía.

—¿Debemos salir ya?—pensaba otras veces.

La determinación era muy arriesgada, porque todo dependía del tiempo que hubiesen tardado en presentarse sus perseguidores.

Quizá no habían llegado todavía.

Tal vez habían recorrido ya los alrededores y se habían retirado sin esperanza.

¿Cómo no había pensado ninguno entrar en la iglesia por si se habían refugiado allí los que buscaban?

Esto era una torpeza; pero en momentos de confusión es cuando las torpezas se cometen con más facilidad.

Otra media hora transcurrió.

—A muerte ó á vida—dijo Jacobo.

Y dirigiéndose á su hija, añadió:

—Vamos, y que Dios nos proteja.

Tampoco entonces pronunció una palabra la pobre niña.

Levantóse, apoyóse en el brazo de su padre y se dejó llevar, mientras limpiaba sus mejillas llenas de lágrimas.

Salieron á la calle. El rostro de Jacobo tenía una expresión terrible.

Ya no era el hombre que quería salvar su existencia; era el padre resuelto á defender á su hija.

Miró á uno y otro lado.

A nadie vió.

Los momentos eran preciosos.

Con cuanta rapidez le fué posible se alejaron en dirección á Puerta Cerrada.

El plan de Jacobo era ocultarse en la casita abandonada por Florentín y de la que, según recordará el lector, se había hecho dueño.

Allí creía estar seguro.

Mientras esto sucedía, Juan y los demás sirvientes de don Martín habían recorrido los alrededores, yendo algunos hasta la plaza del Arrabal; pero á ninguno le ocurrió sospechar que los fugitivos podían haberse ocultado en cualquiera de los edificios de aquellas calles.

Desalentados y tristes fueron reuniéndose á su señor, que les aguardaba en compañía del gigante.

—No he visto alma viviente—decía el uno al dar cuenta de sus investigaciones.

—Solo un fraile he encontrado—decía el otro.

—Señor—dijeron los demás—, no se me ha puesto delante más que gente que en nada se parecía á los que buscábamos.

Juan no había necesitado más explicaciones para comprender que se trataba de Jacobo de Tordesillas, y por con-

siguiente fué el que dió muestras de estar de peor humor.

Despidió Quiñones á sus sirvientes, menos á este último, y meditó.

Después de algunos minutos, dijo:

—¿Cuál es vuestra opinión?



■ Abrazáronse y lloraron como cuatro días ántes había llorado ella con su padre. (Pág. 77.)

—¡Cien legiones de condenados!—exclamó el gigante apretando los puños—. Mi opinión es romperme la cabeza, porque aconsejé á David que hiciera lo que ha hecho, sin ocurrírseme que debía suceder lo que ha sucedido. ¡Rayos y truenos!... Está visto que soy muy bruto y no sirvo más que para obedecer.

—Señor—dijo Juan—, no pueden ha-

ber corrido mucho, porque la hija está ciega.

—Por eso creí que los encontraríamos.

—Ellos habrán pensado esto mismo, y como ya temerían que los siguiesen, se habrán detenido y ocultado para aguardar á que nos cansemos de buscarlos.

—Creo lo mismo que tú, Juan; pero ¿dónde se han escondido? Hay por aquí muchas calles, y en cada calle muchas casas, y en cada casa muchos cuartos.

—No podemos registrarlas todas.

—Podemos si nos empeñamos.

—Sí; pero eso quiere mucho tiempo y entre tanto desaparecerían.

—¡Ah!—exclamó el astuto criado, dándose una palmada en la frente.

—¿Qué te ocurre?

—Esperad.

Juan hechó á correr, llegó á San Justo, entró y registró el templo, pasando luego á la sacristía, haciendo lo mismo y preguntando á los dependientes de la parroquia por los que con afán buscaban.

Nadie había visto semejantes personas.

La última esperanza estaba perdida.

Sin embargo, don Martín creyó que la fortuna empezaba á protegerlos, porque no era poco adelantar el tener las pruebas de que existían Jacobo y su hija y de que se encontraban en Madrid.

Lo que le entristecía profundamente era la horrible circunstancia de estar ciega la pobre niña.

¿Significaba esto un nuevo crimen?

De cualquier modo, al hablar á Isabel de su hija, ¿cómo se le participaba desgracia tan espantosa?

Y era forzoso hacerlo para que comprendiese la causa del error en que había caído la joven al rechazar al huérfano.

—Ante todo—pensó Quiñones—, sepamos lo que ha hecho David.

Y dirigiéndose á Juan y al gigante, añadió:

—Debéis quedaros por aquí, y observar.

—Me parece más oportuno—respondió el sirviente.

No se atrevió el gigante á manifestar su opinión temeroso de equivocarse y ser causa de un nuevo diácono.

Paso entre paso volvióse don Martín á su morada, mientras decía para sí:

—Voy á llevar á mi buena esposa una noticia agradable; pero al mismo tiempo... ¡Oh!... ¡Ciega, ciega!... Esto es horrible.

Y después de algunos momentos, añadió:

—Seguro estoy de que David habrá armado un escándalo en el convento, y ella, dejándose arrebatar por las primeras impresiones, cometerá también cualquiera locura. Inútil es ya ir á detenerlos porque llegaríamos tarde. No hay más que tener paciencia y esperar.

Lo que hablaron Quiñones y su esposa se presume y evitamos repetir su conversación.

Los dejaremos, pues, para seguir al huérfano.

Aún no sabe el lector lo que había sido de Isabel en aquellos ocho años y debemos decírselo.

CAPITULO XVI

CÓMO SE ENCONTRABA ISABEL

Isabel, entregada á su dolor y sin otro consuelo que el de las dulces palabras de sus buenos amigos, esperó los dos años que David y Juan habían empleado tan inútilmente en su viaje.

Cuando éstos regresaron, dando cuenta de todo lo sucedido, la desdichada esposa y madre acabó de perder la esperanza.

Llegó á creer que su esposo había muerto, y en cuanto á su hija, opinó que el salvarla era cuestión de tiempo, de mucho tiempo.

Propusieron David y Juan no guardar más consideraciones á Florentín, apoderarse de él y amenazarle con tormentos horribles y con la muerte para obligarlo á devolver la niña; pero Isabel se opuso enérgicamente á semejante plan, porque creía que cualquier atentado contra la persona de Florentín, daría como primer resultado el de la muerte de la inocente criatura.

En vano intentaron convencerla de que era exagerado el temor: ella decidió esperar y nadie se creyó con derecho para contrariarla.

Sufrieron mucho todos sus amigos,

porque ninguno de ellos tenía carácter á propósito para aguardar con paciencia; pero les era preciso someterse á la voluntad de Isabel.

Esta manifestó á los pocos días el deseo de encerrarse en un convento, donde, sin que nadie la interrumpiese, podría llorar sus desgracias y pedir la protección del Omnipotente.

Semejante resolución era tan firme como todas las suyas, y por consiguiente no hubo tampoco razones que la hiciesen desistir.

Bien pensado, en ninguna parte estaría mejor que en el silencioso retiro de una celda.

Su dolor no era de esos que con el tiempo se calman, y los que sufren como ella sufría, encuentran en la soledad, si no alivio ni consuelo, un descanso, una tranquilidad que es imposible en el bullicio del mundo.

Quien no aspira á goces de ninguna especie, quien está condenado á sufrir hasta el último instante de su vida, ¿qué hace en medio de la sociedad?

Su retiro debía ser un secreto, para evitar que nuevas tentativas de Florentín renovasen los dolores de la desdichada.

Para conseguir esto, cambió su nombre por el de María, y don Martín asegurando que era una parienta de su esposa, encontró muy fácil que la infeliz fuese admitida en el monasterio de las Descalzas Reales en concepto de pensionista.

Isabel se separó del mundo sin pesar y aun casi con placer, aunque en el mundo dejaba afecciones tan tiernas como la que profesaba á David.

No se equivocó; llorando libremente y orando día y noche, acabó por sentirse más tranquila.

Así lo comprendieron sus amigos, que iban á visitarla, y no volvieron á hacerle ninguna observación para que cambiase de vida.

Pasó el tiempo con la lentitud que pasa para los que sufren.

Aunque el continuo llanto empezó á marchitar las mejillas de Isabel y sus ojos perdieron algún brillo, no menguó su belleza, sino que pareció hacerse más interesante, porque era más conmovedora la expresión de su rostro.

Sin embargo, al cabo de tres ó cuatro años, aquella belleza prodigiosa no hubiera podido encender una pasión tan intensa como la que devoraba el pecho de Florentín; solo podía inspirar un amor dulce y tranquilo.

Sus nobles sentimientos y su bondadoso carácter, conquistaron bien pronto el cariño de todas las religiosas, y como pagaba además en concepto de pensión una cantidad muy crecida, le guardaban toda clase de consideraciones.

Todas sabían que la encantadora rubia era una mujer muy desgraciada; pero sus desgracias á nadie se dieron á conocer.

Y hé ahí explicado el por qué el abate no había podido averiguar lo que había sido de la mujer objeto de su amoroso afán.

Cuando volvemos á presentarla á nuestros lectores, tenía Isabel treinta y dos años, es decir, que estaba, si no en lo más florido de la juventud, en uno de los mejores períodos de la vida de la mujer.

David era demasiado conocido de los dependientes de la comunidad, y no encontró inconveniente para llegar hasta la celda de la que le daba el nombre de hijo.

Entre las distinciones que tenían á Isabel, estaba la de permitirle que sus amigos la visitasen, no en el locutorio, sino en la celda, y por eso hemos dicho que hasta la celda llegó el huérfano.

La visita no podía sorprenderle á Isabel; pero si la puso en gran cuidado el aspecto de David, aspecto nada tranquilizador, porque ya sabemos que el rostro del joven, cadavéricamente pálido y contraído, expresaba inequívocamente la más completa desesperación.

Tratándose de David, la mirada de Isabel era mirada de madre, y por consiguiente no podía ocultársele el doloroso trastorno del joven.

—¡David, hijo mío!—exclamó ella con acento de angustiosa inquietud y de ternura.

Estas palabras tan sencillas hicieron experimentar un cambio de sentimientos del joven.

Sus ojos se humedecieron, y en tanto que dos lágrimas rodaban por sus mejillas, exclamó:

—¡Madre mía!

Y abrazó á Isabel, estrechándola contra su pecho.

—¿Qué sucede?—preguntó ella—. Es la primera vez que te veo abatido, la primera vez que el dolor, en vez de acrecentar tu valor rarísimo, arranca lágrimas á tus ojos... David, hijo mío, habla, explícate... Ya sabes que me sobran fuerzas para resistir los más terribles golpes de la desgracia.

—¡Viven, viven!—exclamó el huérfano desprendiéndose de los brazos de la pobre madre.

—¡Que viven!—murmuró ella, cuyos ojos se abrieron desmesuradamente, brillando como dos carbunclos—. ¿Quién, David, quién?...

—Mi hermana...

—¡Ah!...

—Mi padre, vuestro esposo...

Isabel exhaló un grito desgarrador y quedó inmóvil como una estatua.

—Viven — añadió imprudentemente David—; viven vuestra hija y vuestro esposo, están en Madrid los he visto...

Y observando el huérfano que Isabel no pronunciaba una palabra, ni hacía el más leve gesto, añadió:

—¿No me entendéis?

Tampoco entonces se movió ni habló la infeliz madre.

Al verla inmóvil y con la mirada fija, se hubiera creído que era una estatua de marmol.

No estaba David en estado de comprender que la repentina y violenta conmoción experimentada por Isabel, podía matarla ó trastornar su razón; así que prosiguió diciendo:

—Los he visto, he abrazado á mi hermana... Por la voz solamente me reconoció ella... y me llamó su ángel como en otro tiempo me llamaba, y se arrojó en mis brazos... ¡Cómo palpitaban nuestros corazones! ¡Y qué hermosa es, tan hermosa como vos, más que vos!... ¡Es un ángel, un ángel!...

Interrumpióse David.

Repentinamente cambió de expresión su rostro, expresando la más profunda tristeza.

Luego, volviendo á dejarse llevar del arrebató de su desesperación, cayó de rodillas y exclamó:

—¡Perdonadme, madre mía, perdo-

nadme!... No tuve paciencia para aguardar, y mi ligereza habrá sido causa de que vuelvan á desaparecer... ¡Dios mío, Dios mío, perdonadme!

Las explicaciones del huérfano eran para trastornar la cabeza más firme.

Isabel, aturrida por la sorpresa y en el estado de dolorosa agitación en que se encontraba su espíritu, turbóse más y más, hasta el punto de parecerle que estaba soñando.

Transcurrieron aún algunos minutos sin que la infeliz se moviese.

David continuaba arrodillado y con los brazos extendidos en ademán suplicante.

Por fin ella llevó las manos á la frente como si quisiera romper el espeso velo, disipar la nube que parecía encontrarse envuelta su inteligencia.

Luego se oprimió el pecho.

Hizo un gesto doloroso.

Entreabrió los labios y dejó escapar un grito...

Su cuerpo vaciló y cayó pesadamente sobre el pavimento.

—¡La he matado!... ¡Oh!... ¡La he matado!—gritó el huérfano fuera de sí.

Y acudió á socorrerla, cubriéndola de besos y pronunciando desordenadamente palabras de dolor y de desesperación.

Sus gritos llamaron la atención de algunas religiosas que acudieron para saber lo que sucedía.

Al ver á Isabel sin conocimiento, con el rostro lívido y desfigurado y el cuerpo rígido como el de un cadáver, gritaron ellas también poseídas de espanto.

Bien pronto la comunidad se puso en conmoción.

Preguntaron á David. Pero David estaba en aquellos momentos completamente loco y no sabía más que maldecir su estrella.

Las religiosas acabaron por rogarle que callase, y dejando para mejor ocasión el averiguar la causa de aquel suceso, se ocuparon solamente en prestar á Isabel los socorros que necesitaba.

Diez minutos después la desdichada madre, que había sido colocada en el lecho, estremeciéndose violentamente, exhaló un penoso suspiro y abrió los ojos.

Preguntáronle algunas religiosas cómo se sentía; pero ella, en lugar de responder, hizo un esfuerzo...

El llanto brotó de sus ojos.

¡Se había salvado!

Pocos momentos después se incorporó.

—Quieta, hija mía, quieta—le dijo la superiora cariñosamente.

—¡Quieta!—exclamó Isabel.

—Necesitáis reposo...

—¡Ah!—exclamó la infeliz, arrojándose del lecho antes que pudieran detenerla.

—¿Qué hacéis?

—Lo que necesito es abrazar á la hija de mis entrañas, abrazar á mi noble esposo...

—Su hija, su esposo...

—David, hijo mío, vamos, vamos...

—¡Madre mía, madre mía!

—¡Su madre!—exclamaron las monjas, más sorprendidas cada vez.

—Vamos, vamos...

—Esperad, madre mía...

—¡Que espere!...

—¿Pero qué significa esto?—preguntó la superiora—. ¿Habéis perdido la razón?

—No tardaréis en saberlo... Ahora, dejadme—replicó Isabel.

Y con las fuerzas de su febril excitación, separó á las religiosas que la rodeaban y se lanzó fuera de la celda.

David la siguió, suplicándola que se detuviese.

Pero ella no escuchaba.

—Está loca—dijeron algunas hermanas.

—Están locos los dos—añadieron otras.

—Corramos.

—Sí, debemos detenerlos...

Nunca corren los perseguidores tanto como los perseguidos, y por esta razón y por la de llevar los segundos la ventaja de algunos momentos, llegaron á la portería, medio atropellaron á la hermana portera, y antes de que ésta pudiera reponerse del susto, abrieron y salieron, corriendo sin detenerse hasta llegar al monasterio de San Martín.

Allí les faltaron las fuerzas á los dos.

Les era absolutamente necesario recobrar el aliento.

—¿Dónde están, donde están?—preguntó Isabel entonces, fijando en David su afanosa mirada.

La contestación á esta pregunta no podía ser más desconsoladora.

El huérfano calló sin saber qué decir.

—¿Por qué dudas, por qué vacilas?—añadió Isabel, asiéndole por un brazo y sacudiéndolo rudamente.

—Me preguntáis dónde están...

—Sí, eso te pregunto: ¿dónde están mi esposo y mi hija?

—No lo sé.

—¡Que no lo sabes!...

—No puedo asegurarlo...

—Me has dicho que los has visto...

—Sí.

—Entonces...

—Pero vuestro esposo, recordando los sucesos de París, sigue creyendo que soy un enemigo, un agente del abate, y temo que hayan huído apenas los dejé para venir á buscaros y convencerlo...

—Aseguras que mi hija te reconoció.

—Sí; pero luego dijo que se había equivocado.

—¡Oh!...

—Venid... don Martín y sus criados corren tras vuestro esposo y vuestra hija... No sé lo que habrá resultado al fin...

—¡Dios mío!—exclamó Isabel elevando al cielo una mirada de súplica desgarradora.

Y luego añadió:

—Vamos, vamos.

Con cuanta velocidad les fué posible, alejaronse de aquel sitio.

Los transeúntes los miraban con extrañeza.

Isabel, con la cabeza descubierta y los cabellos en desorden, con el rostro lívido y descompuestos y los ojos relumbrantes, no podía ser tomada sino por una infeliz que hubiera perdido la razón.

No se detuvieron, aunque apenas podían respirar.

—Más aprisa, más aprisa.

Y David contestaba siempre:

—Vamos... No sé lo que habrá sucedido... ¡Oh!

Diez minutos después entraban en la vivienda de Quiñones.

CAPITULO XVII

UNOS TRAS OTROS

Ya dijimos que tras Jacobo y su hija salió Crispín, que desde su habitación se había enterado de lo sucedido, y no

hay que añadir que siguió á los dos fugitivos hasta la iglesia de San Justo, aguardando oculto en un portal, viendo correr á los criados de Quiñones, y continuando después sin perder de vista á los espíados.

Crispín sabía hacer esto con sobrada habilidad, y Jacobo no pudo advertir que los seguían.

Salieron de la población y dejaron atrás el Quemadaro.

A poca distancia del uno y de los otros y de entre unos árboles salió un hombre que podía tener veinticinco años y que parecía vagar indiferentemente por allí sin más objeto que el de pasearse.

No era un caballero, pero iba regularmente vestido y podía muy bien ser un hidalgo de mediana fortuna.

Su rostro, de facciones vulgares, no revelaba superioridad de inteligencia, y lo único que podía llamar la atención era su mirada insolente.

No necesitaba más que el primer golpe de vista para conocer que era uno de esos vagos de profesión, truhanes y espadachines que en aquella época abundaban tanto en Madrid, y que daban á la justicia más que hacer que los criminales más desalmados.

Ceñía larga espada, llevaba el sombrero inclinado sobre la ceja derecha y andaba con ese aire de perdonavidas que no puede equivocarse con ningún otro.

Por casualidad se fijó su mirada en el anciano y la joven, y la belleza de ésta debió impresionarle, porque murmuró:

—¡Buen bocado!

Detúvose como si dudase hacia qué lado dirigirse, y entonces vió á Crispín, que procurando ocultarse con los árboles y los accidentes del terreno, seguía tras los otros á treinta ó cuarenta pasos de distancia.

—¡Por Satanás!—exclamó el mozo, cuyo rostro se contrajo por un momento—. ¿Qué significa esto? Los sigue, no hay duda... ¡Oh!... Ya tengo el hilo. Bien, muy bien; pero es el caso que la muchacha me gusta, y me gusta tanto, que soy capaz de cometer una locura por ella... Reflexionemos.

Para no ser visto, retrocedió algunos pasos; colocóse tras un matorral, y mien-

tras los otros seguían y pasaba Crispín, el mancebo reflexionó, acabando por decir:

—En estos asuntos nada tiene que ver la autoridad paternal, y tratándose de mí mucho menos, puesto que mi padre no me sirve más que para darme disgustos, y desde aquel asunto que dió por resultado los doscientos azotes, me aborrece como á su mayor enemigo. La razón esta de mi parte, puesto que no es culpa mía que le guste meterse en intrigas de cierto género, y si lo azotaron, justo castigo fué por sus hazañas.

Esto diciendo, salió de su escondite, y recatándose el rostro siguió á su vez á Crispín, con tanto disimulo y habilidad como éste seguía á los otros.

Muy ajenos todos de que eran espíados, llegaron á la solitaria casa conocida ya de nuestros lectores.

Jacobo sacó la llave, abrió y entró con su hija, volviendo á cerrar.

Crispín se había detenido y dijo para sí:

—Me parece que es inútil esperar. Todo está perfectamente explicado. Ya no hay duda que aquí encontró el padre á la hija y que él fué quien cerró y se llevó la llave. Ahora se refugian aquí, y aquí los encontraremos cuando sea menester.

Seguro ya de no equivocarse, quiso aprovechar el tiempo, y retrocedió dirigiéndose apresuradamente hacia el arrabal de San Ginés.

El mozo perdonavidas lo vió alejarse, sonrió satisfactoriamente y dijo á su vez:

—No veo muy claro en el asunto; pero esto no importa para mis planes. Si mi padre hace el negocio por su cuenta, peor para él, y si es por cuenta del abate, peor para éste y mejor para mí. De cualquier modo los engañaré, me burlaré de ellos, y para mí será, no solamente la muchacha sino lo que me den porque los deje en paz. ¡Vive el cielo!... Es bonita como un sol y me encanta más por su aire tímido, por la candidez que revela su rostro y por la languidez que en ella se advierte. Es una inocente paloma, conozco el nido y como soy gavilán experimentado...

Volvió á sonreír, y poniéndose en movimiento hacia la casa, añadió:

—Reconoceremos el terreno que es lo primero que debe hacer un buen general antes de dar la batalla.

Seguro de que nadie había de sorprenderlo y de que no podía ser conocido por los nuevos habitantes de la casa, acercóse y examinó cuidadosamente por todos lados, acabando por colocarse junto á una de las ventanas y escuchar.

A sus oídos llegaron las voces de Jacobo y su hija, que hablaban sobre el triste suceso que acababa de tener lugar y trazaban el plan de conducta que convenía seguir.

En aquel sitio solitario y silencioso pudo el galán espía entender muchas de las frases pronunciadas por los fugitivos.

La voz de Isabel le produjo más efecto aún que la belleza.

Los inconvenientes que había que vencer, lo misterioso de las personas y todas las demás circunstancias, contribuyeron á que la repentina pasión del mozo se encendiese más y más por instantes.

Al cabo de media hora estaba perdidamente enamorado, y entonces no hubiera mentido al asegurar que por aquella mujer era capaz de cometer cualquiera locura.

Separóse de la casa; pero no se alejó mucho, porque quería seguir observando por si lograba ver aún á la encantadora niña que había cautivado su corazón.

No tardó en suceder esto.

Antes que transcurriese una hora se abrió nuevamente la puerta de la casa, saliendo Jacobo y su hija.

El primero llevaba una silla, donde hizo sentar á Isabel, que quería disfrutar del sol de aquel hermoso día, volviendo él á entrar, sin duda para arreglar el interior de su nueva vivienda.

El mancebo contempló á la joven con un afán indescriptible.

Cuanto más la miraba, parecíale más bella.

Los dejaremos en esta situación para seguir al antiguo esbirro, á quien encontraremos cuando acababa de entrar en la morada del abate.

Este fijó una mirada de sorpresa en su servidor y cómplice, y le preguntó:

—¿Qué ocurre, buen Crispín?

—Grandes novedades —respondió el antiguo alguacil.

—Grandes deben ser cuando abandonáis vuestro puesto.

—Ahora puedo hacerlo sin cuidado.

—Explicaos, porque empezáis á ponerme en cuidado.

—Hé aquí mis observaciones y lo que ha sucedido.

—Ya escucho.

—Hace unas tres horas oí ruido de voces en la habitación del señor Jacobo y me acerqué al agujerito que ya sabéis he hecho en el tabique para ver cuando sea necesario.

—¿Y quién hablaba?

—El hombre de que nos hemos ocupado estos días, el de la cicatriz en la frente, ó de otro modo, la sombra de David.

El rostro de Florentín se contrajo.

—¡Oh!—murmuró con voz sorda—. Siempre ese hombre...

—Que debe valer mucho, puesto que sin ocultarse hace de modo que aún no hayamos podido averiguar lo que necesitamos sobre sus antecedentes.

—Se llama David, lo sabemos ya; es muy amigo de don Martín de Quiñones y vive en compañía del señor Leandro de Castillejo.

—Todo eso es muy poco—dijo Crispín.

—Sí, poco, muy poco... Proseguid.

—En dos palabras está dicho todo; el hombre de la cicatriz aseguró á Jacobo que nada tenía que temer, porque había sido absuelto por la Inquisición.

—¡Oh!...

—Pero afortunadamente el alquimista desconfió, negó que él fuese Tordesillas y aun parecía dispuesto á hacer uso de la fuerza contra el que se presentaba á favorecerlo.

—Eso es incomprensible.

—Jacobo cree que ese hombre es un agente vuestro, y no había razones que lo convenciesen de lo contrario.

—Dejadme reflexionar algunos instantes—dijo Florentín.

Y se puso en pie, cruzó los brazos inclinó la cabeza sobre el pecho y empezó á pasear por la habitación.

Cinco minutos después se detuvo.

Ya no encontraba incomprensible lo que se le refería: acababa de explicár-

selo perfectamente y empezó á tranquilizarse.

Crispín, por el contrario, había empezado á dejar ver en el semblante la inquietud, y su mirada concluyó por ser sombría.

—Continuad—dijo Florentín volviendo á sentarse.

—Lo que ahora tengo que decir es de mucha importancia.

—¿Y desagradable?

—Según.

—No os comprendo.

—He descubierto un gran secreto, un secreto que de ser ignorado nos haría bien pronto caer en un abismo, y en este concepto la noticia es buena; pero en otro...

—Acabad.

—La hija de Jacobo oyó la voz del hombre de la cicatriz y empezó á gritar, diciendo: «¡Es David, mi ángel David, mi hermano!...»

—¡Su hermano!—exclamó el abate, cuyo rostro se tornó lívido y se desfiguró.

Y levantándose como impulsado por un resorte, acercóse á Crispín, lo miró con encendidos ojos, lo asió por un brazo, y mientras lo sacudía rudamente, añadió:

—Acabad, acabad pronto...

—Señor, señor...

—¿No comprendéis toda la importancia de lo que acabáis de decir?

—Sí, lo comprendo, ya os lo he anunciado.

—¡Oh!... concluid.

—No pude ver entonces lo que sucedía; pero si escuchar, y á mis oídos llegaron sollozos... Creo que la chica y David se abrazaban...

—¡Es él, es él!—gritó el abate con voz reconcentrada.

—Sí, es él, es David...

—¡David, David!...

Ambos guardaron silencio.

Florentín quedó como petrificado.

Su rostro estaba lívido, descompuesto y horrible como nunca.

Sus ojos abiertos como si fuesen á saltar de sus órbitas, despedían siniestra luz de sus pupilas fosforescentes.

Lo que sintió no puede explicarse.

El descubrimiento de que David vi-

via, era para Florentín el más terrible golpe.

Ni don Martín de Quiñones con todo su poder, ni la esposa de Tordesillas con todo su odio, ni Jacobo mismo con su ardiente sed de venganza, inspiraban al abate tanto terror como el huérfano.

Pasaron algunos minutos.

Por fin Claudio se pasó las manos por frente, limpiándose el frío sudor que la empapaba.

—Bien—dijo con voz sorda—: muy bien... ¡Oh! Proseguid.

—Inmediatamente sucedió una cosa que no he comprendido.

—¿Qué?

—La muchacha dijo tristemente: «No es él, no es él... ¡Me había equivocado!...»

—Yo si lo comprendo.

—¡Que lo comprendéis!...

—Sí, es fácil de entender.

—Si quisiérais explicármelo.

—La joven—repuso Florentín—, buscó la prueba en la espalda de David...

—¡Ah!...

—¿Entendéis ahora?

—Entiendo: buscó la joroba y no la encontró... ¿Pero cómo es que ya no es jiboso David?

—Lo curé yo—respondió el abate sonriendo maliciosamente—, ó para hablar con más exactitud, lo curaron los que me acompañaban cierta noche.

Crispín hizo un gesto que significaba:

—Cada vez entiendo menos.

—¿No os he contado ya todo lo que sucedió cuando descubrí la deslealtad de ese miserable?—repuso Claudio Florentín—. ¿No sabéis que huyendo se arrojó el traidor por una ventana al corral?

—Sí.

—Pues la caída que debió acabar con su existencia, hizo desaparecer su joroba. Don Martín y fray Tadeo le recogieron, lo curaron... ¡Oh!... ¡Todo lo comprendo ahora!... No importa; lucharemos, pues aún no me doy por vencido; lucharemos, y la lucha será más terrible, porque esto, en vez de acobardarme, enciende más y más mi dolor y acrecienta mi sed de venganza.

—Y la mía también, porque aún no se me han olvidado los doscientos azotes.

—Ya sabéis, buen Crispín...

—No hablemos de eso ahora: la deu-

da está pendiente y he de hacerla pagar con intereses crecidos.

—Continuad, continuad.

—Apenas dijo ella que se había equivocado, hablaron y gritaron todos á la vez sin conseguir entenderse, y probablemente Jacobo y David hubiesen lle-

de podía ver la puerta del templo y la vivienda de Jacobo.

—Perfectamente.

—Antes de seis minutos Juan, ya sabéis quién es...

—Sí—dijo el abate—, el criado de confianza de don Martín de Quiñones.



Parece que hayais perdido el juicio... (Pag. 78.)

gado á las manos, si este último, desesperado con tanta contrariedad, no hubiese dicho: «Señor Jacobo, voy por vuestra esposa, y de ella no dudaréis; ella os dirá quien soy;» y echó á correr saliendo de la casa.

—¿Qué hizo entonces Jacobo?

—Creyó que debía aprovechar aquellos instantes para huir con su hija.

—¿Y vos?...

—Salí tras ellos.

—Perfectamente.

—Como no podían correr porque la muchacha está ciega, comprendieron que debían ser alcanzados por sus perseguidores, cualquiera que fuese el camino que tomasen.

—¿Y entonces?...

—Entraron en la iglesia de San Justo.

—Iglesia de historia—murmuró el abate, refiriéndose á los antecedentes de Quiñones.

—Me oculté en un portal desde don-

—Juan, repito y otros criados de don Martín, pasaron corriendo en distintas direcciones.

—Buscaban á los fugitivos.

—Luego llegó don Martín á la calle de la Pasa, entró en la casa, y á poco rato volvió á salir con Simón, quedándose á la puerta mientras hablaban.

—¿Y los otros?

—Volvieron después de media hora, tristes y cabizbajos, hablaron algunas palabras con su señor y se fueron todos.

—¿Pero David?...

—No volvió á parecer por aquellos sitios.

—Es extraño.

—Supongo que habrá ido á buscar á la esposa de Tordesillas.

—A buscarla... ¿Pero dónde está esa mujer, dónde está?

—Ahora lo sabremos, señor.

—Creo que sí.

—Cosa de hora y media estarían en

el templo Jacobo y su hija, y creyendo sin duda que sus perseguidores se habrían cansado ya de buscarlos, salieron.

—No tengo que preguntaros si los seguisteis.

—Los seguí.

—¿A dónde fueron?

—No lo adivináis?

—Lo sospecho y nada más.

—A vuestra casa.

—¿Donde he tenido á la hija de Jacobo?—repuso el abate.

—Sí, señor. Allí los he dejado y he venido, suponiendo que allí permanecerán.

—Muy bien hecho, Crispín, muy bien hecho... Todo será poco para pagar vuestra inteligencia.

—Mi lealtad, señor abate.

—Lealtad que será recompensada como merece.

—Ahora, espero vuestras órdenes.

—Necesito meditar muy despacio.

—¿Volveré más tarde?

—Sí, al anoecer.

—¿Y entre tanto?

—No estará de más que deis una vuelta por los alrededores de la casa consabida.

—Iré á comer, luego allí...

—Y aquí cuando anochezca.

—Que el cielo os ilumine, señor.

—Dios te bendiga, Crispín.

Florentín quedó solo y volvió á pasearse para meditar, según acostumbraba.

CAPITULO XVIII

EL PADRE Y EL HIJO

Dos horas después se encontraba Crispín en las cercanías de la solitaria casa.

Aún estaba Isabel sentada junto á la puerta, y aún el enamorado mozo escondido entre unos matorrales, la contemplaba extasiado.

El cómplice de Florentín, procurando también ocultarse, fijó su mirada en la joven como si quisiese guardar bien en la memoria la fisonomía de ésta, para poder reconocerla fácilmente en caso necesario.

Cinco minutos después sintió que una

mano se ponía sobre su espalda, y volviéndose, encontróse con el galán.

No es posible pintar la sorpresa de Crispín, ni explicar tampoco hasta qué punto se sintió contrariado y disgustado.

Acababa de reconocer á su hijo, á quien como éste aseguraba con mucha razón, odiaba profundamente, por lo que contribuyó con sus declaraciones á que, según el lector recordará, mandase la Inquisición dar doscientos azotes al alguacil.

Sin duda la maldición de Isabel no se había cumplido completamente, había empezado á cumplirse y nada más, y los doscientos azotes no fueron otra cosa que una especie de introducción ó aviso de lo que debía suceder.

El hijo, de cuyos malos instintos hemos hablado ya, odiaba también á su padre, y ambos estaban en perpétua lucha, en constante guerra, y con el mayor placer se hubieran aniquilado.

Entre ellos no había lazos de ninguna clase; los de la naturaleza no tenían ningún valor para contenerlos en los límites que aconsejaba la prudencia.

Casi es innecesario decir que el hijo de Crispín era ya un hombre perdido.

Con su educación descuidada y sus perversas inclinaciones, se había lanzado al mundo entre la peor clase de gente, y principiando por ser vago y jugador, había concluido por entregarse á los vicios y dar algún paso en la resbaladiza senda del crimen.

Ya no había nada que pudiera salvarlo, porque á su edad era demasiado tarde para que los buenos consejos hicieran lo que podían haber hecho en más tierna edad.

La primera mirada que entre ellos se cruzó, fué la que se cruza entre dos enemigos encarnizados.

Después de algunos instantes, Marcelo, que tal era el nombre del hijo, desplegó una sonrisa burlona y dijo con acento irónico:

—Buenos días, mi querido padre.

En el interior del pecho de Crispín resonó un rugido sordo.

—Ya hace cuatro años que no nos vemos—añadió el mozo en la misma entonación burlona—, y vuestra ausencia me tenía con cuidado.

Crispín sintió afluir toda su sangre á su cabeza.

Ya lo conocemos y sabemos que no se dejaba arrebatar fácilmente; pero debemos advertir que su hijo tenía el privilegio de hacerle perder la calma, y por esta razón no debe sorprendernos ver que repentinamente dejaba de ser el hombre astuto, malicioso y precavido que siempre era, para mostrarse torpe y dejarse dominar solamente por sus sentimientos de odio.

—¿Qué haces aquí?—preguntó, mientras en vano intentaba dominarse.

—Lo mismo que vos, padre mío.—respondió Marcelo con la mayor tranquilidad.

—¿Lo mismo que yo!...

—Ni más ni menos.

Crispín pareció aturdido.

¿Por qué?

No había motivo alguno para que perdiese la tranquilidad, ni mucho menos para que la presencia de su hijo le infundiese ninguna clase de sospechas.

¿Qué tenía de particular que su hijo anduviese por allí?

Un hombre que como Marcelo no se ocupa más que en pasear y divertirse, se encuentra en todas partes, y esto no debe sorprendernos.

Pero en pocos instantes brotaron mil contrarias ideas en la mente de Crispín, tantas á la vez, que no acertó á darse cuenta de ninguna.

Desde la maldición de Isabel, y más particularmente desde que había recibido los doscientos azotes, para el esbirro era su hijo una especie de fantasma aterrador, y no lo veía una sola vez sin sentirse poseído de espanto.

—Te he preguntado lo que haces aquí y te mando que me respondas con claridad.

—Con claridad os he respondido, y si no es bastante, me explicaré minuciosamente.

—Sí.

—Os he dicho que me tiene aquí el mismo asunto que á vos; que la casualidad nos ha reunido, de la cual no tengo la culpa; pero ya que ha sucedido así, será para los dos conveniente que hablemos con franqueza y sepamos á qué atenernos.

La turbación de Crispín aumentó considerablemente.

Creyó que su hijo lo había espiado, y que su más importante secreto, que era el de Claudio Florentín, estaba ya conocido por el mozo.

En su concepto no podía ser más crítica ni peligrosa su situación.

Palideció su rostro, contrájose su frente, y su mirada se tornó profundamente sombría.

—Permitidme —dijo Marcelo—, que ahora nos olvidemos de quien somos; en cuestiones de corazón, no hay padres ni hijos, no hay más que hombres.

—¡Desdichado!—dijo Crispín apretando los puños.

—Cuidado, padre mío, no olvidéis que tengo veinticinco años, y sobre todo, que nada os debo, porque he tenido que educarme solo, y no espero heredar de vos ni un solo maravedí.

—¡Y esto escucho!...

—Si no queréis escucharme, os dejaré, porque no es á mí á quien más interesa que entremos en explicaciones.

—¡Y este es mi hijo, es mi hijo!—exclamó Crispín con amargura.

—Así parece—replicó Marcelo encogiéndose de hombros.

—¡Oh!...

—¿Hemos de hablar?

Hizo Crispín un esfuerzo verdaderamente sobrehumano para dominarse, y dijo.

—Habla: sepamos qué es lo que quieres, qué es lo que buscas aquí, y por qué aseguras que nos ocupamos del mismo asunto, y que la cuestión de que se trata es puramente de corazón.

—Ya lo veréis.

—¡Corazón tú!...

—Creí que no lo tenía y que esto era una prueba de lo que los hijos se parecen á sus padres.

—¡Miserable!...

—No os enfadéis, padre mío, nos conocemos perfectamente, y ahora que nadie nos oye no tenemos para qué fingir ni disimular.

—Dios te ha criado para mi castigo...

—Más de una vez me habéis hablado de cierta maldición...

—Calla, calla—interrumpió Crispín, estremeciéndose violentamente.

—¿Queréis que me explique ya?

—Sí.

—No estáis ya en edad de enamorados, ni es posible tampoco que os enamoréis, y por consiguiente presumo que si os ocupáis de alguna mujer, será para servir al señor abate.

—Nada tengo que ver con el abate, á quien ni siquiera veo.

—Ahora me explico por qué hace cuatro días no vais á casa á comer ni á dormir, y habéis desaparecido como si os hubiese tragado la tierra.

—Lo cual no te importa: te he dejado dueño de tus acciones...

—Y vos sois dueño de las vuestras; pero en tanto cuanto no me perjudiquéis.

—Acaba de explicarte.

—Mirad, padre mío—repuso Marcelo, extendiendo un brazo en dirección á la casa.

—¿Qué?

—¿No veis allí una mujer joven y bella como un querubín?

—Sí, veo una mujer... ¿Qué me importa?

—Os importa, porque aquella niña es dueña de mi corazón...

—¡Tú la amas!

—Con locura.

—¡Marcelo!

—Y vos la seguís, la espiáis...

—¡Ah!...

—Quiero saber qué motivos tenéis para ocuparos tan cuidadosamente de esa mujer.

—¡Yo!...

—Sí, vos, que hace más de dos horas veníais siguiéndola, y ahora habéis vuelto y estábais contemplándola. ¿Lo negaréis? Es inútil, porque á mi vez os he seguido.

Crispín se pasó las manos por la frente como si así quisiera desaturdirse.

—Figuraos—añadió Marcelo, cada vez con más calma y más desvergüenza—, figuraos cual sería mi sorpresa al veros tras esa encantadora niña y el sombrío anciano que la acompañaba, cuando después de cuatro días de ausencia empecé á creer que otra vez vuestro protector el señor abate, os había encerrado en los calabozos de la Inquisición.

El mozo tenía razón al decir que eran inútiles las negativas, y así lo comprendió su padre, decidiéndose á entrar en

transacciones y poder término á aquella situación tan enojosa por más de un concepto.

—Tú no puedes amar á esa mujer—dijo después de reflexionar algunos momentos.

—¡Que no puedo amarla!

—No.

—¿Y quién ha de estorbármelo?

—El peligro que te amenaza con solo pensar en ella.

Marcelo soltó una carcajada burlona.

—Mucho os interesáis por mí—replicó.

—No es por tí, sino por mí, puesto que ambos nos perderíamos si te empeñases en amar á esa mujer.

—Todo es posible; pero si he de vencerme, necesito razones, pruebas...

—Es un secreto que no estoy autorizado para revelar.

—Guardadlo, pues, y continuemos cada cual trabajando para lograr nuestro fin.

—Los dos nos perderemos, los dos...

—Por mi parte no puedo estar más perdido de lo que estoy, y además, es preciso que sepáis que amo á esa mujer de tal modo, que para renunciar á ella tendría primero que arrancarme el corazón. Puesto que no queréis entrar en explicaciones francas, hemos concluido. Decid al señor abate, que soy su rival; que me lleve á los calabozos del Santo Oficio para inutilizarme; pero que lo haga pronto, muy pronto, porque antes de que llegue la noche, el secreto será conocido por alguna persona que me venga después.

—Has perdido la razón...

—Los enamorados son locos, y ya os he dicho que estoy enamorado.

—Marcelo...

—Padre mío os haré la última advertencia; después que os fuisteis me he acercado á una de las ventanas de la casa y he escuchado la conversación que han tenido el padre y la hija. No os digo más. Trabajemos, y que Dios ó el Diablo proteja á quien tenga por conveniente.

Y al decir esto el desalmado mozo, dió media vuelta, embozóse y se dispuso á alejarse.

—Espera, espera—gritó Crispín deteniéndolo.

—¿Qué queréis?

- Aún no hemos concluido.
 —¿Estáis dispuesto á hablar con franqueza?
 —Si tu estás dispuesto á ser razonable...
 —Veremos.
 —Escúchame y decide.

CAPITULO XIX

EL RESULTADO QUE DIÓ LA CONFERENCIA DEL PADRE Y DEL HIJO

Como vamos viendo, era tal el aturdimiento de Crispín, que tras una torpeza cometía otra mayor.

Su situación era muy crítica; pero no tenía más recurso que haberse negado á todo y haber vuelto la espalda, dejando á su hijo en la duda..

Entrar en transacciones era perderse.

No había transacción posible en semejante asunto, puesto que Marcelo, como enamorado, no estaba dispuesto á conceder nada, sino que, por el contrario, quería exigirlo todo.

Revelar el secreto de Florentín, era entregar las armas, rendirse á discreción.

Si por el contrario Crispín continuaba guardando secreto, no podía entrar en razonamientos que convenciesen á su hijo.

¿Qué debía suceder entre aquellos dos hombres?

No podía dar buen resultado la conversación.

Hay un refrán que dice: «De tal palo tal astilla», y en ellos se había cumplido exactamente.

A tal padre tal hijo: eran dignos el uno del otro.

Sin embargo, Crispín sufría doblemente, porque á pesar de su odio no podía desentenderse que era padre, y había momentos en que sentía el alma llena de amargura, una amargura sin igual al ver que su hijo era su enemigo más temible.

¿Qué iba á decir el esbirro?

No lo sabía.

Estaba poseído de terror y no pensaba más que en detener á Marcelo, sin sospechar que éste se aprovecharía de la ocasión para hacer valer sus pretensiones.

—¿Qué conducta seguiré?—se preguntó Crispín—. Las amenazas lo irritarán, y con ellas daré lugar tal vez á que se

burle de mí, y la dulzura la tomará por miedo.

No acertó á resolver sus dudas.

Pasaron cinco minutos sin que ninguno de los dos hablasen.

Marcelo, con los brazos cruzados y fijando en su padre una mirada insolente, aguardaba con esa tranquilidad que comunica la seguridad del triunfo.

Su padre, por el contrario,, se movía continuamente.

¡Cuan ajena estaba la pobre niña de que tenía tan cerca dos miserables que la disputaban!

Era preciso concluir.

Por fin el padre rompió el silencio para decir:

—Puesto que hemos de hablar como buenos amigos y con franqueza, empezaré haciéndote una pregunta.

—No es el mejor principio; pero decid.

—¿Qué clase de amor es el tuyo?

—Un amor como todos: esa mujer me gusta y la quiero para mí, la quiero tan de veras, que si ella me lo exigiese, me casaría, lo cual os hará comprender toda la importancia de mi amor, puesto que siempre he creído que casarse es la mayor necedad que comete un hombre.

—Eso significa que amas mucho; pero lo que deseo saber es otra cosa.

—Seguid preguntando y yo iré respondiendo hasta donde pueda ó me venga.

—¿Hace muchos días que conoces á esa mujer?

—¿Y qué os importa?—replicó descaradamente Marcelo.

Crispín disimuló, y haciéndose el desentendido, repuso:

—¿Eres correspondido?

—Tampoco os importa; pero os advertiré que un hombre de mi temple consigue siempre lo que desea con respecto á las mujeres, porque si no le corresponden bien á bien, hace que le correspondan mal á mal.

—Te reconozco en esas palabras.

—Así como yo os reconozco en vuestro proceder.

—Marcelo, tú has sido el primero en proponer que hablemos francamente.

—Y empiezo por hacerlo.

—No, puesto que no contestas con claridad á ninguna de mis preguntas.

—¿Me habéis detenido para interrogar?

me, ó para darme explicaciones? Si lo primero, ya hemos concluído, y si lo segundo dispuesto me tenéis á escucharos.

—¿Pero tú?...

—Yo os diré con toda claridad lo que siento y lo que quiero.

—Sepamos.

—Estoy enamorado de esa mujer.

—Bien.

—No permitiré que sea para otro, y me declaro además su protector: por consiguiente, lo mismo vos que sois mi padre, que el abate con todo su poder, guardaos de tocar á un solo cabello de esa niña, porque me parecería poco para vengarme.

Crispín se estremeció.

—Mi querido padre—añadió Marcelo—; vuestros crímenes no consisten en haber sido alguacil de la Inquisición, sino en otras cosas que no necesito recordaros.

—¿Marcelo!

—Con la misma frescura que declaré en la causa que dió por resultado los doscientos azotes...

—¿Hijo desnaturalizado!...

—Sí, soy un hijo desnaturalizado, y por la misma razón os pondré en manos, no del Santo Oficio, donde tenéis protectores, sino de la justicia ordinaria, que encontrará sobrado motivo para ahorcaros.

Crispín no sabía lo que le sucedía.

Era demasiado cobarde para no temblar al oír aquellas terribles amenazas, que seguramente se cumplirían si llegaba el caso.

—Y en cuanto al abate—dijo Marcelo, aunque se oculte en las entrañas de la tierra, he de atravesarle el corazón, porque más ó menos tarde no faltan ocasiones para dar una puñalada. ¿Queréis más franqueza, más claridad?

—¡Esto es horrible!

—Ahora os haré una advertencia, y por mi parte he concluído. No volváis por aquí, no volváis y aconsejad á Florentín que tampoco envíe á ninguna otra persona.

—Nada tiene que ver el abate en este asunto.

—¿Olvidáis que he escuchado la conversación del viejo y de su hija?

Crispín exhaló un suspiro.

—Pues bien—dijo—, puesto que es forzoso, todo lo sabrás.

—Empezáis á entrar en razón.

—El abate no está enamorado de esa niña, ni le importa nada que otro la ame.

—¿Entonces, con qué objeto los espiais?

—Con el de observar la conducta del anciano.

—No os creo.

—¿Quieres una prueba?

—Sí.

—El mismo Florentín te la dará protegiendo tus amores.

Los papeles se trocaron.

Marcelo miró sorprendido á su padre y no acertó á responder.

Crispín empezó á recobrar la calma y añadió:

—No te asombres, que esto es tan cierto como que vas á ver ahora mismo.

—No me fio de vos—murmuró el joven.

—No puede hacer muchos días que conoces á esa mujer, no la has conocido hasta hoy, no sabes quién es ni como se llama, no sabes otra cosa sino que su belleza te ha cautivado.

—Tal vez.

—¿Quieres noticias tuyas?

—Me tendéis un lazo...

—No.

—Explicaos...

—¿Ves esa niña tan bella, la ves?—repuso Crispín señalando hacia la casa.

—Sí.

—¿Has fijado la atención en sus negros ojos, grandes y rasgados?

—Sí.

—¿No te parece que las miradas de esos ojos deben abrasar el corazón?

—Han abrasado el mío.

—Te equivocas.

—¿Acaso no sé lo que siento?

—No conoces la causa, puesto que crees que las miradas de esa mujer han encendido la hoguera de tu pasión; crees que esas miradas, cuando se dirijan á ti amorosamente, te harían el hombre más feliz del mundo, y sin embargo...

Crispín se interrumpió y desplegó una sonrisa irónica.

—Acabad—dijo Marcelo empezando á perder la calma.

—Esa mujer es ciega.

—¡Ciega!—exclamó el joven, retrocediendo un paso.

—Sí, y debías haberlo adivinado con solo ver la inseguridad con que anda.

Un momento de reflexión bastó á Marcelo para convencerse de que su padre no mentía, porque efectivamente de tan triste verdad era prueba la circunstancia de los inseguros pasos de la desdichada niña.

—¿Sabes cómo se llama?—preguntó Crispín después de algunos momentos.

—No — respondió maquinalmente el joven.

—Su nombre es Isabel.

—Pero...

—¿La amas todavía?

Marcelo llamó como si dudase; pero al fin dijo resueltamente:

—Sí, la amo á pesar de ser ciega, lo mismo que antes y tal vez mucho más.

—Estás loco, estás loco...

—Dejadme con mi locura; pero tened entendido que por lo mismo que esa criatura es tan desgraciada, la defenderé con más ardor.

—¿Quieres ó no quieres que el abate proteja tus amores?

—No quiero la protección del abate.

—¿Quieres la mía?

—Tampoco.

—Acéptala y serás dueño de Isabel.

Marcelo fijó una mirada recelosa en su padre.

No podía creer en la buena fe de éste.

Meditó y concluyó por convencerse de que se le tendía un lazo.

Colocado en este terreno, resolvió no transigir y dijo:

—No olvidéis mis amenazas, que cumpliré con toda exactitud.

—Escucha.

—Nada escucharé.

—Te pierdes...

—Nos perdemos todos.

—¡Oh!...

—Hemos concluído.

—Marcelo...

—Hemos concluído, hemos concluído—volvió á decir el joven.

Y con muestras de profunda agitación, alejóse rápidamente.

Crispín quedó inmóvil.

—¡Oh!—murmuró después de algunos minutos—. La verdad es que estoy aturdido, completamente aturdido... No sé si he hecho bien ó mal... ¿Diré al aba-

te lo que me ha sucedido?... No me atrevo y sin embargo... No sé, no sé.

Miró á su alrededor sin ver á su hijo.

Luego, creyendo que su presencia allí era completamente inútil en aquellos momentos, se alejó también sin haberse decidido á nada.

CAPÍTULO XX

EL ESBIRRO EMPIEZA Á TRANQUILIZARSE

Después de anochecido se presentó Crispín al abate.

Este, después de meditar muy detenidamente, había adoptado una resolución que debía evitar en adelante nuevos conflictos.

Una coincidencia que nadie debía esperar, había hecho saber á Jacobo que aquella niña encontrada casualmente era su hija, y podía suceder que otra coincidencia descubriese al criminal.

Era, pues, preciso, acabar de una vez, y para esto el mejor sistema era el que ya sabemos ponía siempre en práctica el padre de Florentín.

La sentencia de muerte de Jacobo y su hija podemos considerarla pronunciada.

Cuando dejasen de existir estos infelices, todos ó casi todos los peligros que amenazaban al abate habrían desaparecido.

No quedaría más que David, y con éste, más ó menos tarde, podría hacerse lo mismo que con los otros.

¿Quién declararía entonces para probar los crímenes de Claudio?

Este, libre de sus principales enemigos y con la protección de Raúl de Lancaster, podría seguir triunfante su camino y ver algún día satisfecha por completo su ambición.

Crispín no se encontraba en el mismo caso, es decir, á nada absolutamente, se había decidido, y por consiguiente, presentóse vacilante y no sin dar muestras inequívocas de alguna turbación, que no pasó desapercibida por la perspicacia de Claudio Florentín.

—Buenas noches—dijo éste, contestando al saludo del esbirro y mirándole fijamente.

—Aquí me tenéis, señor, esperando vuestras órdenes.

—¿Hay alguna novedad?

—Ninguna—respondió Crispín con inseguro tono.

—Me alegro.

—¿Ya habéis determinado algo?

—Sí.

—Escucho, señor.

—¿Podéis contar con dos, tres ó cuatro hombres decididos y de completa confianza?

—Sí.

—Pues voy á deciros en pocas palabras lo que he determinado.

Crispín, sin saber por qué, se estremeció.

—Es preciso—añadió el abate—que inmediatamente mueran Jacobo y su hija.

—¿Que mueran!...

—Para eso necesitamos los hombres de que os he hablado antes.

El esbirro no acertó á responder.

Abrió desmesuradamente los ojos, y fijó en el abate una mirada de terror profundo.

La causa de semejante terror no era posible que la adivinase Florentín.

Nosotros la conocemos ya.

Hubo algunos instantes de silencio.

—¿No me habéis entendido?—preguntó al fin el abate.

—Sí.

—Como no me respondéis...

—Estaba pensando...

—Entiendo—repuso Florentín con alguna ironía—: estabais pensando en el modo de llevar á cabo la empresa.

—No.

—¿Qué os sucede esta noche, señor Crispín? Diríase que estais aturdido ó que os preocupa alguna idea muy desagradable.

—Meditaba, señor, meditaba...

—¿Queréis acabar de explicaros?

—Lo haré como mejor pueda—repuso el esbirro, esforzándose para recobrar la calma.

—Ya os escucho.

—Me parece, señor—dijo Crispín—, muy peligroso asesinar á esas gentes.

—Peligroso es todo lo que hemos hecho; pero debéis reconocer que debiéramos haber empezado por donde concluimos y así nos evitaríamos encontrarnos en este apuro. Tan interesado estáis vos como yo, ya lo sabéis, y así como el padre y la hija se han encontrado y se han

reconocido, pueden suceder otras cosas más desagradables.

—Sí, sí—murmuró Crispín sin saber lo que decía.

—Si nuestra intriga se pusiera en claro...

—¡Oh!...

—Yo dejaría de ser inquisidor y me desterrarían; pero no me sucedería nada más, porque cuento con influencias muy poderosas que me defiendan.

—Es verdad.

—Pero á vos—repuso Claudio Florentín—, probablemente se os quemaría vivo.

—Ya lo sé—respondió el esbirro, por cuyo pálido rostro empezaba á correr en abundancia el sudor.

—Una vez que Jacobo y su hija dejen de existir...

—Nos quedará David, ese maldecido David á quien creíamos en el otro mundo y que ahora resucita más temible que nunca.

—Con él haremos lo mismo.

—Asesinar á tres personas...

—Es mucho más difícil que matar á una, ya lo sé; pero debéis pensar que más de tres asesinatos se proyectarán en este momento en Madrid y se consumarán sin que se descubra á sus autores.

—También es verdad.

—Nunca os he visto vacilar como ahora... ¿Qué os sucede? Explicáos, si no queréis hacerme sospechar que sois un traidor como David.

—¡Yo traidor!

—Sí—repuso con firmeza el abate.

—Basta, señor, basta... Puesto que es preciso, todo lo sabréis... ¡Ah!... Creo que acabará de cumplirse la maldición de la esposa de Jacobo.

—¿Ahora os acordais de eso?

—¿Ahora os acordáis de eso?

—Si la maldición había de cumplirse, ya se cumplió.

—¡Ay!—exclamó Crispín, exhalando un profundo suspiro—. Los doscientos azotes no fueron, sin duda, más que un aviso del cielo.

Florentín soltó una carcajada burlona.

—Si el cielo avisa de ese modo—dijo—, os aseguro...

—Señor, señor...

—Habéis perdido el juicio.

—¡Ojalá estuviese loco!

—¿Queréis ó no acabar de explicaros?

—Mi hijo, siempre mi hijo...
 —¿Qué decís?
 —Mi hijo, que será mi perdición...
 —Pero...
 —Encontró á Jacobo y á su hija cuando huían, los siguió, observando que yo los seguía también...

nuevo enemigo que se presentaba y que era quizá más temible que ninguno.

Muchos planes trazó en pocos minutos; pero á todos les encontró graves inconvenientes.

El esbirro aguardaba con afán y con miedo, pareciéndole imposible que se en-



¡Olvidáis que he escuchado la conversación del viejo y de su hija. (Pág. 92.)

—¡Ah!
 —Y se ha enamorado perdidamente de la muchacha!

El abate miró con profunda sorpresa á Crispín y sin acertar apenas á comprender lo que oía.

—Vuestro hijo...

—Sí.

—Decís que se ha enamorado de la hija de Jacobo...

—Y se ha declarado su defensor, y me amenaza, y desafía vuestro poder, porque ha escuchado lo que el padre y la hija hablaban...

—Callad, que ya todo lo comprendo.

Crispín inclinó tristemente la cabeza y quedó inmóvil y silencioso.

Florentín empezó á pasear y á reflexionar.

—No necesitaba más explicaciones.

Comprendía perfectamente la situación y daba toda la importancia que debía al

contrase una buena solución sin atentar contra la vida de su hijo, porque esto, á pesar de su odio, le horrorizaba.

Por fin Claudio se detuvo.

Su frente, que se había contraído, se despejó.

Su mirada volvió á ser dulce y tranquila, y aun se entreabrieron sus delgados labios para sonreír.

—Bien—dijo—: esto es una cosa muy natural, y á nadie debe sorprender que un hombre se enamore de una mujer joven y bonita, tan bonita como la hija de Jacobo.

—No, no es sorprendente—murmuró Crispín.

—Una vez enamorado, es natural que quiera defenderla, y si os amenaza á pesar de que sois su padre, si desafía mi poder, es porque el amor da alientos para todo.

El esbirro miraba atónito al abate.

—No—añadió éste—, no me atrevo á luchar con un enamorado. ¡Dios me libre! El amor hace prodigios y de seguro quedaríamos derrotados.

—Pero, señor...

—Crispín, el asunto es muy delicado y es preciso que seamos prudentes.

—¿Qué hemos de hacer?

—Nada, absolutamente nada.

—¡Nada!...

—El amor no depende de la voluntad, y por consiguiente, vuestro hijo seguirá amando á esa niña sin que de nada sirvan amenazas ni consejos.

—Soy de vuestra misma opinión.

—Dejémosle amar, y si ella le corresponde, que sean felices.

—¿Nada teméis de esas relaciones?

—Nada temo, porque los enamorados no se ocupan más que de su amor, y estoy seguro de que á vos y á mi nos dejarán tranquilos con tal de que no intentemos separarlos. El medio más seguro de inutilizar á un enemigo es hacerle caer en las redes del amor.

—Pero bueno será seguir observando...

—Eso sí, aunque no sea más que para saber si los fugitivos cambian de morada.

—Y averiguar también si Marcelo consigue ser correspondido.

—Bien pensado, aunque eso no exige una observación constante, y aun quizá no sea menester ninguna, porque vuestro hijo, lo mismo que os ha participado su amor, os dirá si es correspondido cuando se convenza de que nada tiene que temer de nosotros.

—Sin embargo, no me fío.

—No es decir que tengais completa confianza en un hombre como Marcelo, sino que no es menester ocuparse de este asunto á todas horas. Lo que deseo es que ella corresponda á ese amor, en cuyo caso, repito, que podemos dormir tranquilamente.

Crispín empezó á recobrar la calma.

—Anticipándome á vuestros deseos, ó más bien adivinando vuestras intenciones, ofrecí á mi hijo hacer de modo que vos protegiérais sus amores, si es que necesitaba protección.

—Perfectamente.

—Y ahora no le sorprenderá que renunciemos á ocuparnos de esa familia. Os advierto que desconfía de todo, y me dijo que trabajásemos cada cual por nuestra

cuenta, y que se resignara el que fuese vencido.

—No importa que desconfíe: verá que no trabajamos y concluirá su desconfianza.

—¿Qué he de hacer, pues, ahora?

—Vigilar á David, que es quien nos interesa.

—No lo perderé de vista.

—Sobre todo es preciso saber si visita á don Raúl de Lancaste, ó si solamente sostiene relaciones con don Martín.

—No dará un solo paso sin que llegue á vuestra noticia.

—Idos á descansar, que bien lo necesitais, y venid cuando tengais que decirme algo de importancia.

Crispín, sin haberse desaturdido por completo, salió.

Cuando quedó solo Florentín, sonrió diabólicamente, y dijo:

—La misma suerte sufrirá tu hijo que los demás, aunque con ese atrevido manco es menester obrar con tal disimulo que no pueda sospecharse que he deseado siquiera su muerte.

Algún plan digno de su alma tenebrosa había trazado ya.

No tardaremos en conocerlo.

CAPITULO XXI

EL PLAN DEL ABATE

Aquella misma noche Florentín salió de su casa, encaminándose á la hostería del *Invencible caballero*, mientras decía para sí:

—Ya no necesito al hidalgo, porque estoy directamente en las mejores relaciones con Lancaste, y por consiguiente, su vida no me interesa.

Así era verdad: el abate no se había fiado completamente del señor Antolín, y había hecho averiguaciones, llegando á saber que en la corte se hacían comentarios sobre la frialdad de relaciones entre Lancaste y su amigo y cuñado don Martín, asegurándose que las esposas de ambos debían ser la causa de este grave suceso, porque en palacio se las había visto cruzar miradas inequívocas de mútuo desagrado, y aun desplegar esas sonrisas con que las mujeres suelen expresar su odio mejor que con palabras.

Seguro de que no era engañado, aceptó

Florentín la poderosísima protección que se le ofrecía, y según el giro de las intrigas palaciegas, no debía tardar mucho tiempo en empezar á ver satisfecha su ambición.

El señor Antolín no había sido más que un intermediario, y ya no eran necesarios sus servicios, puesto que Raúl de Lancaster se entendía muy bien y directamente con el inquisidor.

Explicado todo esto para que se comprenda bien lo que á su tiempo hemos de referir, diremos que el astuto abate llegó á la hostería, y ¡cosa rara! encontró cenando al señor Antolín de Santoyo.

—¡Oh!—exclamó éste al ver á su cómplice—, llegáis á buena hora para ayudarme á concluir con esta tortilla y lo que después venga, que probablemente serán perdices, y algún trozo de carne de vaca gallega.

—Gracias, caballero, no vengo á cenar, sino á que hablemos de un asunto que tal vez hayáis olvidado.

—Pues explicáos mientras como, que os escucharé con toda la atención que vuestras palabras merecen.

Sentóse Florentín.

El hidalgo siguió comiendo y se dispuso á escuchar.

—¿Os acordáis de cierta joven encantadora y dueña de un dote?...

—Eso no se olvida, señor abate.

—Entonces arderá todavía en vuestro pecho la pasión que antes lo devoraba y os daba alientos para llevar á cabo toda clase de empresas, con tal de llegar á ser dueño de la hermosa niña.

—Aún arde, aún arde... Por supuesto, que arde si el dote alimenta la llama. Y no extrañaréis, mi buen amigo, que esto os advierta, porque mi bolsillo anda mal.

—La advertencia es inútil, caballero, porque ya sé que no puede haber fuego sin combustible.

—Perfectamente.

—Ahora no se trata precisamente de que os apoderéis de la joven, sino sólo de que la améis.

—Querréis decir aparentar amor.

—Es enteramente igual si los que os observen llegan á creer que vuestra pasión es verdadera.

—Para fingir amor me pinto solo, y de mi habilidad di una prueba cuando galanteaba á la que llegó á ser mi esposa, á

la sublime Angélica Barboñ, que en el cielo esté, y allí me espere muchos años sin cumplir su deseo de que nuestras almas, unidas en la eternidad, se arrullen como dos tórtolas espirituales.

Florentín sonreía.

—¡Oh!—prosiguió diciendo el señor Antolín, mientras llenaba su vaso—, perdona Angélica mía; pero será conveniente que se prolongue tu viudez en el otro mundo, porque así me abrazarás con más deseo, aunque estoy seguro de que no se reunirán nuestras almas como no abandones el paraíso y vayas á buscarme en el infierno. Si hubieseis presenciado aquellas escenas de amor, hubieseis visto, señor abate, hasta dónde llegan los transportes de un alma sublime. ¡Pobre Angélica! Expiró al darme un beso y estrecharme en sus brazos... ¡Vive Dios! No faltó mucho para que me estrangulase. Aún no he olvidado aquel día. ¡Y qué gesto puso el padre Léotardo!...

—Dejad los recuerdos por ahora—interrumpió Florentín.

—Sí, ocupémonos de lo presente, que es lo que nos interesa, si bien me parece justo dedicar de vez en cuando algunas palabras en elogio de aquella sublime mujer.

—Creo que ya os dije quién era la joven en cuestión.

—Sí, una que vive en compañía del miserable que me echó por la ventana.

—Su hija.

—¡Su hija!...

—Aunque no sea más que por vengaros...

—Daré al padre una estocada...

—Si tenéis ocasión para ello, no estará de más—dijo Florentín, haciendo un gesto de indiferencia.

—La ocasión la buscaré.

—Y si la encontráis y sabéis aprovecharla, el dote será mayor.

—Señor abate, no he visto un hombre tan elocuente como vos; tenéis el don de la palabra, el don de convencer.

—No será fácil que se os presente esa ocasión; pero no por eso dejaréis de tener otras en que dar pruebas de vuestro valor y de vuestra rara habilidad en manejar el acero.

—Explicáos más claramente.

—Temó que con la joven en cuestión os suceda lo que con vuestra esposa.

—¿Me nombrará su heredero?

—No se trata de eso, señor Antolín.

—Entonces...

—Quiero decir que encontraréis un rival.

—¡Oh!...

—Pero un rival ciegamente enamorado y que antes consentiría morir que ceder el puesto.

—Bien, eso me gusta: habrá cuchilladas...

—Y si no andáis listo, puñaladas también.

—¡Señor abate!...

—Lo que estáis oyendo.

—Eso de puñaladas huele á villanos...

—No os he dicho que el rival sea noble.

—Un asesino...

—Muy poco menos.

—¿Pero es valiente?

—Eso sí.

—Pues bien, un hombre valiente no se niega en ningún caso á sacar la espada cuando se le provoca ó se le disputa el objeto de su amor.

Florentín quedó pensativo.

—El hidalgo se ocupó en comer.

Pasaron algunos minutos.

—Escuchadme—dijo el primero.

—No hago otra cosa.

—Supongo que no necesitáis muchas explicaciones para comprender la situación en cuanto se refiere á Jacobo de Tordesillas.

—No necesito ningunas.

—Os falta saber una cosa.

—Decid.

—El hombre que está enamorado de la hija de Jacobo conoce ciertos secretos, que importa guardar; es un miserable capaz de todo, y necesito que desaparezca.

—Entendido.

—Es hijo de uno que fué alguacil de la Inquisición—repuso Florentín.

—Buena sangre corre por sus venas—replicó irónicamente el hidalgo.

—El padre me ha prestado grandes servicios, y está dispuesto á prestarme más; pero sucede que el hijo es el mayor enemigo del padre, y éste, por cariño ó por conciencia, apenas tiene valor ni aun para defenderse.

—No hay enemigo más temible que un hijo, porque, como dice el refrán, la peor cuña es la de la misma madera.

—Exactamente.

—Todo está comprendido, señor abate, y no necesito más que algunos antecedentes sobre ese mozo, á quien ya aborrezco como rival.

Florentín dió las explicaciones que se le pedían, añadiendo las que eran menester sobre la nueva vivienda de Jacobo de Tordesillas, concluyendo por decir:

—Mañana mismo empezareis á representar vuestro papel de enamorado.

—Apenas almuerce, porque nada se hace con acierto cuando está el estómago vacío, iré á rondar la casa donde mora el objeto de mi amor, y mi primera mirada, que será una mirada de fuego...

—No olvidéis que la joven está ciega.

—Es verdad, y eso me quita uno de los más poderosos medios de seducción, que son los ojos.

—Poco importa que la niña os ame ó no, lo que interesa es que el rival desaparezca pronto.

—Desaparecerá, ¡voto al infierno! Mucho más que él valía el noble caballero Enrique de Marbút y lo ensarté en las primeras de cambio.

El abate se puso en pie.

No tenía más que decir, y se despidió y salió para ocuparse de otras intrigas.

El señor Antolín, que había concluido de cenar, bebió el último vaso de vino, apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos, y se entregó á profundas meditaciones.

No pronunció en largo rato una sola palabra, y por consiguiente, ignoramos cuáles eran sus pensamientos.

Levantóse, ciñó su larga espada, tomó su capa y su sombrero, y salió.

Pocos minutos después se encontraba en la calle de la Almudena.

Allí entró en una casa de apariencia suntuosa.

Era la morada del caballero Raúl de Lancaste.

Cerca de una hora tardó el hidalgo en salir.

¿Qué significaba semejante visita después de haber hablado con el abate de un asunto de tanta importancia?

No lo sabemos, y lo único que podemos decir es que mientras se encaminaba hacia Santa María, murmuraba:

—¡Ira de Satanás!... Ese maldito papel... Tengo esperanza de verlo hecho pe-

dazos, aunque es astuto el condenado abate... ¡Vive Dios!... En fin, siga la broma... Tengo ya la bolsa repleta y en cuanto hable con ese otro bribón, iré á mis amigos, jugaremos y beberemos, y así olvidaré lo que me desagrade.

Antes de llegar á Santa María, volvió á la derecha, entrando en la calle del Factor.

No habrán olvidado nuestros lectores una casa donde cierta noche vimos entrar á Martín y cambiar unos papeles con el hidalgo jesuita.

A la puerta de aquella casa llamó el señor Antolín.

Abrieron á los pocos segundos, y entró. La puerta volvió á cerrarse.

Otra vez preguntará el lector qué significaba todo esto, y otra vez tenemos el sentimiento de decir que lo ignoramos y que hay que tener paciencia hasta mejor ocasión.

CAPÍTULO XXII

CRISPÍN VUELVE Á PERDER LA TRANQUILIDAD

Crispín se había tranquilizado después de hablar con el abate; pero su tranquilidad no duró mucho tiempo.

A pesar de su depravación, era padre, y lo que pasa en el corazón de un padre, sin serlo no puede comprenderse fácilmente.

Lo que había sucedido con su hijo no debía sorprenderle; y sin embargo, á medida que reflexionaba sentía más y más su alma llena de amargura.

Dos horas después de haberse separado del abate, Crispín sufría horriblemente.

Por más esfuerzos que hacía le era imposible separar de su memoria el recuerdo, para él espantoso, de la maldición de Isabel, y con frecuencia repetía las terribles palabras que ésta había pronunciado cuando vió que le arrebataban á su hijo.

Solo, en su pobre vivienda, el esbirro se entregó á sus desconsoladores pensamientos, y quiso entrar en reflexiones sobre su situación, porque le ocurrió la idea de que en aquellas intrigas representaba un triste papel, arriesgaba mucho y debía ganar muy poco ó nada.

Colocada la cuestión en este terreno, el

juego no era nada ventajoso, como no lo es ninguno donde hay muchas probabilidades de perder y ninguna ó muy pocas de ganar.

—¿Por qué sirvo al abate?—se preguntó el esbirro.

Y luego se respondió:

—Casi no puedo decirlo. En otro tiempo tenía que obedecer sus órdenes, y prescindiendo de esa clase de servicios, la protección de ese hombre me hubiera sido muy útil para alcanzar un buen empleo ó acrecentar mis ahorros; pero la situación no es la misma, y mi conducta debe cambiar. Yo tenía deseos de vengarme de los que han sido causa de mi perdición, y esta venganza no he podido verla satisfecha. ¿Qué espero, pues?

No se equivocaba Crispín; nada tenía que esperar como no fuese alguna cantidad mezquina que recibiese en pago de sus servicios.

Odiaba á Simón, porque éste lo había calumniado, siendo la primera causa que llegó á producir los inolvidables azotes.

Pero Florentín le había dicho:

—Por ahora no podemos tocar á un solo cabello de Simón, porque si le sucediese una desgracia cualquiera, á nadie se acusaría más que á mí.

Esta especie de inviolabilidad del gigante hacía imposible la venganza de Crispín.

En fuerza de reflexionar, acabó éste por decirse:

—La verdad es que Simón estaba en su derecho de hacer cuanto es imaginable para salir de su calabozo, y si me acusó fué justo pago á mi proceder, puesto que yo lo había engañado. No es suya la culpa, sino del abate, que cuando se convenció de mi inocencia no hizo todo lo que pudo para que se me absolviese. Veamos lo que me ha producido mi leal proceder con Florentín, porque es conveniente ajustar bien esta cuenta. Primeramente doscientos azotes y la pérdida de mi empleo, y después la deshonra y el hambre.

Crispín sonrió con amargura al hacer esta reflexión.

—No entiendo—añadió—, todo lo que pasa, porque nada se me ha dicho de la parte que en este asunto tiene don Martín de Quiñones; me manda hacer una cosa y no se me dice el por qué se hace: pero

no hay duda que don Martín tiene grandísimo interés en todo esto y que protege á la esposa de Jacobo como á una hermana. Supongámos que yo en lugar de ser fiel al abate, hubiera hecho lo que David, yendo á ponerme á las órdenes del poderoso don Martín de Quiñones... ¡Ah!—exclamó Crispín exhalando un suspiro—. Yo estaría como David está, hecho un señor y sin que nada me inquietase, y además tendría la satisfacción de haber hecho una buena obra, me habría tal vez reconciliado con la esposa de Tordesillas, y nada tendría que temer de mi hijo.

El esbirro inclinó tristemente la cabeza y guardó silencio.

Al cabo de un cuarto de hora volvió á suspirar.

—¡Mi hijo!—exclamó—. ¡Qué triste, qué triste es verse odiado por la misma criatura á quien uno ha dado el ser!... Sí, yo le di el ser, yo le acaricié en su tierna infancia y lo crié á costa de mil sacrificios; yo lo contemplaba lleno de gozo, de un gozo que no puedo explicar, y en él fundaba mis esperanzas todas. Aún recuerdo aquella época en que mi pobre mujer y yo nos disputábamos las caricias de nuestro hijo...

La voz se ahogó en la garganta de Crispín.

Esto no debe sorprender, porque en aquellos momentos no era el miserable á quien hemos conocido, sino al padre, cuyo corazón no hemos podido ver aún.

—¡Pobre Catalina!—murmuró después de algunos momentos, y mientras se humedecían sus ojos—. Si no hubieras muerto, otra sería mi suerte, porque tus consejos me habrían detenido en la senda fatal donde me lancé, y habrías despertado los nobles sentimientos de nuestro hijo, le habrías enseñado á amarme y habrías hecho de él un hombre honrado... ¡Catalina, Catalina!... Una madre me ha maldecido... Tú también desde el cielo apartas quizás la mirada de tu desdichado esposo.

Al fin rodaron dos lágrimas por las mejillas de Crispín.

—He sido malo... ¿Qué he conseguido?... Nada... Cada vez he sufrido más, y ahora me amenaza una desgracia horrible... ¿Debo ser bueno?

Tal vez había despertado la conciencia de Crispín, y esto había sucedido porque

temía que se cumpliese en todas sus partes la maldición de Isabel.

Más de tres horas pasó el desdichado presa de la más espantosa agitación.

Con pasos desiguales recorría el aposento en todas direcciones, y muchas veces decía:

—¿Por qué el abate se aviene á que Marceló ame á la hija de Jacobo? Algo medita, algún terrible golpe prepara contra mi hijo... Sí, sí, conozco á ese hombre... ¡Oh!... Temo por la vida de mi hijo y... No, eso no, porque es mi hijo al fin, es mi carne, es mi creación... No consentiré que mi hijo sea una de las víctimas de Florentín.

Agotáronse sus fuerzas, y se dejó caer en una silla.

—Se me abrasa la cabeza—murmuró.

Y quedó inmóvil y silencioso.

Pasó largo rato.

—No vuelve Marcelo—dijo—, y ya es tarde... Voy á descansar y cuando venga le hablaré.

Crispín se dejó caer en el lecho. No tenía esperanza de dormir; pero á los pocos minutos se cerraron sus ojos y quedó como aletargado.

No era semejante estado el de un sueño reparador, porque bien pronto la más horrible pesadilla agitó su espíritu violentamente.

Vióse perseguido y públicamente acusado por su hijo; vióse en un negro calabozo, de donde lo sacaban para llevarlo á la hoguera, cuyas llamaradas esparcían siniestros resplandores en un horizonte negro. Y donde quiera que ponía los pies, se le hundían en charcos de sangre.

Luego el infeliz, porque infeliz era en aquellos momentos, imploraba la misericordia divina, y al levantar al cielo los ojos veía el espíritu de su esposa que le decía: «Estás condenado y no hay perdón para ti.»

Las llamas de la hoguera le envolvieron al fin, y al revolverse en las convulsiones de la agonía, vió á su hijo que lo contemplaba con la más fría indiferencia.

Exhaló un grito desgarrador, y como impulsado por un resorte, sentóse en la cama.

Sus ojos se abrieron como si fuesen á saltar de sus órbitas.

Su mirada, que expresaba el más pro-

fundo terror, fijóse en un bulto que había cerca del lecho.

El infeliz quedó inmóvil como si se hubiese petrificado.

A sus oídos, como un ruido lejano y confuso, llegaron estas palabras:

—Buenas noches.

Las pronunció Marcelo, que acababa de entrar.

CAPÍTULO XXIII

OTRA ESCENA ENTRE EL PADRE Y EL HIJO

Marcelo miraba sorprendido á su padre, acabando por pensar que éste se había puesto malo, lo cual no le importaba mucho, ó más bien nada le importaba.

Sin embargo, se acercó más á la cama y dijo fríamente:

—¿Qué os sucede?

Crispín no respondió.

Continuaba mirando á su hijo como se mira á un fantasma.

Marcelo se encogió de hombros y añadió:

—Cuando entré gritábais como si soñáreis, y...

—Sí—murmuró, al fin, el esbirro con voz sorda—. Soñaba... ¡Oh!... Mi sueño era un aviso de la Providencia... ¡Dios mío!... Acércate, Marcelo, acércate, hijo mío, y escúchame...

—¿Vais á decirme lo que habéis soñado?

—Tenemos que hablar.

—Hablemos, aunque la hora no es la más á propósito para ocuparse de ningún asunto, sino para dormir y descansar.

—No importa.

—Muy despacio hablamos ya esta mañana, y supongo que de aquel asunto no tenemos para qué ocuparnos.

—Espera, te lo suplico, espera que me desaturda, porque no sé lo que me sucede.

Marcelo se sentó y cruzó los brazos, haciendo un gesto de resignación.

Crispín bajó de la cama, se restregó los ojos, se pasó las manos por la frente, abrasada por la calentura, y se sentó también frente á su hijo.

Transcurrieron algunos minutos sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra.

El padre rompió el silencio para decir:

—He visto al abate.

—Ya lo suponía—respondió el joven con su espantosa indiferencia.

—Hemos hablado de ti.

—Lo supongo también.

—Pero no puedes suponer el resultado de la conversación.

—Sea cual fuere, nada me importa, porque ya os dije que amo á Isabel y la amaré á despecho de todo el mundo.

—Hijo mío, lo que sucede es muy grave.

—Ya lo sé.

—He reflexionado...

—Yo también.

—Y aquí me tienes convertido en otro hombre, aquí tienes á tu padre, porque ahora soy tu padre que te ama, y no el enemigo que te aborrece.

—Pues yo también me he convertido en otro, puesto que ahora me siento capaz hasta de ser honrado si así me lo exige la mujer á quien adoro; pero en cuanto á vos, no puedo deciros lo que vos me decís, porque sigo creyendo que sois mi enemigo y que seréis la causa de todo lo malo que me suceda.

—¡Marcelo!...

—Dejáos de exclamaciones.

—¡Me destrozas el corazón!

—¡Corazón!—murmuró el joven sonriendo irónicamente.

—Ahora soy tu padre, ya te lo he dicho. Tu padre que te ama...

—Bien, me alegro; pero con vuestro cariño paternal no arreglamos este asunto.

—Sí, con mi cariño se arreglará todo y tú te salvarás de una muerte cierta.

—¿Habéis de salvarme vos?

—¿Lo dudas?

—No lo creo.

—¡Dios mío, no me comprendéis! ¿Cuánto sufro!

—Padre mío, es muy tarde, estoy cansado, y...

—No podemos dejar esta conversación para mañana.

—Prosigamos; pero sed breve.

—Voy á darte una prueba de mi cariño, de que tu felicidad es para mí antes que todo, antes que mi vida.

—Veamos en qué consiste esa prueba.

—Consiste en darte á conocer la situación en que nos encontramos todos y el plan de conducta que pienso seguir para que te libres de las iras del abate y consigas lo que anhela tu amor.

—Supongo que el señor abate, siguiendo su costumbre, habrá determinado acabar conmigo.

—Todo lo contrario, porque opina que te se deje amar y no te se incomode.

—¿Y qué deducís de esa noble determinación?

—Me espanta, porque es imposible que Florentín renuncie á sus proyectos, es imposible que deje vivir á los que con algunas palabras pueden aniquilarlo.

—Entonces...

—Estoy trastornado y no sé si te he dicho que el padre de esa joven es Jacobo de Tordesillas, á quien persiguió el Santo Oficio hace doce años, obligándole á huir y dejar abandonada su familia.

—Y sin embargo, será inocente.

—Sí.

—Una hazaña del abate, vuestro protector.

—La esposa fué encerrada en los calabozos de la Inquisición, y su hija...

—Sí, fué también encerrada por Florentín.

—No te equivocas.

—¿Y la madre?

—Salió de su calabozo con la ayuda de un criado que el abate tenía, y al cual hemos creído muerto hasta esta mañana.

—Buena historia.

—No sé por qué motivo don Martín de Quiñones se declaró protector de esa familia.

—¡Oh!... ¡Don Martín!...

—Y consiguió que la causa pasase á la suprema y se absolviese á los acusados, cuya circunstancia ignora el pobre Jacobo.

—Por eso se oculta, por eso habla de sus perseguidores.

—Una casualidad lo ha reunido con su hija, precisamente cuando la infeliz quedó ciega al ver la luz del sol después de doce años de vivir en la obscuridad.

La frente de Marcelo se contrajo.

Sus ojos relumbraron como dos centellas.

—¡Yo la vengaré—dijo—, yo la vengaré!... ¡Oh!... ¿Y aún aspiráis á que yo os ame, cuando sois uno de los autores de esa horrible desgracia?

—Sí, lo confieso; yo me apoderé de esa niña, engañando á su madre.

—Noble acción.

—Y la madre me maldijo—repuso Cris-

pín estremeciéndose—; me maldijo pidiendo á Dios que tú fueses la causa de mi perdición, el instrumento de mi castigo, destrozando así mi corazón de padre.

—Dicen que la maldición de una madre...

—Se cumple, ya lo ves... ¡Ah!...

Marcelo reflexionó.

—De modo—dijo luego—, que el esposo busca á la esposa...

—Ignorando si ella vive.

—Y ella busca á su esposo y á su hija...

—Eso es.

—Y don Martín de Quiñones...

—Don Martín es el protector de todos ellos, ya te lo he dicho.

—Bien, proseguid.

—Estoy arrepentido de mi proceder.

—Nunca es tarde.

—Mi plan consiste en presentarme á don Martín y revelárselo todo.

—Y así volverá á reunirse la familia...

—Y yo exigiré como recompensa, que esa pobre niña sea tu esposa.

—El plan es bello; pero nada más que bello.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que una mujer hija de padres honrados y protegida por un personaje como Quiñones, no puede ser esposa de un perdido como yo, y, por consiguiente, el resultado de vuestro plan sería el peor para mí.

—Te equivocas.

—Convencedme.

—Antes de revelar el secreto, exigiré la promesa de que la joven ha de casarse contigo.

—Y en vez de haceros esa promesa, os echarán mano, os entregarán á la justicia, os pondrán en el tormento y os harán declarar, mal que os pese, pues para esto y mucho más le sobra poder á don Martín.

Crispín quedó pensativo.

La observación de Marcelo no podía ser más acertada.

Sin embargo, no le hizo esto vacilar en su propósito del mal camino y de remediar los males que había hecho.

Lo que sí quería á toda costa era conjurar los peligros que á su hijo le amenazaban y hacerle dichoso con el amor de Isabel.

A pesar de su trastorno, empeñóse en

trazar nuevo plan que diese el resultado que deseaba.

Empero por más que caviló no encontró medio de salvar el inconveniente de que había hablado su hijo.

Este meditó también porque estaba dispuesto á aceptarlo todo con tal de conseguir ser dueño del amor de la joven.

Nada consiguió tampoco.

Todos los planes presentaban el mismo inconveniente, es decir, darían por resultado la felicidad de aquella familia desdichada; pero Isabel sería para otro.

—Hijo mío—dijo Crispín después de algunos minutos—, estás dotado de mucho ingenio, y tu amor y la necesidad deben hacerte más ingenioso.

—No lo dudo.

—Piensa, busca trazas.

—Ya he pensado.

—Ayúdame, que quiero que seas dichoso, porque estoy seguro de que entonces me amarás.

—Padre mío, vuestro intento es vano. Yo deseo que Isabel sea feliz, puesto que la adoro; pero no quiero que esa felicidad me cueste perderla para siempre, me cueste el sufrimiento insoportable de verla en brazos de otro hombre.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Dejadme, porque en fuerza de constancia yo conseguiré que corresponda á mi ternura.

—¿Y luego?

—Sabré también conquistar el cariño de su padre, le prometeré lo que tanto anhela, y siquiera por gratitud, él también me prometerá la mano de su hija, y entonces, con pronunciar el nombre de don Martín, todo habrá concluido.

—¿Y cómo has de hacer para que esa pobre niña te corresponda?

—No lo sé.

—Pasarás los días y los meses contemplándola como has hecho esta mañana,

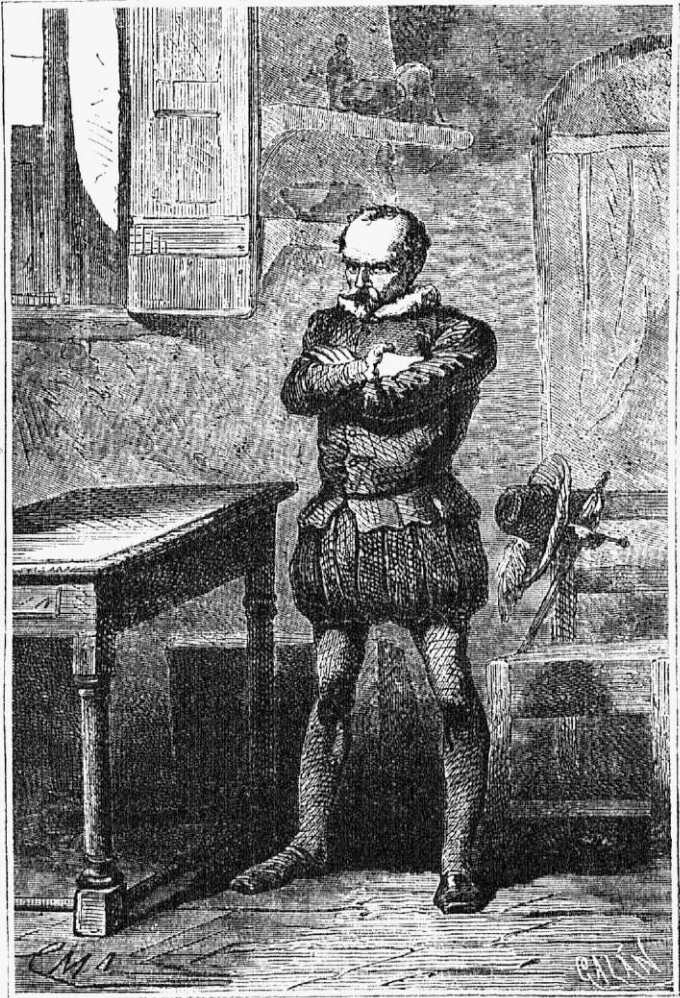
y cuando te acerques á ella, como desconfiar de todo, creerá que eres un enemigo.

—La tranquilizará mi acento.

—No la tranquilizará—repuso Crispín—, no la tranquilizará, y voy á probarlo.

—Veamos cómo.

Crispín refirió con toda exactitud la



Crispín.

escena que había tenido lugar cuando David se presentó á Jacobo.

Esto convenció al joven de que sería inútil toda tentativa de entablar relaciones con el padre y la hija, porque no se fiarían de él cuando no se habían fiado de David.

—Bien—dijo después de algunos instantes—. Adoptaré otro sistema.

—¿Cuál?

—Lo ignoro ahora.

—Mi plan, Marcelo, mi plan.

—No.

—Los días que se pierdan son preciosos, porque darán lugar á que el abate descargue el terrible golpe que sin duda prepara.

—Pero como yo también estoy preparado para la defensa...

—No conoces á Florentín.

—Ya sé que es capaz de todo.

—El puñal de un asesino...

—No hay en Madrid asesino á quien yo no conozca, y ninguno de ellos se encargará de darme una puñalada, aunque le ofrezcan todo el oro del mundo.

—Te haces ilusiones...

—Sobre este punto no me las hago.

—Hay hombres para todo...

—El tiempo dirá.

—Marcelo...

—Escuchad mi última resolución.

—Di.

—Si la madre llegara á reunirse con la hija y con su esposo, yo creería que esto habría sido obra vuestra.

—¡Oh!...

—Y como semejante suceso sería mi mayor desgracia...

—Marcelo, me horrorizas.

—¿Me habéis entendido?

—Sí.

—Me olvidaré de que sois mi padre, porque ya os he dicho que no perdonaré al que me estorbe ser correspondido por la mujer á quien amo.

—Piensa que una casualidad...

—No quiero pensar en nada—replicó Marcelo poniéndose en pie.

—Al menos no seas injusto.

—¿En qué lo soy?

—En hacerte responsable hasta de las casualidades.

—Tened paciencia.

—Hijo mío...

Hemos terminado y voy á descansar.

—¡Ah!...

—Buenas noches padre mío.

Y al decir esto el joven salió del aposento.

Crispín quedó como anonadado.

—¡Oh! exclamó oprimiéndose las sienes—. ¡La maldición, se cumple la maldición!... ¡Cuánto sufro!

En aquellos momentos era digno de compasión.

—¿Qué determinaría?

No tardaremos en saberlo.

CAPITULO XXIV

UNA ESCENA MISTERIOSA

Tres días pasaron, durante los cuales el señor Antolín aparentó cumplir lo prometido al abate, y decimos aparentó, porque el modo de hacerlo era bien extraño.

No iba á la misteriosa casa, rondando descaradamente y haciendo todo lo que hace un enamorado, sino más bien se recataba y se concretaba á espiar á Marcelo, que pasaba en aquel sitio la mayor parte del día, y esto lo hacía el hidalgo tan cuidadosamente, que el hijo de Crispín no se apercibió de su rival.

El tercer día mostró alguna impaciencia el abate, empezando á sospechar si su cómplice trataría de engañarlo, para evitar lo cual le dijo con acento que revelaba sus intenciones:

—No olvidéis cierto papel que firmasteis antes de emprender vuestro viaje á París.

—¿Dudáis de mi lealtad?

—No dudo; pero sí me parece que no habéis tomado el asunto con mucho empeño.

—Pues bien—replicó el señor Antolín—, para que veáis hasta donde llega mi deseo de serviros, no tengo inconveniente en que fijemos un plazo.

—¿Largo?

—Bien corto.

—¿De cuánto tiempo?

—De un día.

—¿De un día!

—¿Os parece mucho?

—No, porque un día es mañana mismo.

—Sí.

—Pensad bien lo que prometéis.

—Lo tengo pensado.

—Entonces, esperaré á mañana.

Entre tanto Crispín continuaba luchando y sufriendo cada vez más, y su hijo se desesperaba, porque ya habían pasado dos días sin que Isabel se asomase á las ventanas ó se sentase junto á la puerta á las horas en que brillaba el sol.

Solamente á Jacobo había visto entrar

ó salir, y acabó por creer que la joven estaba enferma.

Como amaba de veras, sufrió mucho y decidió no esperar más que al otro día para llegar á la casa con cualquier pretexto, haciendo lo posible por averiguar la verdad.

El día siguiente, pues, debían tener lugar acontecimientos de mucha importancia; pero antes que llegue hemos de ocuparnos de otro asunto.

Eran las once de la noche.

Las calles de Madrid estaban desiertas ó poco menos, la obscuridad era absoluta y el silencio profundo.

La calle de la Inquisición era de las que no estaban completamente desiertas, pues hacía un cuarto de hora que un hombre, envuelto en una capa negra, se paseaba no lejos de la casa del abate, ó se detenía junto á una de las esquinas de la calle del Recodo.

No sabemos quien era, porque en medio de aquella obscuridad no podía reconocérsele; pero de seguro tenía en aquel sitio y á tales horas alguna intriga de mucha importancia.

No se le oía murmurar una sola palabra, ni sus pasos producían ruido alguno, por cuya circunstancia era fácil que la gente supersticiosa de aquellos tiempos lo hubiera tomado por un fantasma.

Así transcurió otro cuarto de hora, y una de las veces que se había detenido junto á la calle del Recodo, volvióse repentinamente á la derecha y murmuró:

—¿Será él?

Debía tener un oído muy delicado, porque sólo después de algunos segundos percibióse ruido lejano de pasos hacia la parte de Santo Domingo.

—No estará demás—dijo—, porque ni sabemos lo que puede suceder, ni este lugar es tan seguro que no haya que temer algún mal encuentro.

Pocos minutos después se distinguió el bulto de otro hombre que bajaba la calle y que se detuvo junto al primero.

—Aquí estoy—dijo el recién llegado.

—Bien venido—respondió el otro con voz muy dulce.

—Está la noche como boca de lobo... ¡Vive el cielo!... Tanto mejor... ¡Por Satanás! que vamos á darle un chasco.

—Callad.

—Callo.

—Situaos aquí y no os mováis mientras yo no os necesite.

—Descuidad.

Apoyóse el segundo en la pared y el primero volvió á pasearse tan silenciosamente como antes.

Pasó el tiempo sin que alma viviente se divisase por ningún lado ni se percibiera el más leve rumor.

Dieron las doce.

El primero de los dos embozados pasó del uno al otro lado de la calle, acercándose, por consiguiente, más á la vivienda de Florentín.

Pero no dejó de pasear y escuchar muy atentamente como si no tuviera otra cosa que hacer.

Ningún incidente turbó el silencio y la quietud de la calle.

El que había quedado junto á la esquina, permaneció inmóvil como una estatua.

Mucha paciencia debían tener aquellos dos hombres, porque continuaban lo mismo cuando dieron las doce y media.

Por fin sonó la una de la madrugada.

A los pocos minutos, el de la dulce voz quedó repentinamente parado.

En la puerta de la casa de Florentín sonaron dos ó tres golpecitos dados por la parte interior.

—No me equivoco—dijo para sí el embozado.

Y se acercó á la puerta.

Los golpes volvieron á sonar; pero tan leves, que el ruido no llegó á oídos del que esperaba junto á la calle del Recodo.

—Bien—murmuró el primero.

Y también dió con la mano en la puerta unos golpecitos, acercando después el rostro al agujero de la cerradura.

En seguida oyó estas palabras, pronunciadas á media voz desde el otro lado:

—No tengo la llave, no, no tengo la llave.

La repetición de esta frase, repetición innecesaria, nos hace sospechar que la persona que la pronunció era la vieja sirviente del abate.

—No importa—respondió el embozado—, pues lo que interesa es que tengáis lo demás.

—Eso sí, eso sí.

—Entonces, dádme lo por donde sabéis.

—Allá voy.

El embozado se arrodilló fijando su mirada en el suelo.

Se oyó un leve roce, y luego aunque confusamente, vióse un objeto blanco que salía por debajo de la puerta.

Era un papel.

Lo tomó nuestro hombre, púsose en pié, y acercando los labios al ojo de la cerradura, dijo:

—Esperad.

—Bien, muy bien.

Luego se alejó, entrando en la calle del Recodo.

Una vez allí, sacó una linterna, la abrió, desdobló el papel y lo examinó cuidadosamente.

Sus ojos negros brillaron tanto como la luz.

Si Jacobo de Tordesillas se hubiese encontrado allí, hubiese exclamado:

—¡El padre Fulgencio!

Sí, lo habría reconocido, á pesar de los ocho años que habían transcurrido y que habían impreso su huella en el rostro del jesuíta.

Volvió éste á cerrar la linterna, guardando el papel.

En seguida se acercó á la puerta, diciendo como antes por el ojo de la cerradura:

—Está bien.

—Me alegro, padre, me alegro.

—Mañana quedará en vuestro poder lo prometido; entre tanto, recibid mi bendición.

—Gracias, padre, gracias... Lo mismo es mañana que otro día; pero aguardaré mañana.

—Dios os proteja...

—Hasta mañana, ¿no es verdad?... hasta mañana, sí—dijo la vieja con voz algo más alta que antes, cuya imprudencia fué sin duda efecto de su entusiasmo.

El jesuíta se separó de la puerta, se reunió con el otro embozado, y le dijo:

—Vamos.

—¡Por Satanás!... Todo el cuerpo me duele de estar me quieto...

—No le xantéis la voz; hermano.

—¿Hay peligro?

—Las paredes escuchan.

—Tenéis razón... ¡Cuernos de Lucifer!

—¿Nos esperará todavía?—preguntó el



Desdobló el papel y lo examinó cuidadosamente.

padre Fulgencio, mientras adelantaban calle arriba.

—Sí.

—Esta buena mujer nos ha hecho esperar...

—Es vieja, hipócrita y...

—No murmuréis, hermano.

Los dejaremos para encontrarlos otra vez en el siguiente capítulo, y volveremos á la vivienda del abate, entrando

en el portal donde dejamos á la vieja.

Esta, que tenía en la mano un candil, volvióse después de pronunciar las palabras que ya conocemos; pero exhaló un grito y quedó como petrificada.

El abate se encontraba allí, y sin duda había oído parte de la conversación.

No podemos dar idea del terror que se pintó en el rostro de la sirvienta.

Florentín la miraba y sonreía con expresión irónica.

Hubo algunos instantes de silencio.

—Bien—dijo al fin Claudio—, muy bien... Hasta mañana ¿no es verdad?... ¡Oh!... ¡Siempre rodeado de traidores!... Pero esta vez no quedará la traición impune.

—Señor, mi noble señor — exclamó la vieja.

—Venid.

—No soy traidora...

—Venid os digo, y no habléis sino para responder á mis preguntas.

La sirvienta obedeció, mientras temblaba poseída de terror, más profundo cada vez.

Cuando estuvieron en la habitación de Florentín éste fijó su penetrante mirada en la vieja, y le dijo:

—¿Con quién hablabais?

—Señor...

—Os pregunto con quién hablabais, responded.

La vieja dudó algunos momentos, y al fin, probando que era digna de que la llamasen hermana los individuos de la Compañía de Jesús, dijo:

—Habla con una persona conocida.

—¿Quién es?

—¿Quién es!... ¿Y por qué he de decirlo, señor?... Cuando una mujer á deshora de la noche hace lo que yo, sus razones tendrá, y me parece que es justo respetar sus secretos, sí, me parece que es justo respetar sus secretos, porque...

—¿Os burláis de mí?

La sirvienta recobró el valor con energía.

—Quien se burla es vuestra merced, pues me niega el derecho de tener un amante.

—¿Un amante vos!...

—Sí.

—¿Vos, vieja horrible!

—El corazón nunca es viejo, ¿lo en-

tiende vuestra merced? nunca es viejo, ni tampoco los ojos, y por lo mismo precisamente que soy vieja es por lo que me gustan los jóvenes.

—Quiero saber con quien hablabais, quiero saber de qué intriga os ocupabais, y con qué fin habéis dado una cita para mañana.

—Habla con mi amante, porque sobre este punto creo que soy dueña de mi persona.

—¿Otra vez os burláis?

—No diré más de lo que he dicho.

—Pues bien, dentro de pocas horas estaréis encerrada en un calabozo de la Inquisición.

—¿La Inquisición! — exclamó la sirvienta volviendo á temblar.

—Y ya sabéis que allí hay tormentos que hacen hablar...

—¡Ah!...

—Decidíos.

La vieja hizo un esfuerzo, y con una energía que era imposible esperar de ella, replicó:

—Llebadme á la Inquisición, que á pesar de los tormentos, nada sabréis, porque antes moriré que dejar de cumplir lo que me manda Dios.

—¿Y qué tienen que ver los deberes de un buen cristiano con vuestras intrigas?

—Yo me entiendo.

—Pensad bien lo que hacéis.

—Lo he pensado.

—Una vez que en la Inquisición...

—Ya sé lo que me sucederá.

—No saldréis de vuestro calabozo sino para ir á la hoguera.

—En la hoguera han muerto muchos santos.

—¿Estáis resuelta?

—Firmemente resuelta, señor, firmemente resuelta.

—Aún tenéis tiempo de reflexionar hasta que salga el sol, sol que no veréis más que por algunos momentos si os obstináis en guardar silencio.

—Bien, señor, está bien.

—Venid.

Fueron al dormitorio de la sirvienta, entrando ésta y cerrando Florentín, mientras decía:

—Reflexionad, reflexionad.

Seguro de que la delincuente no se le

escaparía, volvióse el abate á su aposento, y dijo:

—¿Qué significa esto? Afortunadamente tengo la costumbre de guardar de noche la llave. Se obstina en callar... No importa, en el tormento hablará.

Y después de hacerse algunas reflexiones, se desnudó y se acostó, durmiéndose tranquilamente, porque estaba seguro de averiguar en qué consistía la intriga de la vieja.

CAPITULO XXV

DONDE CONOCEREMOS LA IMPORTANCIA DEL PAPEL QUE HABÍA RECIBIDO EL PADRE FULGENCIO

Un cuarto de hora después, el padre Fulgencio y su acompañante llegaron á la suntuosa vivienda de don Martín de Quiñones.

Apenas llamaron, se abrió la puerta, entraron, subieron y llegaron bien pronto al aposento donde se encontraba el hijo de Felipe II.

Nuestros lectores habrán comprendido que el acompañante del jesuita era Simón.

Quiñones y el padre Fulgencio cruzaron algunas frases de cortesía, sentándose, mientras el gigante se situaba en uno de los rincones, dispuesto á esperar.

La conversación debía sostenerse, pues, entre los dos primeros.

No tenemos que recordar que eran dos hombres que valían mucho.

¿Cómo se habían puesto en relaciones?

Esto se comprende sin necesidad de que lo expliquemos, puesto que sabemos ya que don Martín había tratado en otro tiempo con el hidalgo que llevó á la aldea los papeles que fueron causa de que Jacobo y el jesuita se conociesen.

Ya debían haber hablado sobre el asunto que entonces los ocupaba, porque Quiñones empezó diciendo:

—Supongo que habéis dado término feliz á vuestra empresa.

—Completamente feliz—respondió el jesuita—; si feliz puede ser para nosotros lo que favorece á nuestros enemigos.

—¿Seguís pensando que el señor An-

tolín de Santoyo es un verdadero enemigo de la Compañía?

—No; pero es enteramente igual para nosotros.

—Si no os fijáis más que en el resultado de ciertos sucesos...

—¿Y en qué queréis que nos fijemos sino en el resultado, que es lo que tiene importancia? ¿No ha sido ese siempre vuestro sistema? Creo que sí, caballero, ó al menos así me lo han asegurado personas cuyas palabras son artículos de fe para mí.

—Ciertamente, el resultado es lo que importa; pero si olvidamos las causas...

—¡Oh! Eso no.

—Entonces...

—Porque las causas se han tenido presentes, favorecemos hoy á quien perseguíamos ayer, y digo perseguíamos...

—Ya sabéis que conmigo debéis hablar con franqueza, porque no doy valor á las palabras sino á las intenciones, y porque para mí no hay secreto posible.

—El señor Antolín, con una mala fe sin igual...

—Perdonad.

—¿No opináis como yo?

—No—repuso Quiñones—, porque lo de París no fué obra del pobre hidalgo, sino efecto de la razón extraviada de su mujer, y de circunstancias preparadas tal vez por vosotros mismos.

—No importa: ello es que se nos perjudicó notablemente.

—Y que ahora...

—Vos me habéis prometido el resarcimiento—dijo el jesuita, sonriendo levemente.

—Sí, os lo he prometido y lo cumpliré.

—Eso nos basta.

—Y en cuanto al señor Antolín...

—Quedamos en completa libertad para el día de su muerte. ¿No es esto lo convenido?

—Sí, con tal que no os ocupéis de más que de su testamento sin que en lo demás se le moleste.

—Solamente su testamento.

—Y de la herencia, ya os lo he dicho, no respondo.

—Vos creéis que el señor Antolín está otra vez arruinado.

—Lo creo.

—También nosotros opinábamos lo mismo hace algunos meses; pero después se le ha visto la bolsa llena de oro todos los días...

—No ignoráis que es jugador.

—Pero tampoco ignoramos que gasta más dinero cuanto más pierde.

Quiñones se encogió de hombros, haciendo un gesto que significaba:

—Nada tengo que ver en este asunto.

—Por supuesto—añadió el jesuita—, que me habéis dado vuestra palabra...

—Os he dado mi palabra de no hacer advertencia alguna sobre este punto al señor Antolín, y lo que mi palabra significa...

—Lo sabemos ya.

—Debéis, pues, estar tranquilos.

—Lo estamos.

—¿Queréis más, padre?

—En cuanto á este hombre—repuso el religioso señalando á Simón—ya me habéis respondido...

—Sí, os he respondido de él y respondo nuevamente.

El gigante miró al jesuita y sonrió, mientras decía para sí:

—¿Creerá este hombre que yo no tengo corazón?

El padre Fulgencio sacó el papel que había recibido de la vieja sirvienta y lo entregó á Quiñones.

Este examinó el manuscrito, que no era otro que el que había firmado el señor Antolín en la posada, y con el cual podía fácilmente Florentín hacer que su cómplice fuese ahorcado.

—Supongo—dijo el jesuita después de algunos momentos—que el hidalgo quedará completamente satisfecho.

—Como vosotros debéis estarlo...

—Nosotros...

—¿Qué habéis hecho al privar á Florentín de este documento?

—Favorecer al señor Antolín...

—Y despojar al abate de un arma.

El padre Fulgencio desplegó una sonrisa.

—Cuantas menos armas tienen nuestros enemigos—añadió don Martín se les vence con más facilidad. Ya nos conocemos, padre mío, y sé que no hacéis á nadie un favor sin que á la vez redun-

de en vuestro provecho.

El jesuita volvió á sonreír y se puso en pie, mientras murmuraba:

—Lástima que no sea nuestro este hombre.

—Ni vuestro ni de nadie.

—Sí, sois de vuestros amigos.

—De la causa de la justicia nada más.

—Si fueseis nuestro...

—¿Qué me daríais?

—Os daríamos...

Interrumpióse el jesuita y fijó su mirada penetrante en Quiñones.

Este sonrió también, y pasando su diestra por la frente, dijo:

—Mirad, padre mío, mirad.

—Sí, una frente noble que guarda un tesoro de inteligencia.

—Una frente limpia, y que se levanta como no podría quizá levantarse si sobre ella pusieseis el peso...

—De una corona—murmuró el religioso.

—Si otra cosa no podéis ofrecerme...

—Señor don Martín, otro día hablaremos.

—Sí, otro día seguiremos hablando del abate Florentín.

—¿Se dará mañana el golpe?

—Es lo más probable.

—Entonces...

—Si queréis venir mañana á la noche...

—Aquí me tendréis.

—Os esperaré.

—Caballero, que Dios os dé su ayuda.

—Nunca, me la ha negado y espero que ahora tampoco me la negará, porque tengo fe en su divina justicia.

El jesuita se despidió y salió.

—Os acompañaré—dijo entonces Simón—; porque á estas horas no es prudente atravesar las calles sin ninguna precaución.

Y salió también.

—¡Oh!—exclamó don Martín, cuyos negros ojos brillaron como dos carbunclos—Se acerca el día.

Y como habían hecho los otros, salió del gabinete; pero no para ir á la cama, sino para entrar en otra habitación, donde resonaban las voces de varias personas.